

El
juramento
del
highlander

Jimena Cook

Selecta 

El juramento del highlander

Jimena Cook

Selecta

Nota de autora

Querido lector:

No es mi intención aburrirte con frases hechas ni adornos superfluos; solo quiero abrirte mi corazón. Esta novela es muy especial para mí porque nació en un momento en el que la enfermedad irrumpió con brusquedad en mi vida. En medio de la tormenta, mi fe en Dios y el refugio en el maravilloso mundo de la imaginación se convirtieron en mi ancla y mi fuerza. Mi mente, más que nunca, necesitaba volar hacia otros horizontes, y *El juramento del highlander* hizo despegar mi fantasía hacia un mundo de sueños donde todo tiene un final feliz.

Antes de que te sumerjas en sus páginas, quiero hacer una pequeña aclaración: si buscas una rigurosa novela histórica, debes saber que no es el caso. Aunque la historia se sitúa en una época y un escenario que me apasionan, está repleta de anécdotas, licencias y vivencias completamente inventadas. Te lo cuento desde el principio para ser transparente contigo.

Dejando esto a un lado, solo puedo decirte que he vivido aventuras inimaginables mientras escribía *El juramento del highlander*. Espero de corazón que disfrutes de la lectura y te agradezco que hayas decidido darle una oportunidad a mi libro.

¡GRACIAS!

Prólogo

La casa de Jacob siempre olía a una mezcla de tinte fresco y seda de Oriente traída desde Flandes. El maestro mercader jamás sospechó que en las sombras de la catedral se tejía un plan para reducir a cenizas todo lo que amaba. Su tienda se alzaba en una de las arterias más prósperas de York, donde las vigas de roble de las casas sobresalían tanto que casi invadían las calles adoquinadas. Era un barrio frecuentado por las damas nobles, pero aquella mañana el mostrador de Jacob permaneció vacío y su puerta cerrada. Sus dedos temblaban al sostener una misiva escrita en un pergamino rígido al tacto. Con su otra mano, Jacob sostenía el colgante de plata en forma de media luna, al dorso de este una inscripción grabada con gran precisión: «*clavis caeli, porta inferni*». «Llave del cielo, puerta del infierno», musitó el maestro. Temblaba. Después Jacob leyó el mensaje del pergamino con la garganta seca:

Tus mercancías vienen de lejos, pero tus pecados están aquí mismo. Vendes seda extranjera para tapar que tu alma está podrida de ritos oscuros. Sabemos lo que escondes bajo las tablas del suelo; el arzobispo lo sabe todo. Ni toda la tela del mundo podrá ocultar esa media

luna que brilla en tu mirada y está en tu poder.
Arrepiéntete ahora o el fuego de la hoguera hará el
trabajo que tú no quieres hacer.

El miedo le atenazó las entrañas, sabía que debía huir con Ariadna, su hija. Mientras cerraba los puños de impotencia recordó a la mujer que, semanas atrás, lo había abordado en las callejuelas fangosas cerca del río Ouse. Llevaba ropajes pesados, capas de lino oscuro que olían a humo y a hierbas viejas; su rostro era un mapa de arrugas y sus manos, nudosas, apuntaban artes prohibidas.

—¡Jacob! —le había dicho ella.

La anciana surgió de la niebla y lo llamó para que entrase al interior de una tienda húmeda que olía a hierbas cocidas.

—¿Cómo sabe mi nombre?

—Tu nombre fue escrito en las estrellas mucho antes de que en York se pusiera la primera piedra. Un comerciante de Flandes, antes de que el acero le robara el último aliento, me suplicó que te buscara. Dijo que tu estirpe era la única capaz de custodiar el colgante... —No terminó la frase.

—¿Qué comerciante? —instó el maestro, con la voz quebrada por el miedo.

—Willem van der Meer —sentenció ella.

El nombre golpeó a Jacob como una ráfaga de aire helado. Recordó al flamenco, un hombre de ademanes elegantes y mirada profunda que, en su última visita, no había podido apartar los ojos de Ariadna. Recordó cómo el extranjero había observado la mirada de su hija. Acudieron a su mente las extrañas palabras que le dijo: «Ariadna..., no olvidaré tu nombre. Eres una elegida».

—¿Ha muerto? —preguntó Jacob, aunque en el fondo ya conocía la respuesta.

—Lo asesinaron —susurró ella.

Jacob guardó silencio.

—Es ella, Jacob. Tu hija es la elegida. Guárdalo —dijo entregándole el colgante—. Tú sabrás cuándo debe pasar a sus manos.

—¡Mi hija no es ninguna elegida! ¡Qué tontería!

—Aunque te parezca extraño y ajeno a ti y a tu hija, tu esposa... no estuvo desligada a su destino, al morir ella, tu hija se hizo la heredera del destino de su madre.

—¿Qué destino?

—Deberá destruir en el fuego eterno la media luna. Este colgante está maldito y hasta que no sea destruido el mal gobernará estas tierras.

—No entiendo nada... —Jacob estaba asustado por la irrupción de esa anciana en su camino y por sus palabras.

—Entenderás.

Al salir, el hombre tenía que meditar lo sucedido, estaba muy confuso. Se aseguró de que nadie lo acechara, pero el peso de la joya le quemaba en el jubón. Recordaba la última frase de su esposa antes de morir: «Lo siento, Jacob. Dile a nuestra hija que siento no haber podido acabar con lo que la perseguirá durante toda su vida». Él nunca comprendió las últimas palabras de ella, pero ahora empezaba a entender que su propósito fue el de alertarlo de algo que sucedería. Decidió dar media vuelta para devolver ese colgante; la seguridad de Ariadna valía más que cualquier profecía. Sin embargo, al cruzar de nuevo el umbral, la estancia era otra. Las hierbas habían desaparecido y en su lugar solo había un taller de carpintería polvoriento. Un hombre joven, de mirada desconfiada, levantó la vista de un tablón.

—¿Dónde está la anciana? —preguntó Jacob, desorientado.

—¡Aquí no hay ninguna mujer, maestro mercader! Vivo solo desde que murió mi padre —respondió el joven con una hostilidad contenida en la voz—. Si busca brujas, pregunte en las tabernas del puerto, pero no traiga esa peste a mi puerta.

Jacob huyó de allí con el corazón desbocado. ¿Había sido una trampa desde el principio?

—¿Qué ocurre, padre?

La voz de Ariadna lo devolvió al presente. La joven apareció en el umbral de la tienda, con sus rizos castaños cayendo sobre los hombros y unos ojos negros que brillaban con una inteligencia que a veces asustaba a Jacob. Al ver a su progenitor preparando fardos de comida en lugar de desplegar los rollos de seda, la muchacha palideció.

—¡Nos vamos, hija! ¡Ahora mismo!

No terminó de hablar cuando el estrépito del hierro contra la madera hizo temblar la casa. Las botas pesadas de los soldados de lord Hilton, el brazo armado del arzobispo de York, reventaron la puerta de entrada astillando el roble que Jacob había barnizado con tanto esmero solo un mes atrás.

—¡Ariadna, al sótano! —rugió su padre—. ¡Huye por la salida del río! Toma esto, que no lo encuentren o será nuestra condena.

Le entregó un bulto envuelto en terciopelo azul. Ariadna, con lágrimas en los ojos, se negó a soltarle la mano.

—¡Padre, me quedo con usted!

—¡Huye, por el amor de Dios! ¡Vete!

Ariadna se deslizó por el sótano. El pasadizo era estrecho, olía a humedad y había ratas en cada esquina. Salió a una callejuela trasera. El bullicio era un rugido de pánico. Los soldados de Hilton bloqueaban las puertas de la muralla y el paso por el puente de piedra estaba cortado. Sin otra opción, se arrastró por los túneles de

desagüe, un laberinto de inmundicia que desembocaba en la orilla lodosa del río Ouse. Allí esperó un día entero, tiritando bajo el puente de piedra, con el frío calándole los huesos hasta que la ciudad pareció calmarse.

Al alba, ocultando su rostro con la capucha de su capa, atravesó la muralla hacia el interior. El ambiente no era de miedo, sino de una alegría macabra. La multitud se agolpaba hacia la plaza frente a la catedral. Desde la sombra de un arco de piedra, Ariadna vio el patíbulo. El cuerpo de Jacob se mecía con una rigidez espantosa bajo la brisa matutina. Un sollozo ahogado escapó de su pecho, pero una mano fría le tapó la boca antes de que pudiera gritar.

—Si gritas, el verdugo tendrá doble trabajo —susurró una voz.

Los ojos de la joven se fijaron en la anciana, quien le hizo una seña urgente con la mano, instándola a seguir sus pasos de inmediato. Ariadna se resistió, clavando los pies en el barro. Sus ojos, nublados por las lágrimas, estaban fijos en la figura de su padre, que bajo la luz gris de la mañana parecía un extraño. ¿Cómo era posible que lo estuvieran condenando?, pensó. Con un sollozo que le desgarró la garganta, hizo amago de lanzarse hacia el centro de la plaza. No le importaba la muerte, ni el verdugo ni las picas de los soldados; solo quería morir con él, ser su escudo o su consuelo en el último aliento. Pero la anciana fue más rápida, sus dedos, que parecían garfios de hierro, se cerraron en torno al brazo de la joven con una fuerza sobrenatural.

—¡Suéltame! —gimió Ariadna, forcejeando con una violencia que empezaba a atraer las miradas curiosas de los villanos cercanos.

—¡Camina, insensata! —le siseó la mujer al oído, arrastrándola hacia la penumbra de un callejón—. Si mueres ahora su sacrificio no habrá servido para nada. ¿Quieres que él vea tu sangre antes de cerrar los ojos?

Ariadna sintió que las fuerzas le fallaban, no pudo despedirse de Jacob, ni siquiera se cruzaron las miradas. La resistencia física cedió ante el peso de esas palabras, y mientras la anciana la obligaba a alejarse, la joven dejó que el corazón se le astillara en mil pedazos, perdiendo de vista la silueta de su padre mientras los murmullos de la multitud crecían como una marea hambrienta. La mujer la arrastró por callejones donde los guardias no se atrevían a entrar por supersticiones del pasado, hasta una cabaña que olía a sebo. Allí, bajo la luz vacilante de una vela, la anciana la observó, primero se fijó en su mirada, después le tomó una mano.

—Eres tú. No puedes salvarlo ya, pero puedes vengar su sangre. Ponte el colgante y que no toque más piel que la tuya.

—¿Qué colgante? —preguntó la joven, con la voz todavía temblorosa.

—El que tu padre puso en tus manos antes de que el acero lo apartara de ti —respondió la mujer, clavando sus ojos lechosos en los de Ariadna.

La joven recordó entonces el pequeño bulto que Jacob le había confiado. Con dedos torpes por la humedad, buscó entre los pliegues de su capa y extrajo el envoltorio de terciopelo azul. Al desdoblar el tejido, la plata pareció capturar la escasa luz de la estancia, revelando una media luna de filigrana tan fina que parecía tejida por manos de hadas. En el centro, una gema translúcida brillaba con un fulgor lechoso. Sin cuestionarlo, la obedeció y deslizó la cadena por su cuello. El metal estaba frío, pero al contacto con su piel... sintió una sacudida que le recorrió la columna, como si el colgante hubiera encontrado, al fin, su lugar.

—No se lo muestres a nadie —le advirtió la anciana, cubriéndole el pecho con la capa.

La extraña clavó entonces su mirada en la mano que tenía entre

las suyas. Leyó en silencio las líneas de la palma y se estremeció, soltándola como si esta fuera hierro incandescente.

—¡Solo un guerrero de las Tierras Altas, con tres medias lunas, podrá sostener el peso de tu destino! Huye al norte, busca la Roca del Arrepentimiento en el Lago de las Sombras. Es un lugar donde el agua es negra como el cristal y el brezo no nace.

—¿Por qué? ¡No entiendo nada!

—Porque ese colgante abre la puerta al Trono de las Sombras, y el arzobispo de York lo quiere para arrodillar al mundo ante él. Debes llevarlo a la grieta donde nace el fuego de la tierra y dejar que las llamas lo devoren. Solo así serás libre.

La mujer desapareció entre las sombras del callejón antes de que Ariadna pudiera hacer más preguntas. Al principio se quedó quieta, paralizada por el miedo y la tristeza, pero reaccionó a los pocos segundos para seguir a la anciana. De pronto, se detuvo con brusquedad: los soldados la habían interceptado y la arrastraban hacia la plaza para morir en la hoguera, igual que su padre. Contuvo un grito de dolor; en ese preciso instante supo que tenía que huir de York.

Días después la joven avanzaba por senderos ocultos, alimentándose de bayas silvestres y raíces, evitando cualquier patrulla con el emblema de lord Hilton. El hambre le nublaba la vista, pero entonces lo vio: el gran paso de piedra que los mercaderes llamaban «La Puerta de la Montaña». Era la entrada a las Highlands, un desfiladero flanqueado por riscos que parecían gigantes dormidos. Al cruzar aquel umbral, Ariadna sintió que el aire cambiaba. Allí, el mandato del arzobispo de York no era más que un eco lejano. Estaba en tierra de clanes y él ya no tenía ningún poder.

Capítulo 1

La nave de la catedral de York estaba sumida en una penumbra solemne, apenas rota por la luz vacilante de unas cuantas velas que chisporroteaban junto al altar mayor. A esas horas, cuando incluso los fieles más devotos dormían, el lugar parecía otro; más frío, vasto... y muy peligroso.

El arzobispo caminaba de un lado a otro, arrastrando el borde de su pesada capa escarlata sobre las losas de piedra. Era un hombre alto, de complexión delgada, casi angulosa. Su rostro, afilado y pálido, estaba surcado por finas arrugas que se acentuaban cuando fruncía el ceño —y en ese momento no hacía otra cosa—. Sus labios delgados temblaban, no de miedo, sino de una ira contenida que parecía a punto de desbordarse.

Se detuvo en seco frente al altar y golpeó la piedra con la palma de la mano.

—¡Incompetentes! —escupió, con la voz baja, pero cargada de veneno—. ¡Teníais una orden clara!

A unos pasos detrás, lord Hilton permanecía inmóvil, aunque su postura rígida delataba la tensión. Era un hombre ancho de hombros, curtido por la guerra, con el cuello grueso y la barba corta salpicada de canas. Una cicatriz le cruzaba la mejilla izquierda,

tirante cada vez que apretaba la mandíbula. Sus manos, grandes y ásperas, descansaban sobre el pomo de su espada, como si aquello le ofreciera algún tipo de control en medio de la tormenta.

—Registramos cada calle, Excelencia —respondió con voz grave, midiendo cada palabra—. La casa, los almacenes, los túneles cercanos...

El arzobispo se giró con lentitud hacia él. Sus ojos, hundidos y oscuros, brillaban con una intensidad inquietante.

—Y aun así... escapó —murmuró, acercándose—. ¿Sabéis lo que significa eso?

Hilton le sostuvo la mirada, aunque por un instante sus ojos vacilaron.

—Una muchacha sola no sobrevivirá mucho tiempo fuera de la ciudad.

El arzobispo dejó escapar una risa seca, sin humor.

—¡No es «una muchacha»!

Se inclinó un poco hacia él, bajando la voz hasta convertirla en un susurro afilado.

—Es la llave.

El silencio que siguió pesó como una losa. Hilton frunció el ceño.

—Ya se lo expliqué —gruñó, apretando la mandíbula—. Si el padre no lo tenía y no estaba en la casa, lo tiene ella. ¡Quiero ese maldito colgante!

—Nuestros hombres aseguran que la vieron huir hacia el norte. Un par de comerciantes la reconocieron... dicen que cruzó el paso de piedra.

El arzobispo se irguió despacio. Sus dedos, largos y huesudos, se entrelazaron frente a su pecho.

—Las Highlands... —confirmó, como si saboreara la palabra con desagrado.

Sus labios se torcieron en una mueca.

—Tierra de bárbaros, supersticiosos y clanes sin ley. Un lugar donde la fe verdadera apenas ha echado raíces... —hizo una pausa— y donde nuestras manos llegan con mucha dificultad. ¡Ahí no tenemos ningún poder!

Hilton dio un paso al frente.

—¡Dadme permiso y la traeré de vuelta! No importa lo lejos que haya ido.

El arzobispo lo observó durante unos segundos, evaluándolo. Luego negó despacio con la cabeza.

—No será tan sencillo.

Se apartó, caminando hacia una de las columnas, donde la luz apenas rozaba su rostro.

—Si la anciana la encontró... —murmuró, más para sí mismo que para su interlocutor—, entonces la muchacha ya sabe algo. Quizá no todo..., pero lo suficiente.

Hilton alzó la vista, desconcertado.

—¿La conocía bien, Excelencia?

—¿A quién?

—A la vieja.

El arzobispo no respondió de inmediato. Sus dedos se deslizaron por el borde del altar, como si recorrieran un recuerdo antiguo.

—Más de lo que me gustaría... —Guardó silencio, pensativo—. Ese colgante... lo debí coger a la fuerza cuando esa bruja me lo enseñó. Pero... sus amenazas y esa voz de hechicera... —No pudo terminar la frase.

Hilton frunció el ceño.

—¿Bruja?

El arzobispo esbozó una sonrisa leve, pero carente de humor.

—Llámela como prefiera. Algunos la considerarían una

visionaria... otros, una blasfemia viviente. —Sus ojos se enturbiaron un instante—. Yo la llamo un error que por fin he corregido hoy, con su muerte, bajo las llamas..., aunque la debí matar hace mucho tiempo y hacerme con la media luna.

El mutismo se tensó.

—¿Y cómo supo que se la tenía que dar a la joven? —insistió Hilton.

El arzobispo alzó despacio la mirada hacia él.

—Porque ella sabía que yo la buscaba. Siempre lo supo. Y sabía quién se la dio a ella y a quién debía regresar.

Dio un paso, acercándose, con la voz reducida a un susurro grave.

—La abuela de esa joven... ella fue la que se la dio. ¡Me lo robaron! Estaba en mis manos, llegó hasta mí y ella enseguida supo que se trataba de la media luna, «la joya maldita», como la llamaba la antepasada de la muchacha.

Hilton apretó la mandíbula.

—Maldita... —susurró.

El arzobispo lo miró antes de responderle.

—Grábate estas palabras en tu mente, cuando tengamos ese colgante nadie nos detendrá, porque en nuestras manos estará el poder absoluto sobre la voluntad de los hombres.

Hilton sabía que el arzobispo siempre se había acercado a las artes oscuras, le temía, sabía que la sombra del maligno lo había corrompido, pero él recibía muchos beneficios y riquezas por ejecutar sus órdenes. El clérigo se apartó volviendo la vista hacia la oscuridad de la nave.

—La anciana no actuó por casualidad. Si apareció aquí, en York..., fue porque el tiempo se ha agotado.

Hilton guardó silencio unos segundos, no entendía muy bien las

palabras del arzobispo de York.

—¿Qué tiempo?

El hombre clavó la mirada en la del guerrero.

—¡No debe saber más! —Hilton no respondió, tensó la mandíbula—. Tenemos que actuar... con precisión —apuntó el arzobispo, girándose de nuevo—. No quiero un ejército llamando la atención en esas tierras. Quiero silencio. —Sus ojos se clavaron en los de Hilton—. Elegid a vuestros mejores hombres. Aquellos que sepan moverse sin dejar rastro... y que no teman ensuciarse las manos con sangre pagana.

Hilton asintió, aunque una sombra de duda cruzó su expresión.

—¿Y si los clanes la protegen?

Por primera vez, el arzobispo sonrió. No fue una sonrisa cálida, sino algo tenso, casi inquietante.

—¡No, eso es imposible! Un escocés nunca protegerá a una mujer inglesa. Pero... si eso llegase a suceder..., entonces aprenderán lo que ocurre cuando se interponen entre la iglesia... y la voluntad de Dios.

Se acercó hasta quedar a escasos centímetros de Hilton.

—Traedme a la joven..., viva. —Hizo una pausa—. Pero si eso no es posible...

No terminó la frase. No hacía falta. Hilton inclinó la cabeza.

—¡Así se hará!

—¡Y poned precio a la cabeza! Que el rumor se extienda por los caminos para que todo el mundo sepa que el arzobispo de York la busca y recompensará a aquel que le ayude a encontrarla.

El clérigo se volvió hacia el altar, como si la conversación ya hubiera terminado. Durante unos segundos, permaneció en silencio, con la mirada fija en la cruz, pero no rezaba.

—No puede esconderse eternamente —susurró, apenas audible.

Detrás de él, las botas de Hilton resonaron contra la piedra mientras abandonaba la nave. Cuando las puertas se cerraron, la catedral volvió a quedar en silencio.

Capítulo 2

El viento de las Tierras Altas descendía desde las cumbres como un susurro. Calum Fraser se alzaba en lo alto de la colina, recortado contra el cielo gris, con la mirada fija en un horizonte que parecía no terminar nunca. Era alto y de hombros anchos, forjados por el trabajo constante y los inviernos duros. El viento le azotaba el cabello oscuro, enredándolo sin piedad, pero él apenas lo notaba. Sus ojos, de un verde profundo, permanecían entornados, atentos a algo que no estaba a simple vista. No solo miraba el paisaje; lo leía. Cada cambio en el viento, cada sombra que se deslizaba sobre el brezo, cada silencio entre ráfagas le hablaba de una tierra que conocía mejor que a sí mismo. Había en su expresión una calma engañosa, la de quien ha aprendido a dominar el cuerpo aunque la mente no descansa, porque sus pensamientos no estaban en aquella colina. Se acordaba de su padre, de sus palabras, siempre firmes e inquebrantables; del peso de un apellido que nunca había pedido, pero que llevaba como una segunda piel. También daba vueltas al futuro que otros ya habían decidido por él. Sus manos, curtidas y marcadas por cicatrices antiguas, descansaban sobre el pomo de su espada. No la sostenía por amenaza, sino por costumbre..., o quizá por la necesidad silenciosa de aferrarse a algo que aún le

perteneciera.

El viento sopló con más fuerza y Calum cerró los ojos un instante. Dos semanas, pensó. Dos semanas para desafiar el destino... o rendirse a él.

—Sabía que te encontraría aquí.

La voz de su madre rompió la calma.

Margaret Fraser avanzaba con paso firme entre el brezo, recogiendo su falda para no tropezar. A pesar de los años, conservaba una presencia serena, casi luminosa. Su cabello, trenzado con esmero, mostraba hebras de plata, y sus ojos —los mismos que los de Calum— estaban cargados de una preocupación que no intentaba ocultar.

—Tu padre te busca —añadió, deteniéndose a su lado.

Calum no se volvió de inmediato.

—Siempre me encuentra —respondió, con un leve deje de ironía.

Margaret suspiró, observándolo con detenimiento. Dio un par de pasos más hasta quedar a su lado, dejando que el viento agitara también su cabello.

—Esta vez no es como las otras...

Él guardó silencio, pero su mirada se tensó un poco.

—¿Cuándo lo ha sido? —murmuró al cabo de unos segundos.

Margaret esbozó una sonrisa triste.

—Desde que eras niño siempre has respondido así —dijo con suavidad—. Como si pudieras esquivar lo que te espera solo con mantenerte firme.

Alzó la mano y apartó con delicadeza un mechón de cabello del rostro de su hijo, un gesto casi olvidado, pero cargado de años.

—Pero ya no eres ese muchacho que corría por estas colinas creyendo que el mundo terminaba en el valle.

Calum dejó escapar un leve suspiro, sin mirarla aún.

—A veces desearía que sí fuera así.

Margaret inclinó despacio la cabeza, estudiándolo.

—No es el mundo lo que te pesa... es lo que esperan de ti.

Aquellas palabras hicieron que, por fin, él la mirara.

—¡Padre nunca ha esperado, solo ha decidido! —respondió, con un tono más áspero de lo que pretendía.

Su madre no se ofendió. Sus ojos se llenaron de comprensión.

—Tu padre carga con promesas hechas hace mucho tiempo, Calum. Promesas que, en su mente, mantienen unido al clan.

—¿Y yo? —replicó él—. ¿También soy parte de ese trato?

Margaret dio un paso más cerca.

—Eres su hijo —dijo con firmeza, pero sin severidad—. Y también eres libre, aunque ahora no lo sientas así.

Calum soltó una breve risa sin humor.

—¡No suena muy convincente!

Ella le sostuvo la mirada, esta vez con una intensidad tranquila.

—La libertad no siempre se presenta como una puerta abierta. A veces... —hizo una pausa— a veces hay que atravesarla aunque parezca cerrada. Habla con él —añadió con suavidad—. Pero no como un guerrero frente a su laird..., sino como un hijo que aún puede elegir quién quiere ser.

Calum bajó la mirada un instante, pensativo.

—¿Y si ya ha decidido por mí?

Margaret le apoyó una mano en el brazo; firme, cálida.

—Entonces decide tú cómo vas a enfrentarlo.

Un silencio más sereno se instaló entre los dos.

—Pase lo que pase —susurró ella—, no olvides quién eres, Calum. No solo un Fraser..., sino mi hijo.

Esa vez, él no apartó la mirada. Y en sus ojos verdes, por un instante, la tormenta pareció calmarse.

—Ve a verlo ahora, Calum.

Eso bastó para que él girara el rostro. Sus miradas se cruzaron, y en la de su madre había algo más que preocupación: era urgencia.

El castillo de los Fraser se alzaba sólido, de piedra oscura, desafiando al viento como lo había hecho durante generaciones. En su interior, el fuego crepitaba en el gran salón, donde Donald Fraser aguardaba de pie, inmóvil como una roca. Era un hombre envejecido por los inviernos, pero no debilitado. Su barba gris, espesa, enmarcaba un rostro severo, y sus ojos, duros como el acero, se clavaron en su hijo en cuanto cruzó el umbral.

—¡Has tardado!

—Estaba donde debía —replicó Calum, sin inclinar la cabeza.

Donald no sonrió.

—Ya no puedes permitirte ese lujo.

El silencio se tensó entre ambos, como una cuerda a punto de romperse. Margaret permaneció a un lado, observando sin intervenir.

—Hemos recibido noticias del clan MacLaery —continuó el patriarca, pronunciando el nombre con peso—. El acuerdo sigue en pie.

Calum apretó la mandíbula.

—¡Un acuerdo que yo no hice!

—¡Pero que te pertenece! —cortó Donald, dando un paso al frente—. Antes de que nacieras, juré ante su laird que nuestras sangres se unirían. Su hija, Lìra MacLaery, está preparada. Y el tiempo de esperar ha terminado.

El fuego crepitó con más fuerza, como si quisiera llenar el vacío que dejaban las palabras.

—¡No me casaré por un juramento que yo no he hecho! —dijo Calum, con voz firme.

Los ojos de su padre brillaron con un destello de ira contenida.

—¡Te casarás porque eres un Fraser! —replicó—. Porque este clan no se sostiene con deseos, sino con alianzas. —Dio otro paso, quedando frente a él—. ¡Y porque yo así lo ordeno!

El silencio cayó de nuevo, más pesado. Entonces Donald habló más despacio, como quien dicta una sentencia:

—¡Tienes dos semanas! —Calum no apartó la mirada—. Dos semanas para encontrar una mujer y traerla ante mí como tu futura esposa —continuó—. Una unión digna, que no avergüence nuestro nombre... y que pueda sostenerse ante los ojos del clan. —Hizo una pausa—. Tú me pediste que así fuera, que no te llevase a un matrimonio de intereses entre clanes sin darte la oportunidad de encontrar a una mujer a la que puedas amar. —Respiró en profundidad—. Pues bien, yo he cumplido mi palabra, te di tiempo y este ha pasado. Me rogaste dos semanas más y te las he concedido. —Clavó las pupilas en las de su hijo—. Pero si no lo haces...

El viento golpeó los muros, colándose por las rendijas como un lamento lejano.

—Te casarás con Lìra MacLaery, y el juramento quedará sellado como fue prometido.

Margaret cerró los ojos un instante, como si ya conociera aquel desenlace.

Calum permaneció inmóvil. Solo sus manos, tensas a los lados del cuerpo, delataban la tormenta que se agitaba en su interior.

—Dos semanas —repitió, casi en un susurro.

Donald asintió.

—¡Ni un día más!

El aire en la sala parecía más denso tras las últimas palabras. El

fuego del hogar crepitaba en silencio. Calum alzó la cabeza despacio, sin prisa, pero con una determinación que ya no dejaba espacio a la duda. Sus ojos verdes, firmes, se clavaron en los de su padre.

—Me casaré por amor —dijo, con una calma peligrosa—. Y el amor no se negocia, padre..., no se impone ni se firma como un tratado. No se busca. Simplemente... llega.

Donald Fraser apretó la mandíbula.

—¡Hablas como un muchacho sin responsabilidades!

—¡No! —replicó Calum, dando un paso al frente—. Hablo como alguien que no va a vender su vida por un juramento que no hizo.

El silencio se quebró.

—¡Jamás me casaré con Lira MacLaery! —añadió, firme—. Y si esa es la condición para seguir siendo parte de estas tierras... entonces me iré. Me marcharé al norte, más allá de las fronteras del clan, donde no haya cadenas disfrazadas de honor.

La respiración del padre se volvió más pesada.

—¿Irte? —La voz de Donald se endureció—. ¿Crees que es tan simple? ¿Abandonar tu sangre, tu deber? —Se acercó un paso, con los ojos encendidos de rabia contenida—. Los clanes aliados esperan esto. La unión con MacLaery no es un capricho, Calum. Es un pacto. Es estabilidad. Es futuro. Sin ella, este clan se debilita. Y cuando se debilita... —su voz se volvió más grave— los ingleses no tardan en oler la sangre.

Calum sostuvo la mirada.

—¡El clan no necesita una esposa impuesta para sobrevivir!

—¡Sí la necesita! —estalló Donald, golpeando el suelo con la empuñadura de su bastón—. Necesita herederos. Necesita continuidad. Necesita un Fraser fuerte que garantice que todo lo que hemos protegido durante generaciones no se pierda.

Un silencio tenso cayó tras sus palabras; entonces, la puerta se

abrió con suavidad.

—¿Padre? ¿Hermano?

La voz era joven, clara, pero cargada de inquietud.

Sophia Fraser, de apenas quince años, apareció en el umbral. Su cabello claro caía en ondas sueltas sobre los hombros y sus ojos, tan vivos como los de su madre, se movieron con rapidez de uno a otro, percibiendo de inmediato la tensión en la sala.

Su sola presencia pareció detener el tiempo. Calum la miró. Y en ese instante, algo cambió. No hicieron falta palabras entre él y su padre. Solo una mirada breve, pesada, entendida. Donald comprendió lo que su hijo estaba a punto de hacer... y Calum comprendió lo que su padre no iba a ceder.

La decisión estaba tomada. Calum apartó la vista primero.

—Sophia... —murmuró su madre, como si quisiera protegerla de lo que estaba ocurriendo.

Pero él ya se estaba moviendo. Con paso firme, sin vacilar, Calum se giró hacia la puerta.

—¡Calum! —La voz de su padre retumbó en la sala.

Se detuvo, pero no se volvió.

—¡El deber es tuyo! ¡Y lo cumplirás! —Hizo una pausa. El fuego crujió—. Recuerda las dos semanas —añadió, más bajo, pero igual de firme—. No habrá más tregua, si no encuentras a una mujer para hacerla tu esposa, te casarás con Lìra.

Calum no respondió. Abrió la puerta y salió. Dentro, Margaret llevó una mano a su boca, conteniendo la emoción, mientras Sophia se acercaba a ella sin entender del todo, con los ojos húmedos.

—Mamá..., ¿qué ha pasado?

Margaret no respondió de inmediato. Solo miró la puerta cerrarse, como si todavía pudiera alcanzar a su hijo al otro lado.

Capítulo 3

Calum salió del torreón sin mirar atrás, bajó los escalones de piedra con pasos largos, secos, mientras el eco de sus botas golpeaba las paredes húmedas de la fortaleza. Dos antorchas temblaban a ambos lados del corredor, lanzando sombras quebradas sobre su figura. Tenía la mandíbula tensa y los puños cerrados dentro de los guantes de cuero. Atravesó el patio de entrenamiento sin detenerse ante las miradas de los hombres, algunos aún bebiendo junto al fuego, y empujó las pesadas puertas de roble con tal brusquedad que los goznes crujieron. El aire de las Highlands le golpeó el rostro como una bofetada fría, clara, que despejaba cualquier resto de duda que pudiera quedarle. Aún resonaban en su cabeza las palabras de su padre, el peso del juramento, el nombre de Lìra MacLaery como una cadena invisible.

Se detuvo junto al establo. El caballo resopló al verlo acercarse, inquieto, como si percibiera su rabia. Calum pasó la mano por el cuello del animal con gesto automático, casi ausente, y desató las riendas.

—Vamos, viejo amigo... —murmuró.

Montó sin ceremonia. No llevaba consigo a sus esbirros, solo la espada y un pensamiento fijo: el anciano. El más sabio de las Tierras

Altas vivía lejos, más allá de los senderos conocidos, donde la tierra se endurecía hasta volverse piedra y el silencio del pasado parecía arrastrar ecos de almas, como si la propia montaña recordara lo que los hombres habían olvidado. Decían que escuchaba lo que otros no podían y que respondía solo a quienes tenían un corazón noble. Calum necesitaba hablar con él, tenía que recibir sus consejos.

Atravesó el patio interior al trote y cruzó las murallas por el gran portón de hierro, abierto apenas lo suficiente para dejar pasar a un jinete. Los guardias se hicieron a un lado al verlo. Ninguno se atrevió a preguntarle nada.

En el valle, el campo de entrenamiento hervía de actividad. Los jóvenes del clan chocaban espadas de madera entre gritos y órdenes ásperas. El barro saltaba bajo sus botas. Fergus, enorme como un toro, corregía la postura de un muchacho de apenas quince años golpeándole, con suavidad, las piernas con una vara.

—¡Más firme! ¡Un enemigo no esperará a que encuentres el equilibrio!

Un poco más allá, Ewan hacía girar a otro grupo en prácticas de combate cuerpo a cuerpo. Más rápido y silencioso que Fergus, observaba cada movimiento con ojos de halcón. Fue Ewan quien vio primero a Calum, el guerrero abandonó a los jóvenes y caminó hacia él mientras el caballo reducía la marcha. Fergus también levantó la vista y frunció el ceño al notar que su líder iba solo.

—¿Te marchas? —preguntó Ewan al llegar junto al caballo.

Calum tiró apenas de las riendas.

—¡Voy a ver al anciano!

Los dos hombres intercambiaron una mirada inmediata, cargada de preocupación.

—¡Entonces iremos contigo! —dijo Fergus sin vacilar.

Calum negó con lentitud.

—¡No, esta vez no!

—Las montañas no son seguras al caer la noche —insistió Ewan—. Y menos si vas solo.

Calum clavó los ojos en el horizonte, donde las nubes bajas comenzaban a tragarse las cumbres oscuras.

—Precisamente por eso debo ir solo.

Durante un instante ninguno habló. El ruido de los entrenamientos continuó detrás de ellos: madera chocando, respiraciones agitadas, gritos de esfuerzo. Algunos jóvenes observaban de reojo a su señor, intentando disimular la curiosidad.

Fergus apretó la mandíbula. Ewan, en cambio, lo miró como si quisiera decir algo más, pero terminó guardándose las palabras.

—¡El anciano es un mago! —gruñó Fergus, frunciendo el ceño—. Y ya sabes que sus respuestas rara vez llegan claras. Habla en sombras, en acertijos... y a veces ni siquiera son verdad.

Calum sostuvo su mirada un instante antes de responder:

—Lo conozco desde mucho antes que tú, Fergus.

Ewan dio un paso al frente, más serio que de costumbre.

—¡Por eso deberías pensarlo dos veces! —Su voz bajó apenas, como si no quisiera que los jóvenes alcanzaran a oírlo—. La última vez que acudiste a él te habló de una sombra siguiendo tu destino... dijo que tu vida estaba marcada por el peso de la culpa... Estuviste a punto de morir.

El viento cruzó el campo de entrenamiento, haciendo ondear las capas y apagando por un instante los gritos de los muchachos. Calum tensó la mandíbula.

—¡Aún sigo aquí!

—Sí —respondió Ewan, sosteniéndole la mirada—. Pero desde aquel día no has vuelto a ser el mismo.

Calum dejó escapar una sonrisa breve, sin humor.

—¡Sigo siendo el mismo hombre!

—¡No! —intervino Fergus, cruzándose de brazos—. El Calum de antes no habría dudado ante un matrimonio. ¡Maldición, si apenas podíamos entrar en una taberna sin acabar rodeados de mujeres! —Una media sonrisa apareció en su rostro—. Recuerdo que siempre éramos nosotros tres..., y rara vez una muchacha hermosa se nos resistía.

Ewan soltó una risa baja, aunque esta desapareció enseguida.

—Pero después... cambiaste —insistió él, sin apartar la vista de su líder—. Desde entonces rehúyes cualquier cosa que huela a amor, compromiso o matrimonio.

El silencio se tensó entre los tres como una cuerda a punto de romperse. Calum bajó la mirada un instante.

—Ella murió... —musitó.

La frase no fue más que un hilo de voz, pero bastó para que algo en su expresión se quebrara apenas. Durante un segundo, el presente se desdibujó y fue arrastrado siete años atrás. Tenía dieciocho años entonces, pensó en Màiri Douglas, con el cabello suelto empapado por la lluvia salada del mar, riendo sin miedo al borde de los acantilados. Era la hija de un pequeño clan aliado, y la única persona capaz de arrancarle una sonrisa sin esfuerzo, sin estrategia, sin armadura. La veía correr entre el brezo como si el mundo no pudiera alcanzarla nunca. Recordaba el modo en que lo miraba, como si él no fuera el heredero de nada, sino solo un muchacho más perdido entre las Highlands. Y luego... esa noche... la terrible tormenta y el cuerpo de ella encontrado al amanecer en la orilla, golpeado por las rocas tras caer desde los acantilados. Dijeron que había sido un accidente, pero todo en Calum se había roto desde aquel día.

Fergus y Ewan intercambiaron una mirada de preocupación,

cargada de recuerdos que no necesitaban ser nombrados.

—La muerte de Màiri fue un accidente —dijo Ewan al fin, más bajo—. Pero tú no tuviste la culpa, ni siquiera estuviste allí. Las palabras del anciano fueron un presagio de lo que ocurriría.

Calum apretó la mandíbula.

—Lo que sé —respondió, frío— es que ella murió después. Y desde entonces juré no volver a amar.

Calum apartó la vista hacia las montañas. No respondió, sabía que tenían razón; desde aquella noche las palabras del anciano se habían clavado dentro de él como una espina imposible de arrancar: «La muerte caminará junto a tu sangre y alcanzará a la mujer que lleve tu nombre grabado en su corazón», eso fue, con exactitud, lo que le dijo el anciano. Al principio intentó ignorarlo, convencerse de que solo eran delirios de un viejo fraile; pero con el paso de los años, la idea echó raíces en su interior hasta convertirse en una verdad silenciosa. Por eso mantenía las distancias, de ahí que no permitía que ninguna mujer permaneciese demasiado tiempo a su lado, y ese fue el motivo de que jamás hubiera aceptado un compromiso, pese a la insistencia constante de su padre. Siempre le decía que deseaba casarse por amor, que no pensaba unir su vida a una desconocida solo por conveniencia del clan. Era una mentira fácil de sostener, incluso convincente, pero la verdad era mucho más oscura. Calum estaba convencido de que amar a una mujer sería condenarla, y que la mujer que le entregara su corazón podría acabar como Màiri.

Sin añadir nada más, espoleó el caballo y salió al galope, el viento golpeó su cara con violencia apenas abandonó los terrenos del clan. Las ráfagas heladas se colaban entre su cabello y bajo la piel de su capa, arrancándole lágrimas de los ojos; sin embargo no redujo la velocidad, sabía que si no se detenía podría llegar antes del

anochecer.

El paisaje corría a su alrededor en manchas de roca, brezo y colinas interminables. Los cascos del caballo retumbaban sobre senderos estrechos mientras descendían pendientes peligrosas y cruzaban viejos caminos cubiertos de niebla. Bandadas de cuervos alzaban vuelo a su paso, y aun así, Fraser no prestaba atención a nada, solo a sus pensamientos. Las palabras de su padre seguían persiguiéndolo: Lìra MacLaery y el juramento. Calum apretó los dientes y obligó al caballo a correr más rápido.

Capítulo 4

Ariadna estaba agotada, llevaba jornadas enteras sin apenas descanso y el hambre le vaciaba el estómago con una insistencia casi dolorosa. Sabía que debía dirigirse al norte, aunque la anciana no le hubiera indicado con exactitud el lugar. La idea se le había quedado clavada como un recuerdo antiguo; de niña, su padre le contaba historias para dormir, una de ellas hablaba de un lugar remoto llamado *el Lago de las Sombras*. En el cuento, la protagonista emprendía un viaje hacia el norte, más allá de las montañas nevadas, donde la tierra se quebraba en valles cubiertos de brezo blanco en primavera. Entonces le parecía solo una fábula... ahora sonaba demasiado real.

Caminó durante horas por senderos estrechos, entre rocas húmedas y colinas que se cerraban sobre ella como si quisieran confundirla. El viento helado le cortaba la piel y la lluvia intermitente empapaba su capa hasta volverla pesada. A veces el miedo la obligaba a detenerse; otras, era el cansancio el que la hacía dudar de cada paso. Miraba atrás con frecuencia, convencida de escuchar algo entre los árboles, aunque solo encontraba silencio. Confiaba en que, si el arzobispo de York y lord Hilton seguían buscándola, ya habrían abandonado la persecución. Lo que Ariadna no sabía era

que habían puesto precio a su cabeza.

Cuando el terreno comenzó a abrirse, el sonido del agua la guio, descendió por una ladera resbaladiza hasta encontrar un valle escondido donde un río se precipitaba en varias caídas sobre rocas oscuras cubiertas de musgo. Las cascadas se derramaban en distintos niveles, formando pozas profundas antes de continuar su curso hacia un estrecho desfiladero. La bruma húmeda flotaba en el aire como un velo ligero, y el estruendo constante del agua tenía algo que transmitía paz.

Agotada, Ariadna se dejó caer junto a la orilla. Se quitó las botas con manos temblorosas y hundió los pies doloridos en el agua helada. El frío la hizo jadear, pero también le devolvió, por un instante, la sensación de estar viva. Entonces, entre el murmullo del río, escuchó algo distinto. Un ruido seco. Ramas quebrándose. A lo lejos, en la línea de árboles que rodeaba el valle, tres jinetes avanzaban despacio.

El camino se abrió ante Calum como una línea antigua entre colinas y piedra. La tierra olía a humedad, y el sonido del río lo había acompañado durante horas hasta que el terreno empezó a cambiar.

Fue entonces cuando lo escuchó, el rugido del agua, las cascadas. Detuvo el caballo a cierta distancia, descendió sin prisa y lo dejó atado a un árbol, permitiéndole pastar. Luego avanzó solo, guiado por el sonido. Y entonces la vio.

Entre la espuma y la roca, una joven intentaba acercarse al agua. El cabello oscuro le caía empapado sobre los hombros y el vestido ligero se le pegaba al cuerpo mientras avanzaba con cuidado entre las piedras resbaladizas. Tenía el ceño fruncido, concentrada, como si el mundo entero se redujera a no perder el equilibrio.

Calum, oculto entre los árboles, dejó escapar una media sonrisa.

—Va a acabar rompiéndose el cuello... —murmuró para sí.

La observó unos segundos más. Había algo en su forma de moverse, en esa mezcla de torpeza y determinación, que resultaba casi imprudente..., pero muy viva.

Ariadna resbaló un poco y soltó un jadeo ahogado antes de recuperar el equilibrio.

—Terrible idea... —susurró él, negando con la cabeza.

Pero entonces lo oyó. El crujido de ramas. Voces bajas. Hombres. La calma desapareció de su cuerpo en un instante. Tres jinetes aparecieron entre los árboles del sendero superior. Sus caballos venían cansados, como si hubieran recorrido largas distancias sin descanso, no hablaban, pero sus miradas estaban fijas en la joven junto al agua. Calum los reconoció de inmediato. Uno de ellos era Aidan Crowley, un capitán ligado a clanes aliados de los MacLaery; los otros dos eran poco más que sus esbirros. No era un enemigo..., pero tampoco un hombre de honor ni de decisiones limpias. Nunca le había inspirado confianza. Cada vez que visitaba a los MacLaery, Crowley estaba allí, susurrando veneno al oído del viejo líder del clan.

Uno de los jinetes volvió la cabeza hacia la orilla del río. Sus ojos se detuvieron en Ariadna como si la hubieran encontrado por fin. Ella lo notó. Al principio solo percibió movimiento entre los árboles, siluetas altas desmontando en la línea del bosque. Pero cuando el viento cambió y las voces llegaron más claras, algo en su interior se tensó. Retrocedió un paso en el agua sin darse cuenta. El frío le subió por las piernas, pero no fue eso lo que la hizo contener el aliento. Aidan avanzó primero, era más alto que los demás, su *plaid* se agitó por el viento y la espada, colgando sin ceremonia, como si no le hiciera falta demostrar nada. No caminaba con prisa, pero tampoco con calma: era el paso de alguien que está acostumbrado a que el mundo se aparte.

Ariadna se quedó inmóvil, con los pies aún en la poza. Su mano se aferró por instinto a la tela del vestido.

—Ahí está —murmuró uno de los hombres detrás, señalándola sin disimulo.

—Sí —respondió el líder sin apartar los ojos de ella.

Su voz era áspera, sin cortesía, sin intención de parecer amable. El segundo jinete soltó una risa breve, seca.

—No parecía que fuera a llegar tan lejos la muchacha. Es bonita.

—¡Cállate! —cortó el líder, sin mirarlo siquiera.

Ariadna sintió un escalofrío que no venía del agua. Dio un paso atrás, luego otro, buscando terreno firme entre las piedras. El corazón le golpeaba en el pecho con fuerza, desordenado, como si por fin hubiera entendido el peligro.

—¡No os acerquéis más! —dijo ella al fin, intentando que su voz no temblara, aunque lo hizo.

Crowley ladeó apenas la cabeza.

—¡No estamos aquí para charlar contigo!

—Entonces... ¿qué queréis?

Él la observó un segundo más, como si evaluara algo que no era del todo visible.

—Lo que han venido a buscar otros —respondió al fin—. No lo hagas más complicado. ¡Tú sabes lo que tienes y lo que queremos!

Ariadna sintió cómo se le secaba la boca.

—¡No sé de qué habláis!

Aidan soltó una exhalación breve, casi de fastidio.

—¡Siempre dicen lo mismo!

Dio un paso más hacia el agua.

Ariadna retrocedió de golpe, resbalando sobre una roca. El agua le salpicó el vestido y el miedo se le subió a la garganta, esta vez sin dejarle espacio para disimularlo. En ese momento, entre los árboles,

otra figura apareció.

Calum salió del bosque con paso firme y seguro. El crujido de sus botas sobre las hojas secas resonó en el claro y bastó para que los tres jinetes giraran la cabeza al unísono. Los caballos resoplaron inquietos. El primero en reconocerlo fue Aidan Crowley, sus ojos oscuros se entrecerraron con sorpresa antes de curvar los labios en una sonrisa ladeada.

—Vaya... —murmuró—. ¡Calum Fraser!

Él no respondió de inmediato, permaneció inmóvil, con los hombros tensos y la mandíbula endurecida, observándolos como si evaluara cuánto tardaría en derribarlos a todos.

—¡Seguid vuestro camino! —ordenó al fin, con una calma fría que resultaba mucho más amenazante que un grito.

Crowley intercambió una mirada rápida con sus hombres. Dudó apenas un instante.

—No sabíamos que estabais aquí...

Calum avanzó un paso lento, firme.

—¡Ya lo sabéis!

El capitán ladeó un poco la cabeza.

—¿Acaso también buscas la recompensa?

Las cejas de Calum se fruncieron de inmediato.

—¡No sé de qué recompensa hablas!

Crowley soltó una risa corta, incrédula.

—¡No te hagas el despistado conmigo, Fraser!

Calum sostuvo su mirada sin parpadear. Había auténtica confusión en sus ojos, una dureza desconcertada que Crowley reconoció enseguida. La sonrisa burlona del capitán vaciló apenas un segundo, entonces comprendió que decía la verdad. El joven no sabía nada.

El escocés sintió cómo la irritación le ardía bajo la piel. Sus

músculos se tensaron y avanzó hasta quedar frente a Crowley, tan cerca que el caballo del capitán se removi6 nervioso.

—¡Escúchame bien! —dijo con voz grave—. Esa joven es mi futura esposa, así que os marcharéis ahora mismo...

Las palabras salieron de su boca antes de que pudiera detenerlas. Y, por un instante, Calum se sorprendió de su propia afirmación. ¿Por qué había dicho aquello? Ni él mismo lo sabía... salvo quizá por la obsesión silenciosa de que no podía sacarse ese tema de la cabeza.

Mientras hablaba, una mano descendió con lentitud hasta la empuñadura de su espada. No la desenfundó. No le hacía falta. La amenaza estaba en sus ojos.

Ariadna, junto a la cascada, se quedó inmóvil. «¿Su futura esposa?». El corazón le dio un vuelco tan fuerte que casi olvidó respirar. El agua helada seguía acariciándole los pies, pero apenas lo notaba. Miró a Calum atónita, incapaz de saber si aquellas palabras eran una simple excusa... o algo más peligroso.

El silencio se tensó entre los hombres. Crowley observó a Calum durante un largo instante.

—¿Tu futura esposa?

Fraser no respondió. Continuó clavando en él una mirada feroz, inmóvil como una roca.

La sonrisa del capitán desapareció poco a poco.

—Pues deberías saber que el arzobispo de York la está buscando. Y debe de desear encontrarla con mucha urgencia... porque ha puesto precio a su cabeza.

Por primera vez, el gesto de Calum se alteró de verdad. No apartó la mirada de Crowley, pero una sombra oscura cruzó sus ojos: sorpresa, rabia... Algo mucho más peligroso. Detrás de él, Ariadna sintió que el est6mago se le hundía; ¡precio a su cabeza!

pensó. El miedo le recorrió el cuerpo como agua helada. De pronto comprendió que aquello no era una simple persecución, le estaban intentando dar caza.

Uno de los hombres volvió la vista hacia la cascada. Ariadna seguía allí, paralizada, con las manos crispadas contra la tela húmeda del vestido y el rostro pálido. Ni siquiera parecía darse cuenta del agua corriendo alrededor de sus tobillos.

Calum dio un paso hacia delante. Solo uno, pero fue suficiente. Su mano permanecía apoyada sobre la empuñadura de la espada, y la tensión que desprendía hizo que hasta los caballos se agitaran nerviosos. Nadie deseaba enfrentarse a Calum Fraser. Su reputación lo precedía. Invencible, implacable..., y Crowley lo sabía.

—Tranquilo... —murmuró alzando apenas una mano.

Después soltó el aire con lentitud y terminó por echarse a reír.

—¡Nos retiramos! Pero te aconsejo que vigiles bien tu castillo, Fraser. En cuanto sepan dónde está no tardarán en ir a buscarla.

La expresión de Calum no cambió.

—¡Pues los estaré esperando!

Nadie añadió nada más. Crowley tiró de las riendas y los tres hombres dieron media vuelta. Poco después desaparecieron entre los árboles, tragados por la espesura del bosque. El silencio regresó de golpe. Calum permaneció inmóvil durante unos segundos, escuchando el rugido de la cascada y el eco lejano de los cascos alejándose. Luego volvió la vista hacia Ariadna. ¿Qué secreto escondía la joven?, pensó.

Capítulo 5

Ariadna dio un paso hacia él, pero se detuvo en seco al borde del terreno firme. La hierba húmeda cedía bajo sus pies y el estruendo de la cascada, tan cerca, la hacía vacilar. No cruzó. Calum lo advirtió al instante.

—No voy a hacerte daño —dijo él, con una suavidad inesperada en un hombre de su tamaño—. Si hubiera querido lastimarte ya lo habría hecho.

Ariadna lo observó en silencio, indecisa. El agua le resbalaba por el cabello y el vestido empapado se adhería a su cuerpo, pero aun así conservaba una dignidad orgullosa, casi desafiante.

—No te creo —murmuró.

—No tienes que hacerlo —replicó él—. Solo da un paso.

Ariadna respiró hondo. El miedo le oprimía el pecho, pero había algo en la voz de Calum que no sonaba a amenaza. Era firmeza. Seguridad. Con cautela, cruzó al fin la linde y apoyó un pie en tierra seca.

Calum no se movió. Se limitó a observarla y, por un instante, olvidó qué iba a decir. Había visto mujeres hermosas antes, muchas, pero jamás una mirada había logrado desarmarlo de aquella manera. Los ojos de Ariadna poseían una dulzura extraña, mezclada con una

fuerza silenciosa que no encajaba con su aparente fragilidad. Su rostro, aún pálido por el frío, parecía hecho para desafiar cualquier amenaza sin necesidad de alzar la voz.

Ella, en cambio, lo analizaba con cautela. No confiaba en el hombre que tenía delante. Le imponía demasiado. Era alto, ancho de hombros, y su sola presencia llenaba el espacio de una forma casi intimidante. Pero lo que más la desconcertaba eran sus ojos: verdes, profundos, intensos... atentos a cada uno de sus movimientos.

—¿Por qué dijo ese hombre que hay una recompensa por ti? —preguntó Calum al fin, rompiendo el silencio.

Ariadna dudó. Bajó la mirada apenas un instante antes de responder.

—El arzobispo de York me busca —dijo por fin—. Cree que soy una hereje. —Hizo una breve pausa—. Mi padre fue acusado... y lo quemaron en la hoguera. —La voz le tembló apenas, pero aun así continuó—. Ahora quiere hacerme pagar a mí también.

Calum guardó silencio unos segundos. Sus ojos se ensombrecieron, aunque su expresión permaneció serena.

—¿Y por qué piensan eso de ti? ¿Tienen motivos?

—¡No!

Aquella única palabra bastó para él. Había conocido hombres crueles y sabía bien la clase de poder que ejercía el arzobispo de York. También reconocía el peso de la tragedia en los ojos de la joven.

Ariadna seguía temblando. Miraba todo el rato hacia los árboles, temiendo que aquellos hombres reaparecieran en cualquier momento. Calum percibió su inquietud.

—¿Y adónde piensas ir?

—Al norte —respondió ella sin vacilar—. A la Roca del Arrepentimiento... al Lago de las Sombras.

La reacción de Calum fue inmediata, aunque apenas visible: una tensión fugaz en la mandíbula, un silencio más pesado.

—¿Sabes siquiera adónde pretendes ir? —preguntó con voz más grave.

—Sé lo suficiente...

—¡No! —la interrumpió él, ahora más firme—. Ese no es un lugar para una mujer sola.

Ariadna alzó la barbilla, desafiante pese al miedo.

—Tengo que hacerlo.

—Si vas, es muy probable que mueras allí.

—¿Por qué?

—Porque nadie que haya llegado hasta ese lago ha regresado jamás.

—O quizá decidieron quedarse allí.

Calum arqueó apenas una ceja, sorprendido por la lógica serena de la joven... y por su valentía.

—Sea como sea, el camino es largo y peligroso.

Un breve silencio cayó entre ambos. El viento sopló entonces, helado, deslizándose entre los árboles. Ariadna se abrazó a sí misma, empapada y temblorosa. Calum se quitó la piel de animal que llevaba sobre los hombros y se la tendió.

—Toma.

—No la necesito —respondió ella de inmediato, rechazándola con un gesto seco—. Debo marcharme.

—¡Vas a congelarte!

Sin hacer caso a la protesta, él mismo le colocó la piel sobre los hombros. Ariadna se estremeció al sentir las manos grandes y cálidas de Calum rozándole la piel helada. Él, por su parte, sintió una punzada extraña en el pecho al rodearla con aquella prenda. Tardó unos segundos en apartarse.

—Gracias —dijo ella en voz baja—. ¿Podrías indicarme qué camino debo tomar?

—Sigue el curso de este río hacia el norte. A pie tardarás cerca de una semana en llegar. Sabrás que estás cerca cuando el agua deje de reflejar el cielo y parezca cristal oscuro. Dicen que el Lago de las Sombras recibe ese nombre porque quien se mira en él no ve solo su reflejo..., sino aquello que más teme: su lado oscuro.

Ariadna sostuvo su mirada un instante, decidió no hacer más preguntas.

—Gracias.

Comenzó a caminar con rapidez, decidida a no detenerse. Pero mientras avanzaba entre los árboles, el miedo seguía aferrado a su pecho. Estaba aterrada. Temía a los hombres que la perseguían, al camino desconocido y a aquello que pudiera encontrar en el lago. Aun así, no pensaba rendirse. Había llegado demasiado lejos.

Calum la observó alejarse con una sensación incómoda oprimiéndole el pecho. No le gustaba verla marchar sola. Mucho menos sabiendo que un hombre como el arzobispo la estaba persiguiendo. Había algo en ella —en su valentía obstinada, en la forma en que ocultaba el miedo tras aquella dignidad silenciosa— que le impedía apartar la mirada.

—¡Mujer! —gritó antes de que desapareciera entre los árboles.

Ariadna se detuvo en seco y volvió la vista hacia él. Calum avanzó con rapidez hasta alcanzarla. Sus ojos quedaron fijos el uno en la otra. Él volvió a sentir aquella extraña presión en el pecho; ella, un escalofrío imposible de explicar.

—No me has dicho tu nombre.

—Ariadna. —Luego, guardó silencio.

Él, con rapidez, se presentó.

—Mi nombre es Calum, Calum Fraser.

Hubo un breve silencio.

—Si necesitas ayuda, pregunta por mí a cualquier aldeano de estas tierras. Todos saben dónde encontrarme.

Ariadna asintió apenas.

Calum llevó la mano al cinturón de cuero que cruzaba su cintura y extrajo una daga corta, adornada con el emblema grabado de los Fraser. Ariadna se fijó en el símbolo de la daga: un lobo dorado rodeado por tres medias lunas. Su respiración se detuvo un instante al reconocerlas; eran idénticas a la media luna que ella misma portaba. Entonces el corazón le dio un vuelco y recordó las palabras de la anciana: «Solo un guerrero de las Tierras Altas con tres medias lunas podrá sostener el peso de tu destino». «¿Será él?», se preguntó mientras observaba al hombre que tenía frente a ella. «No —se dijo para sí misma—, no puede ser. Debo tener cuidado y seguir mi camino sola».

—¡Toma, puede que la necesites!

Ariadna dudó solo un instante antes de aceptarla, aunque al final decidió tomarla, ya que sabía que quizá tendría que defenderse.

—Gracias... otra vez.

—No me des las gracias, es lo mínimo que puedo hacer por ti.

Ella no respondió, se volvió y retomó el camino.

Calum la siguió con la mirada hasta verla desaparecer entre los árboles, empapada, frágil... y, aun así, decidida. Después soltó el aire con lentitud.

—¡Mantente con vida! —murmuró para sí, casi como una orden.

Luego se volvió y tomó el sendero que conducía a la cascada, hacia las montañas rocosas donde habitaba el sabio. Ariadna continuó sola hacia el norte.

Capítulo 6

Calum movió su caballo junto a un grupo de abedules húmedos y lo dejó atado, cerca de las cascadas que se precipitaban entre las rocas negras de la montaña. El estruendo del agua llenaba el valle, mezclándose con el silbido del viento que descendía desde las cumbres. Frente a él se abría un estrecho sendero de piedra, apenas visible entre el musgo y los matorrales, que serpenteaba hacia la zona rocosa donde se ocultaba la cueva. Tomó aire antes de comenzar el ascenso. Recordaba demasiado bien la última vez que había estado allí. La subida era dura y traicionera, el terreno se volvía cada vez más escarpado, cubierto de piedras sueltas que resbalaban bajo las botas. En algunos tramos tuvo que apoyarse con las manos para avanzar entre las grietas de la montaña, mientras las ramas le arañaban los brazos. El frío se filtraba bajo el tartán y el cansancio comenzó a acumularse en sus piernas a medida que ascendía. El aire era más fino allí arriba, y cada vez le costaba más respirar. «¿Cómo habrá logrado fray Paul acostumbrarse a este entorno?», pensó. Aquel era el verdadero nombre del sabio al que muchos tomaban por un mago, aunque en realidad no era más que un fraile recluso en el silencio de la montaña, entregado a la contemplación y a la oración, buscando a Dios en la quietud y el

aislamiento.

Mientras ascendía por la montaña no lograba apartar de su mente a la joven de la cascada. Las preguntas se agolpaban en su cabeza: quién era en realidad, por qué el arzobispo de York quería encontrarla y por qué Crowley la buscaba con tanto empeño y, sobre todo, por qué él mismo era incapaz de arrancarla de sus pensamientos, por más que lo intentara. Solo conocía su nombre: Ariadna, pero bastaba con susurrarlo para que acudieran a su memoria aquellos ojos brillantes, llenos de bondad, y aquel rostro sereno y dulce... Como si, por un instante, hubiese tenido ante sí a un ángel. Sacudió la cabeza con brusquedad, intentando expulsar aquellos pensamientos antes de que terminaran por consumirlo.

Cuando por fin alcanzó la cima rocosa, distinguió la entrada de la cueva, escondida entre grandes peñascos cubiertos de líquenes y cortinas de hiedra salvaje. Suspiró, se detuvo unos segundos, tomó aire y entró despacio. El interior estaba iluminado por la tenue luz de varias velas consumidas. Olía a humo y tierra húmeda. A un lado había un pequeño altar de piedra sobre el que descansaba un crucifijo de madera oscura, desgastado por los años y las manos que lo habían sostenido. Junto a él reposaba una sencilla talla de la Virgen María, apenas pulida, con el rostro suave y sereno pese a las grietas de la madera envejecida. En el suelo, cerca del fuego apagado, había una piel de ciervo extendida que servía de lecho. Algunas vasijas de barro, hierbas secándose colgadas del techo y unos viejos manuscritos apilados en una esquina completaban aquel refugio austero. Fray Paul no estaba en el interior de la cueva, Calum salió de nuevo al exterior y aguardó en silencio. No tardó en verlo aparecer a lo lejos, descendiendo con lentitud por el sendero de piedra. El monje era alto y delgado, cubierto por una túnica de lana áspera ceñida con una cuerda. La barba gris le caía hasta el

pecho y el viento agitaba sus cabellos plateados. Entre los dedos sostenía unas cuentas de madera oscura unidas por nudos, desgastadas por años de plegarias, que colgaban enrolladas alrededor de su muñeca. Caminaba despacio, apoyándose en un bastón de tejo, como si conociera desde hacía siglos cada piedra de aquella montaña.

Fray Paul observó al guerrero, que lo aguardaba frente a la ermita. Lo reconoció al instante. En el fondo, siempre había sabido que volvería a verlo, aunque le sorprendía que hubiese tardado tanto en regresar.

El fraile alzó la mirada hacia el cielo, como si en silencio rezara por aquel joven. Había visto crecer a Calum desde niño. Su madre lo llevaba a visitarlo cuando apenas era un muchacho, y con los años él mismo continuó subiendo a la montaña de vez en cuando. Siempre llegaba cargado de preguntas sobre Dios, ansioso por comprenderlo todo, con una curiosidad limpia que enternecía al viejo fraile. Pero el corazón de Calum había cambiado desde la muerte de su joven prometida, algo dentro de él se había quebrado. Había volcado toda su rabia contra Dios y, en parte, también contra él. Sin embargo, la culpa más profunda recaía sobre sí mismo. Sus heridas seguían abiertas, no había sido capaz de perdonarse; y aquel dolor, alimentado durante años, había terminado por endurecerle el alma.

Lo que nadie sabía —y lo que el monje jamás podría revelar— era que, durante sus largas horas de oración, la Santísima Virgen María le había mostrado una verdad terrible con claridad divina: la maldad se estaba tejiendo alrededor de Calum como una tela de araña. La envidia de aquellos que ansiaban el poder y los territorios de los Fraser había dado forma a una red oscura, urdida en secreto por hombres cercanos al clan que conspiraban para destruirlo. Fray Paul ignoraba quiénes eran con exactitud, pero comprendió que su

deber era alertar al joven. Sin embargo, desde que le lanzó aquella críptica advertencia —un impulso del que se arrepintió al instante—, Calum no había regresado a verlo. Paul se atormentaba sabiendo que debió explicarle el significado de sus palabras cuando tuvo la ocasión, antes de que fuera tarde.

La alianza entre los Fraser y los Douglas nunca fue bien vista por los ambiciosos rivales, y la tragedia no tardó en cernirse sobre el heredero en forma de una amenaza de muerte. La joven Màiri, su prometida, había heredado la misma enfermedad mental de su madre; veía sombras y escuchaba voces día y noche. Los rumores aseguraban que se había suicidado aquella fatídica noche de la gran tormenta, repitiendo el trágico final de su progenitora. Para el líder Rodolf MacLaery y para el resto de los clanes de la zona, la muerte de la muchacha supuso un alivio evidente: jamás habrían permitido que el futuro señor de los Fraser se desposara con una mujer cuya locura solo traería desgracias a las Highlands. Pero Calum era incapaz de ver esa realidad. Negaba la enfermedad de su prometida y no quería aceptar que nunca habría sido feliz a su lado. En su lugar, el joven cargaba con una culpa ciega por no haber estado allí para salvarla esa noche; se había autoconvencido de que él era el único causante de su muerte y de que, a partir de entonces, llevaría la desgracia a cualquier mujer que osara enamorarse de él.

El anciano se aproximó con lentitud hacia Calum, apoyándose en su bastón de madera oscura. El viento agitaba los pliegues de su viejo hábito mientras sus pasos resonaban con suavidad sobre la piedra húmeda. Cuando quedó frente al guerrero, ambos permanecieron inmóviles unos segundos, observándose en silencio. Calum sintió un inesperado nudo en el pecho, apreciaba al monje y en aquel instante lamentó no haber subido a visitarlo durante tantos años. La vida, el dolor y la rabia lo habían alejado de aquel lugar que

en otro tiempo había sido un refugio para su alma. Fray Paul le sonrió con una ternura casi paternal.

—¡Ha pasado mucho tiempo, muchacho! —dijo con voz serena—. ¡Anda... ven aquí y abraza a este viejo fraile!

Calum dejó escapar una leve sonrisa cansada antes de estrecharlo entre sus brazos. El anciano cerró los ojos un instante al sentir aquel abrazo. Hacía años que no veía tan de cerca al niño que había crecido entre aquellas montañas haciéndole preguntas imposibles sobre Dios, la muerte y el sufrimiento de los hombres. Cuando se separaron, fray Paul lo observó con detenimiento, seguía reconociendo en sus ojos al muchacho curioso de antaño, pero aquel niño casi había desaparecido. Frente a él había ahora un hombre endurecido por la culpa, la pérdida y la rabia contenida durante demasiados años.

—¡Ven! —dijo el fraile con suavidad—. Vamos al lugar que tanto te gustaba. Aún puedo imaginarte sentado allí, contemplando el cielo mientras me hacías cien preguntas seguidas.

Calum sonrió de verdad por primera vez desde que había llegado. Ambos caminaron por un estrecho sendero de roca hasta alcanzar un pequeño saliente natural protegido del viento. Allí, varias piedras lisas formaban una especie de asiento frente al inmenso paisaje de las Highlands. La vista era sobrecogedora, las montañas se alzaban majestuosas bajo un cielo gris azulado atravesado por jirones de niebla. Más abajo, los valles se extendían como mares verdes cubiertos de brezo púrpura y pinares oscuros. A lo lejos, un lago reflejaba la luz del atardecer mientras varias cascadas descendían entre las rocas formando hilos blancos que parecían perderse en el abismo. El aire olía a lluvia y tierra fría. Aquel lugar tenía algo sagrado.

Calum tomó asiento. Durante unos instantes permaneció callado,

sin saber cómo expresar todo lo que llevaba dentro. En realidad había subido hasta allí porque necesitaba consejo y la sabiduría del fraile, aunque le costara admitirlo. Fray Paul lo intuía. El anciano dejó que el silencio hablara primero; transcurridos unos segundos, habló con voz tranquila.

—¿Aún cargas con ella?

Los ojos de Calum se endurecieron al instante. Bajó la mirada y apretó los puños. La imagen de Màiri seguía persiguiéndolo incluso en sueños. Su risa, su voz, sus ojos... Todo permanecía vivo dentro de él como una herida que jamás terminaba de cerrar. Y en lo más profundo de su corazón seguía culpándose por no haber podido salvarla.

—¡Dios me la arrebató! —dijo con amargura—. Y vos me hablasteis de su voluntad... de sus planes... Decidme, ¿qué clase de plan permite morir a una inocente?

Fray Paul guardó silencio unos segundos antes de responder. Su mirada se perdió en las montañas.

—A veces los hombres culpan a Dios por la maldad de otros hombres.

Calum levantó la cabeza de golpe.

—¿Qué queréis decir?

El anciano respiró en profundidad antes de hablar.

—Hay sombras moviéndose alrededor de tu clan, Calum. Sombras nacidas de la ambición y de la envidia. Hay hombres que desean las tierras y el poder de los Fraser... y nunca aceptaron la alianza con los Douglas. Además..., tú sabes que Màiri estaba enferma, la muchacha no estaba bien.

El guerrero frunció el ceño.

—Lo sé..., pero aun así ella era la mujer que amaba.

—Pero ellos nunca hubiesen permitido que contrajeses una

alianza con una muchacha como Màiri.

—¿Quiénes?

—No lo sé... Pero tú sabes que tu propio padre tampoco veía bien esa unión.

—¡Nunca me someteré a la voluntad de nadie! Soy libre en mis elecciones y actos.

Fray Paul giró con lentitud el rostro hacia él. Por primera vez su voz sonó firme como la piedra.

—Hijo, veo muchos peligros rodeándote.

Un escalofrío recorrió la espalda de Calum. Había algo distinto en el anciano aquel día, solemne, lo que lo llevó a recordar el respeto que incluso los hombres más orgullosos sentían por él.

—¿Cómo podéis saber algo así?

Fray Paul cerró los ojos unos instantes.

—Durante mis oraciones... la Santísima Virgen María me mostró ciertas cosas. Comprendí que una red de maldad se está tejiendo alrededor de vuestra familia. Como una araña paciente que espera el momento adecuado para atrapar a su presa.

Calum permaneció inmóvil. Parte de él quería rechazar aquellas palabras, pero otra parte, más profunda, sabía que el fraile jamás hablaba movido por el miedo o la imaginación.

—¿Y qué debo hacer?

—No tengo una respuesta, solo quiero que tengas mucho cuidado.

Calum guardó silencio. Después de unos segundos, abordó el tema que más lo preocupaba.

—Mi padre quiere que me case con Lìra MacLaery.

Paul lo observó.

—¿Y tú qué es lo que quieres?

—No quiero ese matrimonio, sigo pensando en ella...

El anciano lo miró con infinita compasión.

—¡Sé cuánto la amabas! Y sé que sigues llevando su muerte sobre tus hombros como si hubiese sido culpa tuya.

Calum apartó la mirada hacia el horizonte. Fray Paul continuó hablando con voz suave.

—¡Escúchame bien, hijo! El amor verdadero no desaparece con la muerte. Màiri vive en tu corazón, en los recuerdos hermosos que compartisteis, en todo aquello puro que despertó en ti. Pero no debes convertir su recuerdo en una cadena que destruya tu alma. — El guerrero permaneció en silencio—. ¡Debes dejar de castigarte, Calum! Ningún hombre puede luchar eternamente contra aquello que no estaba en sus manos cambiar. Si continúas aferrándote a la culpa y al odio, terminarás perdiéndote a ti mismo. Y ella... ella jamás habría deseado eso para ti.

Los ojos de Calum brillaron un instante, aunque contuvo cualquier emoción. El fraile apoyó una mano sobre su hombro.

—Debes permitir que descanse en paz... y tú también debes aprender a vivir de nuevo.

El viento sopló entre las montañas levantando los cabellos oscuros de Calum. Entonces fray Paul volvió a ponerse serio.

—Vuelve tu mirada a Dios, Él y solo Él te dará la respuesta.

Calum lo miró con preocupación.

—Padre, ¿creéis que debo casarme sin que mi corazón ame a mi futura esposa?

—La mujer con la que decidas contraer matrimonio debe ser la dueña de ese corazón que escondes. El amor es lo único que puede sanar las heridas de los hombres; el amor verdadero, no el amor impuesto. Si no amas a la que será tu esposa la harás infeliz, hijo, a ella y a ti. Pero los líderes de los clanes no lo ven así, ellos piensan que un clan sobrevive si su líder tiene herederos y asegura la

continuidad del apellido. Si tú, el único hijo varón de los Fraser, no te casas ni tienes herederos, no pueden creer en ti ni pueden depositar su confianza.

El joven apretó la mandíbula.

—Entiendo. Por eso mi padre me presiona tanto.

—Sí, es una amenaza para tu clan. A veces el enemigo comparte vuestra mesa... sonríe ante tu padre... y espera con paciencia el momento de clavar el cuchillo si no se aseguran de que se cumple lo que quieren para jurar de nuevo su lealtad.

Aquellas palabras dejaron a Calum helado. Fray Paul lo observó con calma.

—¿Por eso has venido realmente..., para pedirme consejo?

Calum asintió.

—No quiero casarme sin amor. Pero si rechazo ese matrimonio... el clan podría debilitarse, y los enemigos de los que habláis... se aprovecharán de ello.

El anciano permaneció pensativo antes de responder.

—¿Y si tu padre muriera... y tú también desaparecieras sin dejar heredero...?

Calum lo miró con inquietud.

—¿Qué queréis decir?

—Tu madre y tu hermana quedarían indefensas. El traidor aprovecharía el vacío de poder. Forzarían alianzas, matrimonios, traiciones..., y la oscuridad terminaría extendiéndose por las tierras del norte. No buscan solo destruir a los Fraser, buscan el poder que vuestra caída les otorgaría.

Calum sintió un escalofrío.

—Así que ese es su plan...

—Eso temo.

El guerrero bajó la mirada.

—Pero no deseo vivir atado a un matrimonio sin amor.

Fray Paul sonrió con tristeza.

—Calum..., no te engañes a ti mismo. No es que no quieras casarte sin amor, es que cerraste tu corazón por miedo a volver a sufrir.

Aquellas palabras lo golpearon más que cualquier espada. El fraile alzó la vista hacia el cielo cubierto de nubes.

—Rezaré por ti, hijo. Pediré a la Santísima Virgen María que ilumine tu camino y te conceda discernimiento para tomar la decisión correcta.

Después volvió a mirarlo con atención.

—Pero recuerda algo: no permitas que el odio termine de consumir tu alma. Porque eso... también forma parte de la trampa. Y recuerda también que eres libre de tomar la decisión que dicte tu corazón, porque la resolución que determines cambiará tu vida y la de la persona o personas que estén en ese camino escogido por ti.

Calum sostuvo su mirada sin responder. Por primera vez en muchos años, el peso que llevaba dentro pareció aliviarse, aunque solo fuera por un instante.

Capítulo 7

Ariadna avanzaba con dificultad entre los senderos de las Highlands, incapaz de apartar de sus pensamientos al guerrero que la había salvado junto a la cascada. Una y otra vez recordaba sus ojos verdes, su voz grave, la forma en que había cubierto sus hombros con aquella piel para protegerla del frío. Nadie había hecho algo así por ella, ni siquiera su padre, al que siempre lo veía absorto en su negocio y preocupaciones. Y después estaba la daga... Sus dedos se cerraron con fuerza alrededor del arma escondida bajo la piel húmeda que llevaba sobre los hombros. No dejaba de pensar en las medias lunas grabadas en la empuñadura y las palabras de la anciana. Eran idénticas a las del extraño colgante que llevaba oculto bajo su vestido. Aquello no podía ser una casualidad, pensó. Un escalofrío recorrió su espalda, tenía demasiadas preguntas y ninguna respuesta. Sabía que el arzobispo de York, Peter, había dado orden de captura contra ella. Estaba convencida de que los soldados de lord Hilton ya habían entrado en las Tierras Altas para encontrarla. Y ella... ella estaba sola. El recuerdo de su padre apareció de nuevo en su mente como una herida abierta, aún podía verlo en la plaza. El dolor le atravesó el pecho con tanta fuerza que tuvo que detenerse unos segundos apoyándose contra el tronco cubierto de musgo de

un viejo pino. La anciana... El mensaje... La misión... Nada tenía sentido.

¿Por qué Jacob le había ocultado aquel secreto durante tantos años? ¿Por qué todos parecían dispuestos a matar por él? Pero había algo que sí sabía, todo estaba relacionado con la muerte de su progenitor, y si para cumplir su última voluntad tenía que atravesar tierras malditas y adentrarse en un lugar del que todos hablaban con miedo... lo haría, era lo único que le quedaba de él.

El bosque se volvió más espeso a medida que avanzaba. Altos abetos negros ocultaban casi toda la luz del cielo, y la niebla descendía con lentitud entre los árboles como un espíritu silencioso. El suelo embarrado dificultaba cada paso y pequeñas ramas arañaban sus manos y su rostro. El frío era insoportable. Sus ropas seguían mojadas tras la caída en la cascada, y la piel de animal que Calum le había entregado también se había calado por el contacto con el vestido empapado. Sentía la humedad penetrándole hasta los huesos. Comenzó a temblar. El cansancio pesaba cada vez más sobre sus piernas.

Cuando empezó a anochecer comprendió que estaba perdida. Miró alrededor intentando reconocer el sendero, pero todos los árboles parecían iguales. La oscuridad comenzaba a envolver el bosque y el viento traía extraños sonidos entre las ramas. Entonces comenzó la tos, primero leve, después más fuerte. Ariadna se dobló sobre sí misma mientras el pecho le ardía con dolor. Sentía la garganta seca y la respiración cada vez más pesada. Sabía que debía encontrar refugio, pero no había nada, ni una cabaña, ni una hoguera... ni rastro de vida humana.

Aquella noche se refugió bajo las raíces retorcidas de un enorme árbol caído. Se envolvió como pudo en la piel, encogiéndose el cuerpo para conservar algo de calor. No tenía comida ni fuerzas. El hambre

le retorció el estómago mientras el frío la hacía tiritar sin control. El sudor helado cubría su frente pese a la baja temperatura, y pronto comenzó a sentir cómo la fiebre se apoderaba poco a poco de ella. No podía encender una hoguera, el humo delataría su posición, así que permaneció sola en la oscuridad, escuchando el ulular del viento entre los árboles mientras abrazaba el colgante oculto bajo su ropa. Y lloró en silencio, lloró por su padre, por el miedo, por la soledad. No entendía por qué el mundo entero parecía perseguirla.

El sonido del bosque la despertó. Estaba amaneciendo, apenas podía ponerse en pie, la fiebre había empeorado. Le dolía todo el cuerpo y la tos le desgarraba el pecho. Caminó tambaleándose entre los árboles, mareada, incapaz de pensar con claridad. Todo giraba a su alrededor y el sonido de sus propios pasos le parecía lejano. El sudor le ardía sobre la piel. A ratos tenía frío, a ratos sentía que se quemaba. Sus labios comenzaron a volverse pálidos y sus manos temblaban sin control.

—Solo un poco más... —susurró con voz rota.

Pero las fuerzas la abandonaban. Tropezó varias veces antes de alcanzar un pequeño sendero de piedra entre las colinas, entonces todo comenzó a oscurecerse. El aire dejó de entrar con normalidad en sus pulmones, sus piernas cedieron y Ariadna cayó sobre la hierba mojada.

Calum descendía de la montaña cabalgando hacia el castillo de los Fraser. Las palabras de fray Paul seguían resonando en su cabeza, la traición, la amenaza sobre su familia, el matrimonio, Màiri... Todo

aquello le oprimía el pecho como una armadura demasiado pesada.

Su caballo avanzaba entre los caminos cubiertos de niebla cuando algo llamó su atención junto al sendero. Frunció el ceño, había un cuerpo tendido entre la hierba. Calum desmontó con rapidez. Durante un instante pensó que se trataba de un cadáver. La joven estaba inmóvil, con la piel muy pálida y el cabello oscuro pegado al rostro. Empezaban a caer copos aislados de nieve que se posaban con suavidad sobre su vestido. Entonces la reconoció.

—¡Dios santo...! —murmuró.

Era la muchacha de la cascada. Calum se arrodilló de inmediato junto a ella, con el corazón golpeándole el pecho con fuerza. Le apartó con cuidado los mechones de cabello húmedo del rostro y, con manos temblorosas, buscó su cuello. Un débil pulso. Respiraba..., pero estaba helada, casi sin vida.

—¡Ariadna! —exclamó, esta vez con la voz quebrada, más alta, más desesperada.

Sacudió con suavidad su hombro, como si pudiera arrancarla de aquella oscuridad con solo llamarla.

—¡Ariadna, mírame..., abre los ojos, por favor! —insistió, inclinándose sobre ella—. ¡Vamos, despierta...!

Pero la joven no respondió.

—¡Maldita sea! —gritó.

Calum se quitó el *plaid* de los hombros sin pensarlo dos veces y la envolvió con él, como si aquel gesto pudiera arrancarla de la muerte que la acechaba. Luego la tomó con extremo cuidado entre sus brazos y la subió al caballo, colocándola delante de él y sosteniéndola para evitar que cayera. La acercó a su propio cuerpo, intentando transmitirle el calor que le faltaba ante el frío helado que la envolvía. Sin perder un instante espoleó al animal. El caballo arrancó con fuerza, rompiendo el silencio del bosque y lanzándose a

un galope desesperado entre la nieve que comenzaba a caer y el viento cortante de las Highlands. Atravesaron senderos estrechos entre colinas cubiertas de brezo oscuro, cruzaron arroyos helados que serpenteaban entre las rocas y se internaron en bosques densos.

Más allá, el paisaje se abría en valles inmensos, envueltos en niebla, donde los lagos reflejaban un cielo gris plomizo, pero Calum apenas veía nada de aquello. Solo la sentía a ella, el cuerpo frágil de Ariadna contra su pecho, el frío que se le escapaba por entre los dedos y la respiración débil que parecía apagarse con cada zancada del caballo. La abrazaba con fuerza, como si pudiera obligar a su calor a quedarse en ella.

—No te mueras... no te mueras ahora —murmuraba una y otra vez, con la voz tensa, rota por algo que no alcanzaba a comprender del todo.

Su mandíbula estaba apretada, los ojos fijos en el camino, pero su mente era un torbellino. No entendía por qué aquello lo desgarraba así. No la conocía... y, sin embargo, había en su interior una certeza extraña, casi violenta, una necesidad inexplicable de mantenerla con vida. Como si su existencia estuviera unida a la de ella de algún modo que aún no alcanzaba a comprender.

—¡Sé fuerte... aguanta...! —insistía en voz baja, como si sus palabras pudieran sostenerla donde su cuerpo ya no podía.

El viento aullaba alrededor mientras el caballo continuaba su carrera hacia el castillo, y Calum no dejaba de sujetarla, aferrado a ella como si perderla fuera algo que su mente no estaba dispuesta a aceptar.

Las torres del castillo Fraser emergieron por fin entre la niebla al caer la tarde, recortándose contra un cielo plomizo que empezaba a teñirse de sombras. Varios guardias abrieron las puertas con rapidez

al reconocer al heredero, aunque su llegada no tardó en generar un murmullo de desconcierto. Los mozos de cuadra se detuvieron en seco, interrumpiendo sus tareas, y algunos sirvientes asomaron desde los corredores y las arcadas del patio interior para observar la escena con creciente inquietud. Calum entró al galope, no como un regreso habitual, sino como una irrupción urgente, tensa, casi desesperada. Y lo que más llamó la atención no fue su prisa..., sino la figura que llevaba consigo: delante de él, aferrada a su cuerpo, iba una joven inconsciente, pálida como la nieve, sostenida con cuidado. Un silencio extraño se extendió por el patio durante un segundo, roto solo por el resoplido del caballo.

En un extremo del patio, Fergus y Ewan, que entrenaban a un grupo de jóvenes soldados con espadas de madera, detuvieron el combate de inmediato. El sonido del metal contra la madera se apagó en seco. Fergus frunció el ceño, apoyando la espada contra el suelo.

—¿Has visto lo mismo que yo? —preguntó en voz baja.

Ewan entrecerró los ojos mientras observaba al heredero desmontar sin soltar a la muchacha.

—¿Qué está sucediendo...? —respondió, cruzando una mirada con él—. ¿Qué demonios trae consigo?

Ambos se miraron con desconcierto, mientras los aprendices bajaban las armas, incapaces de ocultar su curiosidad. El murmullo creció en el patio.

Ante el alboroto, las puertas del torreón se abrieron. Primero apareció Sophia, que salió corriendo hacia su hermano con el rostro marcado por la preocupación.

—¡Calum! ¿Qué ha ocurrido? —exclamó.

Detrás de ella, lady Margaret avanzó con paso firme pero rápido, su sola presencia imponía silencio a los sirvientes más cercanos. Sus

ojos se fijaron de inmediato en la joven inconsciente, y su expresión cambió al instante, pasando de la sorpresa a la alarma contenida. El patio entero quedó suspendido en una mezcla de murmullos, miradas y preguntas sin respuesta, mientras Calum seguía avanzando.

—¡Calum! —exclamó Sophia—. ¿Qué ha ocurrido? —volvió a preguntar.

Ambas se detuvieron sorprendidas al ver a la joven inconsciente sobre el caballo. Fraser desmontó con rapidez y tomó a Ariadna en brazos. La muchacha parecía aún más frágil entre la fuerza de sus brazos. Su cabeza cayó contra el pecho del guerrero mientras pequeños temblores recorrían su cuerpo. Lady Margaret observó con preocupación el estado de la joven.

—¡Está ardiendo en fiebre! —dijo con inquietud—. ¡Preparad una habitación! ¡Ahora!

Las doncellas acudieron con rapidez.

—¡Traed agua caliente y mantas secas! —ordenó la señora del clan mientras seguía a su hijo escaleras arriba—. ¡Y envid a buscar al galeno con urgencia!

Calum subió los escalones con premura sin separarse de Ariadna ni un instante.

Entró en una de las habitaciones y la depositó con cuidado sobre la cama.

—¡Quitadle esa ropa mojada y ponedle un camisón seco! —exigió con voz tensa.

Las doncellas comenzaron a obedecer. Calum salió de la habitación. Lady Margaret observó a su hijo en silencio, veía la preocupación en sus ojos, una angustia demasiado intensa para tratarse de una simple desconocida. Una vez que las puertas de la habitación se cerraron, Margaret se volvió hacia su hijo.

—¿Quién es esa joven?

Calum permaneció callado apenas un segundo, entonces respondió sin vacilar:

—¡Mi futura esposa!

Lady Margaret abrió los ojos, sorprendida. Calum mantuvo el gesto serio.

En realidad ni él mismo comprendía por qué había pronunciado aquellas palabras, quizá porque aquello le daría tiempo, o porque si su padre creía que ya había elegido esposa, dejaría de presionarlo para casarse con Lìra MacLaery. O porque desde el instante en que encontró a Ariadna por primera vez sintió que algo dentro de él había cambiado.

Capítulo 8

Desde aquella noche, el ritmo del castillo Fraser se había vuelto denso, como si el aire mismo se hubiera transformado en plomo. Afuera, la vida seguía su curso mecánico: el chocar del acero en los patios, el bullicio de las cocinas y el relincho de los caballos. Pero para Calum el mundo entero se había reducido a cuatro paredes de piedra y el sonido errático de una respiración que se apagaba. Ariadna no mejoraba. La fiebre la mantenía náufraga en un océano de delirio. A veces sus párpados temblaban, revelando unos ojos que no veían el presente, sino que escudriñaban sombras invisibles.

Calum entró en la habitación, sus botas apenas haciendo ruido sobre los juncos del suelo. Se acercó a la cama y se dejó caer en la silla de madera, sintiendo un peso en el pecho que no lograba identificar. No era solo el deber de un señor, era algo primario, una necesidad dolorosa de anclarla a este mundo.

—No te atrevas a dejarme —susurró él, con la voz rota por el cansancio—. Todavía no.

Ella no respondió. En lugar de palabras, su mano —una extremidad pálida que parecía esculpida en alabastro— emergió de entre las sábanas, buscando a ciegas algo a lo que aferrarse en mitad de su pesadilla. Calum, impulsado por un instinto que no pudo

frenar, la envolvió entre las suyas. El contraste fue un golpe directo a sus sentidos, una colisión entre dos mundos que nunca debieron tocarse. Sentir la piel de Ariadna fue como sostener un pájaro herido. Era delicada, casi traslúcida, con venas azules que latían con una urgencia aterradora. Calum bajó la vista hacia sus propias manos: curtidas, llenas de cicatrices viejas, con los nudillos endurecidos por el frío de las Tierras Altas y el mango de la espada. Se sintió tosco, casi destructivo; temió que si apretaba un poco más de la cuenta, esos huesos finos se quebrarían bajo su peso. A pesar de la fiebre que la consumía, hubo un segundo en que su piel se sintió heladora al primer contacto, antes de que el calor del delirio lo inundara todo. Esa frialdad le recorrió el brazo como una premonición. Calum solo sabía su nombre, no conocía el color de su risa, ni sus miedos ni el hogar que había dejado atrás. Solo recordaba el instante fugaz en que sus ojos se cruzaron por primera vez: una mirada que, aunque breve, se le había quedado clavada en el pecho como una astilla.

Ahora, al sentir la suavidad casi irreal de su mano descansando en su palma callosa, una inquietud dolorosa lo invadió. No era solo lástima, era la comprensión de que esa joven desconocida representaba todo lo que la muerte le había arrebatado: la ternura, la fragilidad y la posibilidad de proteger algo que no fuera un muro de piedra. Se descubrió reteniendo el aliento, contando los latidos que golpeaban contra su pulgar, rogando en silencio que la vida no se le escapara entre los dedos como arena fina.

En ese momento, el fuego de la chimenea chisporroteó, fue entonces cuando el murmullo comenzó.

—*Clavis... caeli...* —siseó Ariadna. Sus labios estaban agrietados —. *Porta... inferni...*

Calum se tensó. La primera vez, creyó que era el latín de algún

rezó olvidado. La segunda, un escalofrío le recorrió la columna. De repente, la habitación desapareció, ya no estaba en el castillo Fraser; estaba de vuelta en la tormenta, años atrás. Veía a Màiri con el rostro desencajado y los ojos nublados por un terror que él, en su arrogancia juvenil, había llamado «superstición». No es que esas palabras las hubiese oído de Màiri, sino que le recordaron al susurro de voces que ella escuchaba, le devolvió un recuerdo que él se empeñaba en olvidar. Palabras que sonaban de la misma manera sin ser las mismas. Rememoró la última conversación con ella:

—¡Calum, escúchame! —le había rogado Màiri aquella última noche, aferrándose a su jubón con dedos temblorosos—. Lo he oído de nuevo... las voces en el viento. Dicen siempre lo mismo. ¿Qué significa, Calum? ¿Por qué me siguen?

Él solo le había besado la frente, restándole importancia. La madre de Màiri había enloquecido muy joven y terminó suicidándose, y Calum temía por su amada, ya que no era la primera vez que le decía que oía voces.

—Solo son obsesiones, amor mío. Duerme. Mañana la tormenta habrá pasado.

Y después esa tormenta que se la llevó para siempre, pensó Calum.

—No, no... —El susurro de Ariadna rasgó el silencio de la estancia, devolviendo a Calum al presente con la violencia de un golpe físico.

Soltó la mano de la joven como si esta quemara y se puso de pie de un salto, derribando la pesada silla de roble. El estrépito resonó en las paredes de piedra, pero para él, el sonido del fuego era aún más fuerte: un rugido ensordecedor. El espacio se le cerraba encima. El pensar en Màiri le había traído las sombras del pasado. Necesitaba

aire. En ese instante la puerta se abrió. Margaret entró en la habitación, se detuvo al ver la silla volcada y el rostro desencajado de su hijo. Ella lo conocía mejor que nadie; notaba su inquietud, esa vibración tensa en sus hombros que solo aparecía antes de la batalla. Aunque no había querido presionarlo sobre el origen de la muchacha, su instinto le decía que algo oscuro se gestaba. No lograba comprender cómo Calum profesaba tal devoción por alguien que jamás habían visto en sus tierras.

—Hijo —dijo ella con suavidad, acercándose hasta que pudo poner una mano sobre su pecho, tratando de calmar el galope de su corazón—. ¿Qué te ocurre? ¿Quién es esta joven?

Calum bajó la mirada hacia la mano de su madre, sintiendo su calor a través del jubón, pero su cuerpo seguía rígido como el acero.

—¿Qué quieres saber, madre? —preguntó con voz ronca.

—¡La verdad! —respondió Margaret con firmeza—. ¿Quién es ella? ¿Qué le ha sucedido para que la traigas en este estado?

—¡Es mi futura esposa, ya os lo dije! —insistió él, aunque la mentira le amargaba la lengua. Era la única forma de protegerla, de justificar su presencia en el castillo.

—Pero, Calum, no tiene sentido...

—¡Madre, ahora no! —la cortó él, con un tono que no admitía réplica. No podía dar explicaciones cuando él mismo habitaba en un mar de incógnitas.

—Hijo, comprende que la familia esté preocupada —insistió ella, bajando el tono, apelando a su sensatez—. Una desconocida en el hogar del heredero no es algo que pase desapercibido.

—Lo entiendo —respondió él, suavizando un poco el gesto, mas sin retroceder—. Pero ahora no puedo. Dame tiempo. Solo necesito que ella se recupere.

Margaret asintió. Conocía la terquedad de la sangre Fraser;

presionar a Calum era como golpear una roca con las manos desnudas. Solo lograría lastimarse ella misma.

—Tu padre ya sabe que has regresado y que no has venido solo —añadió ella con un deje de advertencia—. Quiere verte. Se reunirá contigo después de la comida.

Calum cerró los ojos un instante, sintiendo el cansancio acumulado en los huesos.

—¡No tengo ánimos para atender a sus interrogatorios!

—¡Calum, es tu padre! Él solo busca lo mejor para ti, pero sabes bien cuánta presión hay sobre sus hombros. El futuro del clan depende de tus decisiones, y este... «capricho», si es que lo es, tiene un precio.

—Lo sé, madre. Lo sé mejor que nadie.

—Anda, vete con tus hombres —le sugirió ella, dándole un apretón cariñoso en el hombro—. No has descansado nada. Te escuché caminar hacia esta habitación varias veces durante la noche. Necesitas despejar la mente. —Margaret miró de reojo a la joven en la cama—. Al menos... ¿podrás decirme su nombre?

Calum se detuvo en el umbral, con una mano apoyada en el marco de la puerta.

—Ariadna, ese es su nombre.

Salió de la cámara sin mirar atrás. Sus pasos retumbaron en los pasillos fríos como martillazos sobre un yunque, marcando un ritmo de guerra. Mientras descendía hacia el patio de armas, apretó la mandíbula hasta que el dolor le subió por la sien. No era miedo lo que sentía; era la furia impotente de quien presiente que la historia, maldita y cíclica, ha regresado para reclamar otra víctima de entre sus brazos.

En el patio, el entrenamiento se detuvo en seco. Los jóvenes soldados bajaron sus espadas de madera, intimidados por el aura

oscura que emanaba de su señor. Fergus y Ewan, sus hombres de confianza, intercambiaron una mirada de alarma.

—¡Calum! —exclamó Fergus, envainando su acero y acercándose con paso rápido—. Tienes el rostro de quien ha visto a la misma muerte. ¿Qué ocurre? ¿Ha empeorado la muchacha?

Ewan se mantuvo un paso atrás, observando los ojos de Calum, que brillaban con una intensidad peligrosa.

—¿Es la fiebre, Calum? —preguntó Ewan en voz baja—. ¿O es algo más?

Calum tardó un segundo en responder, luchando por contener el temblor que amenazaba con traicionar la firmeza de sus manos. Su voz salió seca, cortante como el viento que baja de las cumbres en pleno invierno.

—¡Venid conmigo! —ordenó, y la severidad de su tono no dejó espacio a la réplica.

—¿A dónde? —Quiso saber Fergus, limpiándose el sudor de la frente con el antebrazo—. El entrenamiento no ha terminado y los muchachos aún están...

—¡He dicho que vengáis! —rugió Calum, dándose la vuelta con una violencia que hizo que los soldados más jóvenes retrocedieran un paso.

No hubo más preguntas. Fergus y Ewan intercambiaron una mirada cargada de aprensión. Conocían a Calum desde la infancia; sabían que cuando su temperamento estallaba de aquella forma no era por simple mal humor, sino porque algo le estaba devorando las entrañas. Dejaron las armas y lo siguieron en silencio.

Atravesaron el rastrillo del castillo y se dirigieron hacia las afueras, donde el valle se abría en una inmensidad de verdes profundos y sombras alargadas. El paisaje de las laderas de las Highlands se alzaba como gigantes bajo un cielo de nubes bajas. El

olor a tierra mojada y brezo inundaba el aire, y el sonido del río fluyendo con fuerza en la distancia era lo único que llenaba el vacío entre ellos. Se detuvieron en un risco que dominaba el desfiladero, un lugar donde solo el viento podía escucharlos.

Calum se quedó de espaldas, observando el horizonte con los puños apretados. Fergus, siempre el más directo, rompió el silencio. Su voz, aunque firme, denotaba la preocupación de un hermano.

—¿Qué sucede, Calum? ¡Estás fuera de ti! Ni siquiera en la guerra te vi con esta mirada.

Ewan, más observador y analítico, dio un paso al frente, cruzándose de brazos.

—Es por ella, ¿verdad? ¿Quién es esa joven?

Calum soltó un suspiro largo que pareció arrancar un peso de sus pulmones, y después se giró.

—La encontré en las cascadas —comenzó a decir, su voz ahora un susurro ronco—. Justo antes de subir a la cueva de fray Paul. Pero no estaba sola. Aidan Crowley estaba allí con sus hombres. Quería capturarla como si fuera un animal de caza.

Fergus escupió en el suelo al oír ese nombre, mientras que la expresión de Ewan se ensombreció.

—¿Crowley? Ese carnicero no se mueve si no hay oro de por medio —dijo Ewan.

—¡Exacto! La busca el arzobispo de York —reveló Calum, y el nombre del prelado cayó entre ellos como una maldición—. Ha puesto una recompensa sobre su cabeza. La encontré medio moribunda poco después, cuando regresaba al castillo.

—¿El arzobispo? —Fergus sintió un escalofrío—. Calum, meterse con el arzobispo y con Crowley es buscar una soga para el cuello. Si se enteran de que está en el castillo Fraser vendrán a por nosotros. ¿Vale la pena el riesgo por una desconocida?

Calum ignoró la pregunta, su mente estaba en otro lugar, en una herida que nunca llegó a cicatrizar. Miró a sus amigos a los ojos, con una intensidad que los obligó a guardar silencio.

—¿Recordáis lo que os conté sobre Màiri? —preguntó de pronto Calum, deteniendo sus manos sobre la manta seca. Sus ojos, fijos en el fluir del río, se volvieron distantes—. ¿Recordáis aquellas palabras que me dijo justo antes de la tormenta y de... de morir? ¿Aquello que yo desprecié en su momento y a lo que no le di la menor importancia?

Fergus y Ewan asintieron en silencio, y sus rostros palidecieron al unísono. Aquel recuerdo era un tabú doloroso, una herida abierta en el pasado de Calum que rara vez se atrevía a tocar.

—«Susurro de voces» —musitó Ewan, rescatando la frase exacta de su memoria con un tono de reverencia—. Dijiste que se quejaba de un eco continuo que no la dejaba descansar.

—Esa joven... Ariadna... —continuó Calum, y su voz tembló por primera vez en toda la mañana—. No para de repetir unas palabras en latín que me quitan el sueño. Al escucharla, es como si regresara al pasado; me recuerda demasiado a Màiri y a ese maldito susurro de voces. Lo repite una y otra vez, con la misma angustia, con la misma voz cargada de terror absoluto que tenía ella antes del final.

Calum se pasó una mano por el rostro, estaba afectado por el peso de la culpa.

—Me aterra pensar que la historia se repita —confesó, mirando a sus amigos—. Me tortura la idea de que esta joven también desee acabar con su vida, atrapada en la misma oscuridad, y que yo vuelva a ser incapaz de salvarla.

El silencio que siguió fue absoluto, roto solo por el murmullo del agua helada. Fergus y Ewan miraron de reojo hacia el castillo, que se alzaba sobre la roca como un guardián de piedra ajeno a las

tragedias humanas. Lo que antes era una simple preocupación por la seguridad del clan ante la llegada de una extraña se había transformado en algo mucho más íntimo y sombrío: el regreso de un fantasma del pasado que amenazaba la cordura de su líder.

—Màiri murió en mitad de la tormenta, Calum —dijo Fergus con suavidad, intentando restarle peso a sus hombros—. Fue una desgracia, un accidente del destino que nadie pudo prever. No puedes culparte por ello toda la vida.

—¡No, Fergus! No os sigáis engañando para protegerme —replicó Calum, con una amargura que le desgarraba la garganta—. Màiri se suicidó porque escuchaba voces y yo no supe entenderla. Estaba cegado, no quise ver el problema tan grave que ella tenía... algo heredado de su madre, una carga demasiado pesada para su cabeza. Me limité a llamarlo «superstición», y mi ignorancia la empujó al abismo. No voy a cometer el mismo error con Ariadna. Si comparte ese tormento, esta vez pienso escucharla.

Todos guardaron silencio y Ewan cambió de tema, no quería que su amigo recordara aquel día.

—He oído a tu hermana decir que la joven es tu futura esposa —intervino Ewan, con un tono cargado de escepticismo—. ¿Es otro de tus planes para evitar casarte con quien quiere tu padre o hablas en serio?

—¡Lo haré! —respondió Calum con una firmeza que sorprendió incluso a sus confidentes—. Ella se cruzó en mi camino por una razón que va más allá de la suerte. Si la única forma de protegerla dentro de estos muros es dándole mi apellido, que así sea. Si Aidan y el arzobispo de York saben que es la esposa de un Fraser, se lo pensarán dos veces antes de intentar tocarla. Un ataque contra ella sería una declaración de guerra contra todo el clan.

Ewan asintió, reconociendo la lógica militar tras la decisión, pero

Fergus dio un paso al frente, cruzándose de brazos con una mueca de duda.

—Es una estrategia sólida, amigo, no te lo niego —indicó Fergus —, pero hay algo con lo que no estás contando..., un detalle que parece haber olvidado en medio de tu urgencia por salvarla.

Calum lo miró con el ceño fruncido.

—¿A qué te refieres?

—A que no has contado con su opinión —soltó Fergus con franqueza—. ¿Y si ella no quiere casarse contigo? No la conoces, Calum. Puede que prefiera enfrentarse al arzobispo Peter antes que quedar atada a un hombre que acaba de conocer en mitad de un delirio.

La pregunta de Fergus quedó suspendida en el aire. Calum no respondió de inmediato. Apartó la mirada de sus amigos y la fijó en la silueta imponente del castillo, cuyas almenas recortaban el cielo gris como dientes de piedra. Aquella duda lo golpeó en un lugar donde no tenía armadura. «¿Y si ella no quiere?», pensó. Hasta ese momento había visto a Ariadna como una misión, como una oportunidad de redención por el fantasma de Màiri, que aún le dictaba órdenes al oído. Pero las palabras de Fergus lo obligaron a ver, por primera vez, la realidad desnuda: Ariadna no era un peón en su tablero de culpas, sino una mujer con voluntad propia. Sintió un nudo de frustración en la garganta. Si despertaba y lo rechazaba, si prefería la incertidumbre del camino al refugio de su nombre, él se quedaría sin escudos para protegerla. Y lo que era peor, se quedaría solo con aquel hilo invisible que sentía tirar de su pecho hacia ella, un vínculo que no sabía explicar y que, quizá, ella no compartía en absoluto.

—Si despierta y me maldice por lo que he hecho, lo aceptaré —murmuró Calum, más para sí mismo que para los demás—. ¡Pero me

casaré con ella!, prefiero que me odie estando viva y segura tras mis muros, a que muera a manos de Crowley o el arzobispo de York.

Se giró hacia el sendero, con el *plaid* ondeando con furia tras él.

—No busco su amor, Fergus —añadió con una dureza que pretendía ocultar su propio miedo—. Busco su tiempo.

Caminó de regreso al castillo con pasos largos y decididos, pero en su mente seguía grabada la imagen de la mano de Ariadna entre las suyas. Tan suave y frágil. Se preguntó, con una punzada de amargura, si cuando ella abriera los ojos y descubriera que la había encadenado a su destino, vería en él a su salvador o a otro captor más en una vida de huida.

Capítulo 9

El regreso a la consciencia no fue un destello, sino un ascenso lento y doloroso a través de capas de oscuridad densa. Cuando Ariadna logró despegar los párpados, el mundo se le presentó como un rompecabezas de sombras, todo era desconocido para ella. Lo primero que golpeó sus sentidos fue el techo de vigas de madera oscura, cuya superficie rugosa apenas era iluminada por el resplandor anaranjado que bailaba en las paredes. La habitación era de piedra desnuda, fría y sólida, interrumpida por pesados tapices que colgaban de los muros para detener las corrientes de aire. A su izquierda, una chimenea de piedra tallada albergaba un fuego moribundo que lanzaba chispas con un crepitar rítmico, el único sonido que rompía el silencio de la estancia.

Ariadna sintió el peso de las mantas de lana gruesa sobre su cuerpo y la suavidad del lino del camisón, pero nada en aquel lugar le resultaba familiar, todo era extraño, imponente y cargado de una historia que su mente, ahora vacía, no lograba alcanzar. Intentó buscar un recuerdo, una imagen, un rostro que le resultara familiar, pero no había nada. Su mente era un lienzo en blanco, no sabía de dónde venía, quiénes eran sus padres o por qué su cuerpo se sentía como si hubiera sido arrojado contra las rocas. Solo una palabra

resonaba en el vacío de su memoria, como un ancla en mitad de la tempestad: Ariadna. Un súbito terror la invadió. ¿Quién era ella? Pero antes de que el pánico la asfixiara, un peso en su pecho la distrajo. Con dedos temblorosos, llevó su mano al cuello del camisón de lino que vestía, allí, bajo la tela, sus dedos tropezaron con el metal frío de un colgante, era una media luna. En cuanto sus yemas tocaron el relieve del amuleto, una descarga de instinto puro la recorrió: «Nadie debe verlo. Nunca», esa frase sí la recordaba. Lo apretó contra su piel, ocultándolo con celo, sintiendo que ese pequeño objeto era el único fragmento de verdad que le quedaba de un pasado que no recordaba. Fue entonces cuando notó que su otra mano no estaba libre. Giró la cabeza con lentitud sobre la almohada y lo vio. Un hombre permanecía sentado en una silla de roble junto a su lecho, con el cuerpo vencido por el agotamiento y la cabeza inclinada. Sus manos, grandes y marcadas por cicatrices, envolvían la suya con una delicadeza que contrastaba con su apariencia imponente. Ariadna lo observó con una curiosidad que le detuvo el aliento. Tenía las facciones duras, talladas por el viento y el combate, pero el sueño le había otorgado una tregua, suavizando la línea de su mandíbula y el ceño fruncido. Era un hombre de un atractivo imponente, una extraña fascinación magnética tiró de ella hacia él. Incluso en su estado de fragilidad, se sintió arropada por la fuerza que él desprendía. Sin pensarlo, impulsada por una extraña gratitud y una atracción que no sabía de dónde nacía, extendió sus dedos libres hacia él. Quería saber si era real. Deseaba rozar esa mejilla sombreada por la barba de varios días, pero en cuanto la punta de sus dedos acarició la piel de Calum, él abrió los ojos.

Fue como si un rayo cruzara la habitación. Él se incorporó de inmediato, con los músculos tensos y la mano buscando por instinto el pomo de su daga, escudriñando las sombras en busca de

amenazas antes de que su mente terminara de despertar. Pero entonces, se fijó en ella. Al verla con los ojos abiertos, la armadura de frialdad y mando que Calum llevaba como una segunda piel se desmoronó por completo. Sintió un vuelco violento en el pecho, una mezcla de alivio asfixiante y un terror que apenas comenzaba a disiparse. Había pasado tantas horas contando sus respiraciones erráticas, temiendo que cada silencio fuera el último, que verla de nuevo en el mundo de los vivos le resultó casi milagroso. Una luz de esperanza, pura y desesperada, iluminó su mirada; era la sensación de quien ha estado buscando una salida en la oscuridad y al final ve un destello. Sin embargo, tras esa alegría, también se filtró una culpabilidad punzante: la de saber que la estaba despertando en un mundo de mentiras y peligros.

Ariadna no supo interpretar aquella tormenta de emociones que cruzaba el rostro del desconocido. Desde su posición en el lecho, lo veía como una figura imponente: era un hombre alto, de hombros anchos y una musculatura poderosa que se adivinaba bajo la camisa de lino, revelando una fuerza física acostumbrada al rigor de las tierras del norte. Sin embargo, lo que terminó de cautivarla fue su mirada. Se encontró perdida en unos ojos de un verde profundo y magnético que la observaban con una fijeza abrumadora. Era una mirada transparente, sin artificios, que la recorría con una mezcla de devoción y alivio tan intensa que le hizo dar un vuelco al corazón. Para Ariadna, aquel hombre no era un extraño, sino un faro en mitad de su amnesia; alguien que la miraba como si su despertar fuera, en verdad, lo único que lo mantenía vivo.

Calum se aproximó al lecho con una mezcla de reverencia y urgencia. Tomó su mano entre las suyas, sintiendo aún el rastro del sudor febril, y la observó con una intensidad que parecía querer leer los secretos ocultos tras sus pupilas.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó.

Ariadna no supo qué responder. Sentía miedo.

—¿Dónde... estoy? —susurró ella, y el sonido de su propia voz le resultó ajeno, como el eco de una desconocida—. ¿Quién eres? No... no puedo recordar nada.

Calum se tensó. El aire en la habitación pareció volverse más pesado.

—¿Cómo que no recuerdas nada? —inquirió él, con el ceño fruncido—. ¿No sabes lo que te sucedió?

La joven lo miró con los ojos muy abiertos, empañados por una confusión desgarradora. Negó con la cabeza, una pequeña sacudida de desamparo.

—No... no sé quién soy... no recuerdo nada de mi pasado... ni lo que me pasó ni por qué estoy aquí, en esta habitación.

Calum guardó silencio un segundo, escudriñando ese vacío absoluto en sus ojos. En ese abismo de memoria vio una oportunidad peligrosa, una grieta por la que podía colarse el destino para salvarla del arzobispo de York y de la sombra que la perseguía. Sus dedos apretaron los de ella con una firmeza que pretendía ser un ancla.

—Estás en el castillo Fraser, en tu hogar —dijo él, y su voz bajó de tono, volviéndose profunda y envolvente como una manta de piel en pleno invierno—. No temas, Ariadna. Has estado muy enferma; hubo momentos en que creí que te perdía. Es normal que la fiebre haya nublado tu mente, pero yo estoy aquí para recordarte quién eres.

Al oír ese «creí que te perdía», Ariadna sintió una punzada eléctrica en el centro del pecho. No era dolor, sino una calidez súbita y abrumadora. En su vacío de recuerdos, aquellas palabras fueron la primera verdad a la que asirse; alguien la valoraba tanto como para

temer su muerte. Se sintió protegida por la sombra de aquel hombre, y por un instante, el miedo a lo desconocido cedió ante la profundidad de su mirada.

—¡Voy a llamar al galeno, quiero que te vea de inmediato! —dijo Calum, haciendo amago de soltarla.

—Espera... —lo detuvo ella. Su voz era apenas un hilo de aire, pero sus dedos buscaron retenerlo con una debilidad desesperada—. ¿Quién soy yo para ti?

Calum no vaciló. Sostuvo su mirada con una convicción férrea que ocultaba el peso de la traición que estaba a punto de cometer.

—Eres mi prometida. Mi futura esposa. Estábamos a punto de casarnos cuando el frío y la humedad te enfermaron.

Ariadna sintió que el corazón le daba un vuelco. Aquel guerrero imponente, de espaldas anchas y mirada transparente, era su futuro esposo. El alivio de recibir una identidad, aunque fuera una impuesta, fue más poderoso que cualquier instinto de sospecha. Se aferró a la palabra «esposa» como si fuera un escudo.

Calum, por su parte, sintió un pinchazo de amargura en la boca al pronunciar la mentira. Verla tan indefensa, confiando en sus dichos, le revolvió las entrañas. Sin embargo, algo más profundo —una atracción magnética y oscura, una conexión que parecía venir de otra vida— lo empujaba hacia ella. No era solo el deseo de protegerla; era la sensación de que, al sostener su mano, algo en su propio corazón herido empezaba a cerrarse.

—¿Tu esposa? —repitió ella, buscando refugio en la calidez de la palabra.

—Pronto lo serás —sentenció él, sellando el pacto con una caricia breve en su mejilla—. Y mientras yo respire, nadie te hará daño.

Calum salió de la habitación con el rostro endurecido. En el pasillo, el doctor lo esperaba junto a Margaret y Sophia, quienes aguardaban en un silencio tenso. El médico entró en la estancia. El guerrero caminaba de un lado a otro, con los nervios a flor de piel, hasta que el galeno salió tras revisar a la joven.

—El peligro inmediato ha pasado, mi señor —anunció el médico, limpiándose las manos—. Es normal que su mente esté en blanco. Ha estado a las puertas de la muerte. Los recuerdos pueden regresar en un torrente o no volver jamás. Es el misterio de la mente humana.

El doctor observó a Calum con una mezcla de respeto y severidad profesional.

—Mis instrucciones son claras, milord: necesita luz y aire puro. En cuanto sus piernas logren sostenerla, llévela al exterior. El aire de las Highlands obrará en sus pulmones lo que mis ungüentos y pócimas no han podido alcanzar.

Calum asintió con un gesto distraído, su mente estaba ya de vuelta en la habitación. Se giró hacia su madre y su hermana, que contenían el aliento mientras daban silenciosas gracias al cielo.

—Madre, Sophia... —Las detuvo con un brazo firme antes de que cruzaran el umbral—. Antes de que habléis con ella, debéis saber una cosa: no recuerda absolutamente nada. No quiero que la atosiguéis con preguntas; su mente está frágil y no debe sentirse angustiada. Sabed actuar en consecuencia.

Margaret y Sophia intercambiaron una mirada de cautela, pero asintieron ante la autoridad de su voz.

—¡Entraré yo primero! —añadió él—. Quiero estar a solas con mi prometida. En cuanto salga, podréis verla.

Ariadna estaba sentada en la cama, apoyada contra los cojines de

lana, pareciendo una joven frágil. Al verse de nuevo, sus miradas se entrelazaron y el aire pareció cargarse de una electricidad estática, densa y vibrante.

—¿Ya se ha ido el médico? —preguntó ella, observando cómo él se aproximaba.

—Dice que eres fuerte, mucho más de lo que aparentas —respondió Calum, sentándose en el borde de la cama—. Y que necesitas el sol de nuestras montañas para sanar del todo.

Él extendió la mano y envolvió la de ella. Al sentir el contacto de esa palma grande y endurecida por la espada, Ariadna sintió un calor súbito subir por su cuello y se ruborizó, y bajó la mirada hacia las sábanas. Calum la observó en silencio. Le fascinaba el contraste: la piel de ella seguía conservando una frialdad delicada, casi de mármol, y ese contacto frío contra su propio calor corporal le provocaba una sensación extraña, una necesidad instintiva de no soltarla nunca.

—No le temas a nada —le susurró él con voz ronca—. Aquí, bajo mi techo, te cuidaremos y te protegeremos.

—Me siento extraña... —confesó ella, alzando los ojos hacia él—. Me dices que tengo un nombre y un futuro a tu lado, pero mi corazón no siente eso. ¿Cómo era yo antes de esto? ¿Era... era feliz contigo?

A Calum le dolió el pecho. La mentira comenzaba a pesarle como una armadura de hierro, pero sostuvo su mano con más fuerza, perdiéndose en aquellos ojos que, sin él saberlo, empezaban a ser su único mundo.

—Sí —respondió con contundencia—. Y te prometo que volveremos a encontrar esa felicidad, aunque tengamos que construirla desde cero, piedra a piedra.

Ariadna escuchó aquellas palabras con una punzada de culpa. El

tono de él era tan honesto, tan cargado de una devoción que la abrumaba, que se sintió una impostora de su propia vida. «¿Por qué no siento el eco de ese amor?», se preguntó con angustia. Su mente aceptaba los hechos, pero su corazón no latía con el ritmo que las palabras de Calum dictaban. No sentía que lo amara; solo experimentaba una gratitud desesperada mezclada con un miedo atroz.

—¿Y mis padres? —preguntó de pronto, buscando un ancla—. ¿Están vivos? ¿Vendrán a buscarme?

—¡No! —respondió Calum con una firmeza que ocultaba su propia suposición—. Tus padres murieron hace tiempo.

Él recordaba lo que ella le había desvelado en su primer encuentro.

—¿De qué lugar soy entonces?

—De las Tierras Bajas —sentenció con rapidez.

No quiso mencionar York. No quería que nadie, ni siquiera ella, pudiera vincularla con la joven que el arzobispo Peter buscaba con tanta saña. Sabía que Aidan Crowley la reconocería en cuanto se topase con ella, pero Calum también tenía la certeza de que el mercenario valoraba su vida lo suficiente como para no intentar arrebatársela a su «esposa» sin enfrentar una muerte segura.

—¿De las Tierras Bajas? —repitió ella, saboreando el nombre como algo ajeno—. ¿Tengo más familia?

—No.

—¿Y cómo nos conocimos? —preguntó la joven.

—Bajo el estruendo de una cascada —dijo Calum. No quiso inventar detalles que en realidad no habían sucedido.

Ariadna frunció el ceño, confundida por la rapidez de aquel relato.

—Entonces... ¿nos conocemos desde hace muy poco?

—Sí, apenas un suspiro de tiempo.

Él la miró, el rostro de Ariadna, tan bello, dulce y envuelto en una vulnerabilidad que le partía el alma, lo atraía como un imán. Le dolía engañarla, ver cómo ella bebía cada una de sus mentiras buscando saber quién era, pero se decía a sí mismo que él descubriría su pasado y por qué el arzobispo de York destruyó su vida.

—Desearía poder recordarlo. Desearía sentir ese amor del que hablas. Desearía... amarte, pero no lo siento.

—Lo sentirás. Me amarás —prometió él, acercándose tanto que ella pudo oler el aroma a cuero y aire libre que él desprendía.

Calum, movido por un impulso, se inclinó para besar su mejilla. Con lo que no contaba era con que ese inocente y suave roce le despertara un deseo desconcertante por la joven. Se separó con rapidez, temeroso de lo que estaba sintiendo; intentó convencerse de que solo se debía al largo tiempo que llevaba sin estar cerca de una mujer tan hermosa. Ariadna, por su parte, notó un vuelco en el corazón ante el contacto. Bajó la mirada con timidez, ansiosa por ocultar el intenso rubor que encendía sus mejillas.

Capítulo 10

Calum se detuvo frente a las pesadas puertas de roble de la biblioteca, dejando escapar un suspiro que delataba su agotamiento. Había evitado este encuentro durante días, escudándose en la vigilancia de la salud de Ariadna, pero ahora que ella estaba fuera de peligro, el muro de excusas se había derrumbado.

La biblioteca del castillo Fraser era una estancia de techos altos. La luz de la tarde se filtraba con debilidad por las estrechas ventanas. Su padre, el antiguo laird, lo esperaba de pie junto a la chimenea. Calum lo observó un instante antes de hablar. Amaba a su progenitor, pero sentía una fricción constante en el pecho; le irritaba que su padre aún se moviera con la arrogancia de quien sostiene el mando, cuando el peso del acero, la gestión de las tierras y la vida de cada habitante del castillo recaían ahora sobre los hombros de Calum.

—¡Por fin te dignas a verme, hijo! —dijo el viejo Fraser, su voz resonando con la autoridad de un trueno lejano.

—Padre —respondió Calum, inclinando la cabeza lo justo para mantener el respeto sin ceder su posición.

Se acercó al fuego, sintiendo la mirada inquisitiva del anciano evaluando cada uno de sus movimientos. El silencio se prolongó

cargado de verdades a medias y de la tensión propia de dos hombres que se parecen demasiado.

—¡No me dijiste que tenías una prometida! —tronó Donald Fraser, entornando los ojos bajo unas cejas pobladas y canosas—. Me he enterado por los susurros de los sirvientes antes que por la boca de mi propio heredero.

Calum sostuvo la mirada de su padre, imperturbable. En la biblioteca, el único sonido era el chasquido de la leña consumiéndose.

—¡Fue usted quien puso las reglas, padre! —replicó Calum—. Dijo que si traía a una mujer para desposar quedaría libre de la obligación de casarme con Lìra. He cumplido con su condición para asegurar mi libertad... y la estabilidad del clan.

—¡Así es, y mantengo mi palabra! —asintió el viejo laird, dando un paso al frente hasta quedar a escasos centímetros de su hijo—. Pero un Fraser no se une a cualquiera por un simple arrebató de despecho. Así que mírame a los ojos, como el líder que ahora guía a estos hombres, y dime: ¿la amas?

Calum sintió un nudo amargo en la garganta. La imagen de Ariadna acudió a su mente: su piel fría como el mármol, el misterio que la rodeaba y el peligro que emanaba de su sola presencia. Recordó la extraña electricidad que le recorría los dedos al rozarla, una atracción que no podía explicar.

—¡No! —lo dijo con gran firmeza.

—¿Entonces...? ¿Qué diferencia hay entre casarte con esa joven y con Lìra MacLaery?

—Sé que con Lìra seré un desgraciado, no soporto a esa mujer. Pero con Ariadna... creo que podría amarla.

—¿¡Creo!?

—Sí, así es. Usted me ha obligado a tomar esta decisión. Si

tengo que casarme para evitar que dejen de jurar lealtad a nuestro clan, lo haré. ¡Pero no con una MacLaery!

Donald clavó sus pupilas en las de su hijo. El viejo Fraser tenía la certeza de que este tenía razón, Lìra era una muchacha caprichosa y con mucho carácter; ambos serían unos desgraciados tarde o temprano, y no habría paz ni felicidad en el hogar que formasen.

—¿Quién es ella? ¿De qué linaje proviene?

—No lo sé —confesó Calum, entrelazando la verdad con la ficción—. La encontré en el bosque, bajo el rugido de las cascadas. No tiene familia; procede de York. Está sola en el mundo, padre.

—¿De York? ¿Inglesa? ¡Por el amor de Dios, Calum!

—En el trato solo entraba encontrar a una mujer, antes del juramento, para casarme con ella. Usted no dijo nada de que no podía ser inglesa.

—¡Está bien!

Donald Fraser guardó un silencio pesado, sopesando la confesión. Suspiró y puso una mano callosa sobre el hombro de su hijo.

—Si ella es tu elección, la aceptaré. Pero el tiempo es un lujo que no tenemos. En tres semanas viajaremos a la fiesta del juramento en el castillo MacLaery. Allí anunciaré vuestro compromiso ante todos los clanes.

Calum tensó la mandíbula. Ese castillo era territorio expuesto, un nido de intrigas.

—¡Nuestros enemigos no descansan! —continuó su padre con gravedad—. Necesitamos que esa boda sea inminente para fortalecer nuestra posición.

—Lo sé. En la fiesta anunciaremos que el enlace será inmediato. No daré tiempo a que nadie cuestione su origen o mis intenciones.

En ese momento, la rigidez entre ambos se disolvió. Donald

apretó el hombro de Calum, un gesto de aprobación que rara vez otorgaba. Fue un instante de tregua, de reconocimiento mutuo.

La puerta se abrió con un leve quejido y Margaret entró en la biblioteca. Se detuvo al verlos juntos frente al fuego, sin sombras de reproche en sus rostros. Una sonrisa cálida iluminó sus facciones y se acercó para tomar la mano de su esposo mientras buscaba la mirada de su hijo.

—Hacía mucho que no veía esta habitación tan en paz —murmuró ella con dulzura—. Me alegra ver que el entendimiento reina de nuevo entre los hombres de mi casa.

En el fondo de su corazón, Margaret estaba convencida de que Ariadna era una bendición enviada por Dios. Creía que ella era el ancla que Calum necesitaba para sanar su alma atormentada.

—Hijo, acabo de estar con tu prometida —dijo Margaret con los ojos brillantes—. Es una joven encantadora, tiene una luz especial; estoy convencida de que es la mujer idónea para ti. Sophia está entusiasmada, ya se ha convertido en su guardiana personal.

Donald y su hijo intercambiaron una mirada de complicidad.

—¡Espero conocerla pronto! —sentenció el hombre, mirando las llamas.

—Se recuperará rápido, estoy segura —añadió Margaret.

—Padre —intervino Calum, recuperando el tono serio—, ella no recuerda su pasado. La fiebre fue devastadora. Espero que todos seáis conscientes de ello; no debe ser asediada con preguntas.

—¿Ha perdido la memoria? —preguntó el laird, extrañado.

—Sí —asintió Margaret con tristeza—, pero esperemos que el aire de las Highlands y el cariño de esta familia pronto se la devuelvan.

Capítulo 11

Cuando Ariadna abrió los ojos, las primeras luces de la mañana ya se filtraban con timidez a través de las estrechas ventanas. Se incorporó de golpe en la cama, impulsada por una urgencia que no entendía de esperas. Hacía días que la fiebre había remitido y que el dolor que le atenazaba los músculos se había disipado por completo; su cuerpo ya no reclamaba descanso, sino espacio. Necesitaba salir al exterior, respirar el mundo real, sentir que seguía viva. Sin embargo, Margaret se había tomado las indicaciones del galeno como una ley inquebrantable. A pesar de los ruegos de la joven, se había negado en redondo a dejarla salir a respirar el aire puro de la mañana hasta que no pasara un tiempo prudencial. Ariadna sentía que las paredes de la alcoba se le echaban encima; se encontraba fuerte, recuperada y con unas ganas voraces de reconquistar el tiempo perdido, pero el encierro prolongado se había vuelto una tortura insoportable.

Aun así, la mejoría física no lograba acallar la angustia que le atenazaba el pecho: su mente seguía siendo un lienzo en blanco. No recordaba nada de su pasado, ni de su identidad ni del misterioso suceso que la había llevado al borde de la muerte. Sabía, por los susurros de Sophia, que Calum había ido a visitarla, pero siempre

aprovechando las horas en las que ella se quedaba dormida. «Mejor así», pensó Ariadna con un deje de alivio y culpa. No se sentía preparada para enfrentarse de nuevo al joven que, según todos, iba a ser su esposo. Para ella, Calum no era más que un extraño. ¿Cómo iba a ser capaz de unirse en matrimonio con un hombre por el que no sentía nada y al que no recordaba? Aquella pregunta punzante no había dejado de rondarle la cabeza desde el día anterior. La idea de convertirse en la esposa del joven líder del clan la aterraba; para sus ojos, él era un auténtico desconocido. Pero quizá... podría enamorarse de él, pensó. Desde el primer día en que despertó en la habitación, Ariadna se percató de un detalle constante: sobre la mesa de madera de roble que custodiaba su cama, descansaba siempre un ramo de flores amarillas, frescas y salpicadas de rocío. Aquella mañana lo primero que observaron sus ojos fue el ramo de flores silvestres recién cortadas, se aproximó y las olió con intensidad. Respiró en profundidad. La encantaba ese detalle. Fue en ese instante cuando recordó la tarde en que Sophia le reveló el secreto de las flores, las que aparecían todas las mañanas en su habitación. La muchacha se inclinó hacia ella, su voz descendió hasta convertirse en un murmullo, como si estuviera a punto de confesar un secreto sagrado que bajo ninguna circunstancia debía ser desvelado.

—Las trae él —susurró la hermana, clavando sus ojos brillantes en los de Ariadna—. Todas las mañanas, justo antes de que el sol despunte por completo y tiña el cielo de azul, entra sigilosamente en tu habitación y las deja ahí.

La joven parpadeó, sorprendida, desviando por un instante la mirada hacia los pétalos dorados.

—¿Tu hermano? —preguntó en un hilo de voz—. ¿Las coge expresamente para mí?

—Para ti, sí —asintió Sophia con una risita cómplice, acomodándose en el borde de la cama—. Cuando le pregunté por qué lo hacía, se puso muy serio, pero me confesó que tu habitación debía tener el color de la vida. Que no podía permitir que despertaras en la monotonía de estas cuatro paredes.

Ariadna sintió un leve e inesperado vuelco en el corazón. Intentó buscar las palabras adecuadas, pero Sophia continuó hablando, divertida por la reacción de la joven.

—En el fondo es un romántico incorregible, aunque vaya por el mundo con ese aire de hombre imperturbable. —Rio de buena gana, contagiando el ambiente de calidez—. Pero no te sientas demasiado especial, ¿eh? Como sabe perfectamente que a mí también me encantan las flores y que soy capaz de armar un drama, siempre trae un segundo ramo para mí. Aunque debo admitir que el tuyo tiene las flores más hermosas. —Rio.

Ariadna tocó con suavidad los pétalos, sonrió. Una doncella entró en silencio, dejando una bandeja con pan recién horneado, miel y leche caliente. Sobre un arcón de madera, extendió varios vestidos de lana fina y lino.

—Son de lady Margaret—dijo la muchacha con una reverencia—. Dice que el color verde resaltará su belleza.

Ariadna asintió. Antes de vestirse, dejó que sus dedos recorrieran las telas extendidas sobre la cama. El tejido era suave y pesado a la vez, una lana fina trabajada con sumo cuidado, mucho más delicada que la que vestirían los campesinos. Entre los pliegues distinguió también lino de gran calidad y bordados hechos con hilos teñidos con tintes costosos, reservados solo para familias nobles. Distinguió, incluso, el dibujo tenue de un tartán y el olor limpio de la lana tratada con brezo y aceites. Algo en aquellas prendas le resultaba muy familiar. Supo, sin comprender cómo, que algunas de

esas telas procedían de los telares de las Highlands y que otras, más refinadas y suaves al tacto, habían llegado en barcos mercantes desde Flandes, célebres por sus paños de lujo. Aquel conocimiento acudió a su mente de golpe, despertado tan solo por el roce de sus dedos sobre la tela. Se quedó inmóvil unos instantes, sorprendida por la claridad de aquella certeza. No recordaba su apellido, ni su hogar ni su pasado... y, sin embargo, era capaz de reconocer tejidos, tintes y lugares de procedencia como si hubiera convivido toda su vida entre ellos. ¿Tendría aquello relación con la vida que había olvidado?, pensó con inquietud.

Decidida a vestirse cuanto antes, deseó salir. Necesitaba que el aire del que hablaba el médico despejara las lagunas de su memoria. Se vistió con cierta torpeza, sintiendo el peso de aquellas prendas de alta cuna sobre su cuerpo, y terminó cubriéndose con una capa ligera. Antes de salir de la estancia sus ojos se detuvieron unos instantes en el colgante de media luna. Lo sostuvo entre los dedos, observándolo con inquietud. ¿Qué significado tendría? ¿Por qué, aun sin recordar casi nada de su pasado, sabía con absoluta certeza que nadie debía verlo? Aquella idea le provocó un escalofrío, se llevó el colgante contra el pecho, apretándolo con fuerza, y terminó ocultándolo bajo la ropa antes de abandonar la habitación.

Caminó hacia el exterior de las murallas y notó cómo los mozos y las doncellas del patio la observaban con curiosidad. Se dirigió al rastrillo con paso decidido; quería atravesar los muros de aquel lugar. Al abandonar el castillo, el paisaje la envolvió por completo. El valle se extendía ante ella en una explosión de vida: el verde de las colinas era tan vibrante que casi dolía, y el cielo, de un azul inmaculado, parecía no tener fin. Ariadna respiró hondo; el aire olía a tierra húmeda, a libertad... y aquella sensación la reconfortó.

El sonido del acero contra el metal la hizo buscar de dónde

provenía aquel estruendo. Se detuvo un instante, intrigada, tratando de averiguarlo. Allí, en una explanada rodeada de brezales, los hombres del clan Fraser entrenaban.

Calum estaba en el centro del campo, sin jubón, con la camisa de lino empapada de sudor y el cabello castaño revuelto por el viento. Sonreía mientras luchaba contra Fergus y Ewan al mismo tiempo, moviéndose con una ferocidad grácil, casi felina, que dejó a Ariadna sin aliento. Había en él una fuerza contenida y una seguridad natural en cada giro de la espada, en cada desplazamiento del cuerpo, que lo hacían muy atractivo. No era solo su destreza: era la manera en que dominaba el combate como si fuese una prolongación de sí mismo. Ariadna sintió un extraño nudo en el pecho, una mezcla de desconcierto y admiración que no sabía nombrar. Lo observaba divertirse, tan distinto del hombre serio que había conocido. Ahora reía, y el sonido de su carcajada se elevaba por encima del choque de las armas, cálido y libre. Aquella risa lo hacía parecer más humano, más cercano, y sin darse cuenta Ariadna también sonrió, como si el gesto se le hubiera contagiado. Al verlo así, la joven susurró en voz alta:

—Sí, me podría enamorar de él...

De pronto, como si una fuerza invisible lo hubiera llamado, Calum detuvo su espada a escasos centímetros del escudo de Fergus. Su respiración aún era agitada, pero sus ojos verdes ya no estaban en el combate, habían encontrado la figura solitaria de Ariadna al borde del campo. Se quedó inmóvil, el mundo pareció reducirse a ese único punto. El ruido del entrenamiento se apagó en su mente y solo quedó ella. El corazón le golpeó el pecho con fuerza, inesperado, casi violento. No esperaba verla allí, no así, tan quieta, tan fuera de lugar entre el verde del valle y el hierro de los hombres. ¿Qué es lo que le estaba pasando con ella?, se cuestionó.

Desde que perdió a Màiri no había vuelto a sentir interés por ninguna mujer, pero Ariadna... era la excepción.

—¿Qué pasa contigo, Calum? —murmuró Fergus, acercándose con una sonrisa ladeada. Le dio un codazo—. Pareces un hombre que ha visto un fantasma.

Ewan siguió su mirada y arqueó una ceja.

—O algo peor... —añadió con tono burlón—. ¿Te has quedado sin espada o sin juicio?

Fergus soltó una risa.

—Yo diría que sin los dos. —Los dos esbirros rieron.

Calum no respondió, seguía mirándola, como si temiera que desapareciera si parpadeaba.

—¡Seguid sin mí! —dijo al fin, con voz baja y la vista aún fija en ella.

—¿Sin ti? —Fergus lo miró incrédulo—. ¿Y quién nos va a dar una paliza ahora?

—¡Hoy sobreviviréis! —respondió Calum sin apartar la vista.

Ewan sonrió.

—¡Esto es nuevo! ¡El gran Calum Fraser, rendido por una mujer!

—¡No estoy rendido! —murmuró él.

—Pues yo no lo aseguraría tan rápido —se burló Ewan.

—¡Tonterías! ¡Ni siquiera la conozco!

—Ya... Pero es muy bonita y de eso sí que te has dado cuenta; solo hay que fijarse en cómo la miras. —Se rio Fergus.

Tomó una tela de lino y se secó el rostro, aunque el gesto no logró ocultar la tensión en su mirada. Cogió su *plaid*, que estaba tirado en la hierba verde, y echó a andar, dejando atrás las risas y los comentarios curiosos de los soldados, que ya comenzaban a susurrar entre ellos. A medida que se acercaba a Ariadna, la dureza habitual de su rostro de guerrero fue desvaneciéndose poco a poco,

como si algo dentro de él cediera sin pedirle permiso. En su lugar apareció una mezcla de asombro y preocupación.

—¡Ariadna... no deberías estar aquí sola! ¿Cómo te encuentras?

Se detuvo frente a ella, tan cerca que la joven pudo sentir el calor que desprendía su cuerpo tras el ejercicio. De pronto se sintió pequeña, como si la sombra de aquel hombre pudiera envolverla por completo.

—Estoy bien. Necesitaba ver... —susurró ella—. Necesitaba saber si el mundo era real o si solo era parte de mis sueños febriles. No podía soportar un día más encerrada.

Calum la observó con una intensidad serena que la hizo ruborizarse. Alzó la mano como si fuera a tocarla, pero se detuvo al percibir la leve vacilación en los ojos de ella.

—¡Ja, ja, ja! ¡Es real! —le aseguró—. Todo esto es real.

Una sonrisa se dibujó en sus labios, y aquello desarmó a Ariadna. No era la del guerrero ni la del hombre contenido de la víspera; era distinta, más abierta, más luminosa, como si por un instante hubiera dejado caer todas sus defensas. Su rostro, sin la rigidez con que ella lo recordaba, revelaba a alguien más transparente, casi vulnerable, y ese descubrimiento la hizo estremecer sin entender por qué.

—¡Estas tierras son tuyas tanto como mías! —añadió él, sin apartar la vista de sus ojos grandes y rasgados—. Detrás de la arboleda está el río, y más allá de esas cumbres, el camino que lleva al mar. Todo lo que ves me pertenece..., y lo mío será tuyo muy pronto.

Ariadna sintió un leve vuelco en el pecho, mezclado con una culpabilidad silenciosa ante la ternura posesiva de aquellas palabras.

—Calum... todo es tan bonito... —confesó—. No recuerdo haber visto nunca nada igual. ¿Es posible que haya olvidado, incluso, la

belleza del mundo?

—La recordarás —respondió él con firmeza—. Y si no vuelve sola, te la devolveré yo, una a una, como si te la estuviera nombrando de nuevo.

Se acercó un poco más y apoyó una mano firme sobre su hombro. El contacto la hizo temblar.

—Pero nunca permitiré que olvides esto —añadió con suavidad—: que estás a salvo.

Ajeno a las miradas de sus hombres, Calum le ofreció el brazo.

—¡Ven! Caminemos un poco. Quiero enseñarte el valle antes de que las nubes escondan al sol.

Ariadna aceptó el gesto sintiendo la tensión contenida bajo la manga. Caminó a su lado intentando convencer a su corazón de que aquel contacto era seguro.

—¿Está muy lejos el mar? —preguntó de pronto.

—No. Está cerca.

—Me gustaría que me llevaras ahora.

La respuesta golpeó a Calum con un recuerdo antiguo. Su mirada se ensombreció apenas un instante; desde la muerte de Màiri no había vuelto a aquel lugar. Ariadna lo notó al instante: la rigidez en su mandíbula, la forma en que su respiración se volvió más contenida.

—Si no quieres... no hace falta —añadió ella, bajando la voz—. No quiero que te veas obligado a llevarme.

Calum la miró. Durante un momento pareció librar una batalla silenciosa consigo mismo. Luego, como si hubiera tomado una decisión, asintió.

—¡Vamos! —dijo al fin—. ¡Te llevaré al mar!

El camino hacia la costa descendía entre colinas suaves cubiertas de brezo y hierba alta. El viento olía a sal incluso antes de verlo,

como si el mar se anunciara mucho antes de aparecer. Ariadna caminaba observándolo todo con curiosidad infantil: las flores pequeñas que se abrían entre las piedras, el vuelo bajo de las aves, el murmullo del agua escondida en los arroyos.

Calum, a su lado, hablaba poco, pero cada tanto la miraba de reojo, como si aún no terminara de creer que ella estuviera allí. Un repentino y fuerte viento se levantó de la nada, enredando los cabellos de Ariadna hasta cubrirle el rostro por completo. Calum no pudo evitar sonreír al verla así, atrapada por la sorpresa de aquel inesperado golpe de aire.

—Aquí el viento cambia de humor —murmuró él, rompiendo el silencio mientras avanzaban—. A veces es suave... casi amable. Y otras, sopla con tanta fuerza que parece querer arrancarte del suelo deseando vencerte.

Ariadna giró el rostro hacia él, intrigada.

—¿Y a ti te ha vencido alguna vez? —preguntó con una leve sonrisa, como si no creyera posible que alguien como él pudiera ceder ante una fuerza invisible.

—¿Vencido?

—Sí. Un viento tan caprichoso bien podría tener la fuerza necesaria para doblegar al gran Calum Fraser.

—¿El gran Calum Fraser? —repitió él, divertido.

—¡El mismo! El hombre que lucha contra sus dos esbirros a la vez porque uno solo le parece poco —bromeó ella con ironía.

Calum soltó una carcajada, sorprendido por su audacia.

—A veces —admitió, sorprendiéndola.

Ella arqueó una ceja.

—¡No te imaginaba perdiendo contra algo que no tiene espada!

—Hay cosas más difíciles de vencer que un hombre armado —respondió él, mirándola de reojo—. El viento, por ejemplo, no

puedes enfrentarlo... solo esperar a que decida dejarte en paz.

—Eso suena a derrota —dijo ella, con suavidad.

—No siempre —replicó él tras un instante—. A veces es solo aprender a no pelear contra todo.

Ariadna bajó la vista un momento, pensativa.

—Entonces tú eliges tus batallas con cuidado.

—O eso intento —dijo Calum—. Aunque no siempre acierto.

Ella lo miró de nuevo, más curiosa ahora.

—¿Y esta tierra? ¿La has elegido... o te ha elegido ella a ti?

La pregunta lo hizo callar.

Calum tardó un poco en responder, como si no esperara que alguien le hiciera esa clase de preguntas.

—No lo sé —admitió al fin—. A veces siento que pertenezco a ella... y otras que estoy aquí solo porque no me queda otro lugar.

Ariadna lo observó en silencio, y su expresión se suavizó.

—Entonces el viento no siempre te expulsa —dijo ella—. A veces solo te recuerda que sigues aquí.

Calum la miró con una intensidad tranquila.

—Hablas como si supieras más de lo que recuerdas.

Ella esbozó una sonrisa tenue, algo melancólica.

—Tal vez es lo único que no me han borrado del todo.

El viento, de nuevo, sopló con más fuerza, levantando otra vez mechones de su cabello. Calum alzó una mano sin pensar, apartándole el pelo del rostro antes de darse cuenta del gesto. Se detuvo a medio movimiento, como si dudara si debía haberlo hecho.

—El viento también tiene esa costumbre —dijo, más bajo—. Desordenarlo todo.

Ariadna no retrocedió. Solo lo miró.

—¡Y tú pareces alguien que intenta controlarlo todo! —respondió ella.

—No todo —corrigió él—. Solo lo que importa.

El silencio entre ambos se volvió más denso, pero no incómodo. Era un espacio suspendido en el tiempo, donde las palabras no dichas pesaban tanto como el aire.

—¿Y yo importo? —inquirió ella de pronto, casi en un susurro, sin apartar la mirada.

Calum tardó un segundo en responder.

—¿Por qué lo preguntas?

—No lo sé. Tengo una constante sensación de abandono, como si estuviera perdida, sin rumbo, sin recuerdos... —Hizo una pausa, bajando la voz—. A veces pienso que el dolor de mi pasado pudo ser tan fuerte que mi mente decidió olvidar.

Calum la observó en silencio. Una profunda ternura lo invadió al verla envuelta en ese halo de tristeza.

—Sí, importas —dijo al fin.

Al escuchar aquello, el pecho de Ariadna se contrajo en un vuelco repentino. No fue una respuesta efusiva, pero la gravedad en la voz de Calum le caló hondo. Sintió nacer en su interior un calor, una mezcla de alivio y un dulce temor que le aceleró el pulso. Importaba. Para un alma que a veces se sentía flotar en la incertidumbre, oírlo de su boca fue como encontrar un anclaje invisible en medio de la tormenta en mitad de su amnesia.

Cuando por fin llegaron a la cima de la última colina, el mar apareció de golpe, extendido como un mundo aparte. Ariadna se quedó sin palabras. El alma se le ensanchó ante la inmensidad, sintiendo una fascinación pura que la desbordaba. Calum, en cambio, notó que la boca del estómago se le cerraba. Una angustia punzante, nacida de los fantasmas de su pasado, lo golpeó al reencontrarse con ese paisaje. Sin embargo, al desviar los ojos hacia Ariadna todo cambió; la observó de soslayo y, al contemplar su

rostro sereno, iluminado por una paz tan limpia y ajena al dolor, el rugido de sus propios demonios internos comenzó a amainar. En la pureza de la mirada de la joven, Calum encontró, por primera vez en años, un sosiego inesperado. El aire era distinto allí: más salado, más libre, como si tuviera el poder de borrar los pensamientos oscuros con el solo acto de respirarlo. Bajaron por un sendero empinado hasta la arena y, por primera vez desde que habían salido del castillo, Ariadna se soltó del brazo de Calum. Se descalzó sin decir nada. El contacto de la arena bajo sus pies desnudos la hizo reír en voz baja; una risa cristalina, casi sorprendida de sí misma, como si redescubriera el placer de las cosas más simples. Dio un paso, luego otro, y el agua la alcanzó con una caricia helada que la hizo estremecer.

—¡Está fría!—dijo, maravillada por el vaivén constante.

Calum la observaba desde unos pasos atrás. Con un suspiro cargado de cansancio, él se dejó caer sobre la arena, sentándose con las piernas estiradas. La observaba con una mezcla de divertida ternura por su espontaneidad, pero también con los hombros hundidos, abatido por el peso de los malos recuerdos que ese lugar le evocaba. Ariadna lo miró entonces. Al notar su postura, su sonrisa se volvió más suave, desprovista de burla y cargada de comprensión. Avanzó hacia él con paso ligero y se sentó a su lado. Flexionó las piernas, rodeando sus rodillas con las manos en un gesto íntimo de resguardo, mientras Calum apoyaba sus palmas hacia atrás sobre la arena, sosteniendo el peso de su cuerpo y de sus propios pensamientos.

—¿Por qué lo evitas? —preguntó ella con delicadeza.

El silencio se hizo más pesado, amortiguado apenas por el rumor de las olas.

—¿El qué?

—Enfrentarte a tus miedos.

Calum se tensó, sorprendido por la agudeza de sus palabras.

—No lo evito —respondió él al fin, clavando los ojos en sus propias manos—. Es solo... un lugar que me recuerda cosas que no he sabido perdonar.

Una sombra de profunda tristeza oscureció su rostro; sus facciones se tensaron. Ariadna bajó la vista un instante, respetando el dolor ajeno, antes de volver a mirarlo con firmeza, buscando sus ojos. Calum, sin embargo, mantuvo la mirada fija en el horizonte marino, donde las olas morían. No sabía si contárselo. Había blindado su corazón, evitando hablar de sus sentimientos y de la ira interior que lo corroía desde que sucedió aquello..., pero con ella todo era diferente. Sus barreras se desmoronaban.

—Mi prometida... murió aquí hace años —confesó con un hilo de voz.

Ariadna sintió un vuelco en el corazón. Una profunda pena por él la invadió, un deseo imperioso de consolarlo, pero guardó silencio y lo dejó hablar, comprendiendo que el dolor necesitaba espacio.

—Hubo una tormenta —continuó él, y Ariadna pudo ver cómo sus ojos se humedecían, brillando con una tristeza desgarradora—. Ella se encontraba en este lugar..., el viento, el mar... No se sabe qué ocurrió realmente, pero el mar la devolvió muerta.

Al ver el brillo de las lágrimas contenidas en la mirada de Calum, una oleada de ternura inmensa inundó a Ariadna. Deseó borrar toda su culpa. Guardaron silencio unos segundos, dejando que el duelo flotara entre los dos.

—Entonces no es el lugar lo que duele —dijo ella con una calma reconfortante—. Eres tú quien sigue sangrando por dentro.

Calum la miró impactado, como si esas palabras hubieran atravesado una defensa invisible que había tardado años en

construir.

—No sé cómo se deja de sentir eso —confesó. Con el dorso de la mano, se limpió con torpeza una lágrima que resbalaba por su mejilla. En otro tiempo se habría escondido, pero en ese momento no le importó que ella lo viera vulnerable.

Ariadna se giró hacia él, acortando la distancia sin prisa. Le dedicó una sonrisa dulce, tan llena de calidez y comprensión humana que Calum sintió un vuelco; ver la inmensa humanidad de la joven lo conmovió hasta la médula. Entonces, ella extendió una mano y le cogió la suya. Al sentir el roce de sus dedos, una corriente cálida sacudió a Calum, un chispazo de vida que encendió algo que creía muerto en su interior.

—Perdonarse no es olvidar —dijo ella—. Es aprender a respirar sin castigo.

El viento sopló entre ambos, volviéndose más suave de pronto, como si se rindiera ante sus palabras.

—Se me viene una frase a la mente... no sé quién me la dijo ni por qué la recuerdo ahora —añadió ella, frunciendo el ceño, como si su memoria intentara abrirse paso a la fuerza entre el olvido de su propio pasado—. «Dios no carga al hombre con lo que no puede sanar..., pero le enseña a caminar aunque aún duela».

Calum la miró en silencio. En su pecho se libraba una batalla de emociones: asombro, gratitud y una creciente devoción por la mujer que tenía al lado. Por un instante, el mundo pareció detenerse. No era solo lo que decía, sino cómo lo decía. La cercanía, la calma absoluta de su presencia, la forma en que su voz parecía encajar con precisión en las grietas rotas de su alma, sin forzar nada, sanando solo con existir. Sintió un impulso inesperado, casi doloroso por su intensidad: el deseo imperioso de abrazarla, de estrecharla contra su pecho y no dejar que el viento la separara de él jamás. Pero se

contuvo.

—¡Dios me la arrebató! —dijo Calum, con un último rastro de amargura.

Ariadna, intuyendo el sufrimiento que dictaban esas palabras, le apretó la mano con suavidad y le respondió:

—Él no te la arrebató, Calum. El mar se lleva lo que es de la tierra, pero Dios te ha dejado a ti aquí para que vuelvas a vivir, no para que te ahogues con los recuerdos.

Ambos quedaron en silencio, asimilando el peso de la verdad. Rompiendo la solemnidad del momento, Ariadna se levantó decidida y avanzó de nuevo hacia la orilla, dejando que el agua espumosa le mojara los tobillos.

—¡Está helada! —exclamó, con los ojos brillantes.

—¡No puedes enfriarte, Ariadna! ¡Has estado muy enferma!

—¡Estoy totalmente recuperada! —Rio.

Ella se giró con una risa breve cuando una ola traicionera la sorprendió, y retrocedió deprisa, casi perdiendo el equilibrio sobre la arena mojada.

—¡Ven! ¡Cuidado...! —gritó Calum.

No pudo evitar una sonrisa, la primera sonrisa auténtica en mucho tiempo.

—¡Te lo dije! Sabía lo que pasaría —dijo él.

—No lo hiciste con suficiente énfasis. ¡Ja, ja, ja!

—La próxima vez seré más dramático —prometió él, poniéndose en pie.

Ella rio otra vez y, sin pensarlo, avanzó hacia donde estaba el guerrero y lo tomó de la mano, tirando de él hacia el agua con picardía.

—¡Entonces ven conmigo!

Calum se dejó llevar por ella. Su cuerpo se movía casi por

instinto, deseando contagiarse de su alegría. Se colocó muy próximo a la joven, tan cerca que podía oler la sal en su piel. Sentía el corazón desbocado, no por el frío, sino por la absoluta rendición que experimentaba al estar a su lado.

—¡Avancemos! —dijo Ariadna, tirando de su mano para introducirse más adentro en el agua.

Pero Calum, que conocía bien los caprichos del mar, vio venir la siguiente serie de olas y supo que pronto acabarían empapados si no retrocedían.

—¡Ariadna...! —intentó advertirle con una nota de diversión en la voz.

Demasiado tarde, la ola rompió con fuerza y los alcanzó a los dos. Calum reaccionó rápido, pero el agua ya los había empapado hasta las rodillas. Sin embargo, en lugar de quejarse, Ariadna soltó una carcajada genuina, libre y vibrante que resonó sobre el rumor del océano. Calum la miraba fingiendo resignación, como si acabara de perder una batalla imposible de ganar contra el entusiasmo de la joven.

—Esto no estaba en mi plan —murmuró él, con los ojos llenos de luz.

—Me alegro —respondió ella, con la cara lavada por la brisa y una risa traviesa.

Ariadna soltó otra carcajada al ver que Calum tenía los pantalones completamente pegados a las piernas, mientras que ella, con un quiebro de última hora, se había librado de mojarse el resto del vestido. Al ver su mirada de triunfo y lo hermosa que se veía desbordando tanta vida, Calum no pudo contenerse más. Con un movimiento ágil y rápido, la tomó por la cintura y la izó sobre su hombro.

—¡Calum! ¡No! ¡Bájame! —gritó ella entre risas ruidosas,

pataleando mientras él caminaba con paso firme hacia donde el agua era más profunda.

Él no se detuvo hasta que el agua le cubrió la cintura. Entonces, la deslizó con suavidad hacia abajo, pero no la soltó; la sostuvo con firmeza entre sus brazos. En esa profundidad, los pies de Ariadna no tocaban el fondo, pero los de él sí, manteniéndola a flote con seguridad. Con la palma de la mano, Calum retiró con delicadeza el agua y los mechones de pelo mojado que se le pegaban a la cara a Ariadna. Ella, jadeando y con las mejillas encendidas, dejó de reír poco a poco.

—Eres un tramposo... —susurró ella, aunque sus manos se apoyaban con confianza en los hombros de él.

—Dije que sería más dramático la próxima vez —replicó él en un susurro, con la voz más grave.

Se quedaron ambos en silencio. El vaivén del agua, pausado y constante, los mecía con una cadencia casi hipnótica, obligándolos a acompañar sus movimientos y manteniéndolos unidos en un rincón del mundo que parecía pertenecerles solo a ellos. Sus miradas se fijaron la una en la otra, atrapadas en un magnetismo nuevo, desconocido y poderoso. Ninguno de los dos se atrevía a pestañear, temerosos de romper el hilo invisible que acababa de enredarse entre sus almas.

En ese espacio íntimo, rodeados por la inmensidad sobrecogedora del océano, el tiempo pareció dilatarse. Ambos sintieron el latido inconfundible de un amor que empezaba a crecer en ellos. Para Calum, mantenerla entre sus brazos no era solo sostener su peso; era sentir cómo se agrietaba la rigidez que le había acorazado el pecho durante años. El calor de Ariadna, tan próximo, contrastaba con el agua helada y actuaba como un bálsamo directo sobre su culpa. Por primera vez, el recuerdo de la

pérdida no dolió como una herida abierta, sino como una cicatriz antigua. Sintió miedo, un pánico atroz a volver a querer, pero la certeza de la paz que ella le transmitía era mucho mayor que su temor. Supo, en ese segundo de absoluta entrega, que estaba entrando en un peligroso juego al que se había negado a participar: no quería ni volvería a amar a una mujer, pero... ¿acaso podía frenar un sentimiento que no podía gobernar ni controlar?, se dijo a sí mismo.

Ariadna sintió que el vacío de su memoria ya no importaba tanto. Su pasado seguía oculto en las sombras, pero su presente cobraba un significado abrumador en los ojos de Calum. Al mirar la vulnerabilidad expuesta en las facciones de él, una necesidad imperiosa de protegerlo, de ser su puerto seguro, la inundó por completo. Ya no se sentía una impostora, el latido de su propio corazón, acelerado contra el pecho de Calum, le dictaba una verdad que su mente no necesitaba recordar: ¿pertenece allí, en los brazos del hombre que empezaba a mirar no como a un extraño, sino como a su destino?, pensó.

Calum rompió el hechizo con reticencia, clavando los ojos en el cielo que empezaba a cubrirse de algunas nubes.

—Creo que deberíamos irnos antes de que el sol se oculte bajo las nubes —dijo, con una nota de preocupación—. Acabas de salir de una enfermedad y ahora estás empapada. No debería haber permitido esto... Si empeoras... Has estado muy grave, Ariadna.

Ella le puso una mano en la mejilla, obligándolo a mirarla, interrumpiendo su incipiente culpa.

—Calum, no empeoraré —le aseguró con firmeza y dulzura—. ¡Quiero vivir, y esto es vida! Además, mira el día, es cálido y el sol aún caliente.

Él clavó las pupilas en el negro de sus ojos y encontró en ellos

esa chispa de vida que él creía haber dejado atrás. El rostro de Ariadna era un remanso de paz, un refugio alejado de la culpabilidad, la rabia y el rencor que a él lo consumían. Ella sonreía, había algo que sabía con absoluta certeza: al lado de ese hombre se sentía a salvo. Él le transmitía una serenidad profunda que intuía haber estado buscando desde hacía mucho tiempo. Calum la contempló, estaba desarmado por su vitalidad.

Una vez que salieron del agua y el sol de la tarde comenzó a secarles la piel, él cogió el *plaid* que había dejado sobre la arena seca, para envolverla con delicadeza. Al rodearla y rozar sus hombros para protegerla del frío, a Calum se le encogió el pecho; tocar su piel húmeda y vulnerable le despertó un profundo instinto de protección, un temor a romper la fragilidad de ese momento perfecto.

Capítulo 12

El sol empezaba a caer mientras subían hacia el castillo. El silencio entre los dos resultaba cómodo, pero Ariadna no pudo pasar por alto la rigidez en el andar de Calum; era evidente que algo doloroso le rondaba la cabeza. Necesitaba entender, no solo por curiosidad, sino porque el sufrimiento de él despertaba algo muy íntimo dentro de ella.

—Calum. —Rompió el silencio con suavidad, ajustándose el *plaid* alrededor de los hombros—. ¿Cómo era Màiri?

Él tensó la mandíbula, manteniendo la vista fija en el sendero de piedra que ascendía hacia la fortaleza. Sus pasos se volvieron más rígidos.

—No es buen momento, Ariadna. El pasado debe quedarse donde está.

—Pero te está consumiendo —insistió ella, dándole un sutil toque en el brazo para obligarlo a mirarla—. Lo puedo ver en tus ojos. Déjame compartir esa carga, aunque sea un poco.

Calum se detuvo en seco. El aire del norte pareció volverse más denso. Por un instante, la máscara de frialdad amenazó con volver, pero al mirar el rostro limpio y expectante de Ariadna, algo terminó de romperse en su interior. Soltó un suspiro largo, cargado de años

de culpa reprimida.

—Ella era mi norte, mi balsa en mitad de la tormenta... — confesó, y su voz, siempre firme, tembló con sutileza—. Cuando la perdí, sentí que la rabia y el rencor me arrastraban hacia un pozo del que nunca saldría. Me culpo cada día por no haber estado allí, por no haberla protegido. Siento que una parte de mí murió con ella en esa maldita tierra.

Ariadna lo escuchó con el corazón encogido, percibiendo la devastación en cada una de sus palabras.

—¿La amabas mucho? —preguntó en un susurro, casi temiendo la respuesta, pero necesitando escucharla.

Calum la miró con una sinceridad descarnada.

—Con toda mi alma. Era un amor profundo, de esos que te marcan a fuego y cambian el rumbo de tu vida para siempre. Nunca volveré a ser el mismo después de ella.

El silencio regresó entre los dos, roto solo por el silbido del viento que peinaba los brezos. Ariadna asimiló sus palabras, respetando el peso de aquel luto que no le pertenecía, pero que casi podía palpar. Calum, incómodo por haberse desnudado emocionalmente de tal manera, enderezó la postura y desvió la mirada. La rigidez de sus hombros delataba que buscaba con desesperación cambiar de tema.

Sin embargo, fue ella quien rompió la tregua.

—Nosotros... Tú y yo... No me amas a mí de esa manera, ¿verdad? —preguntó Ariadna en un susurro, deteniendo sus pasos en seco.

Calum se paró a los pocos metros. Se giró despacio para mirarla de frente. El corazón le dio un vuelco; no quería herir a la joven, pero la mentira ya pesaba demasiado en su conciencia. Su corazón estaba cerrado a amar y ella debía saberlo. Tenía que ser honesto:

no estaba enamorado de ella. Su supuesta alianza no era más que un pacto silencioso del que ambos salían beneficiados; ella obtenía la protección de un clan fuerte —algo que él había intuido que necesitaba desde el primer segundo en que la vio— y él resolvía su problema.

—No, Ariadna. No te amo... de esa manera —admitió él, dando un paso hacia ella. Sus ojos reflejaban una disculpa sincera—. En realidad, te mentí, y te ruego que me perdones. No fui honesto contigo desde el principio, y no quiero seguir adelante con esta farsa a menos que tú lo desees y aceptes las condiciones.

Ariadna lo observó en silencio, manteniendo la mirada fija en la suya, devorando cada uno de sus gestos para calibrar la verdad en sus palabras.

—Te dije algo que nunca ocurrió —continuó Calum, tragando saliva—. Nosotros no nos conocíamos ni estábamos enamorados. Yo iba de camino a las montañas cuando te encontré. Estabas en peligro; varios hombres pretendían capturarte porque, por algún motivo que desconozco, el arzobispo de York te busca. Te defendí de ellos, y lo primero que hiciste al reponerte fue preguntarme por el Lago de las Sombras y la Roca del Arrepentimiento. Te advertí que es un lugar maldito, que nadie sale con vida de allí, pero insististe en ir. Estabas aterrorizada. Te marchaste, y después, cuando yo regresaba a mi castillo, te encontré medio moribunda.

Ariadna lo escuchaba estupefacta. Aunque su mente seguía en blanco, el relato de aquella huida desesperada le heló la sangre. Calum escudriñaba su rostro, buscando con desesperación en sus facciones alguna chispa de reconocimiento, pero solo encontró desconcierto.

—Entonces... ¿todo lo que me dijiste es mentira!?—articuló ella, con la voz temblorosa—. Incluso que mi familia estaba muerta.

—No del todo... Tú me dijiste que el arzobispo había matado a tu padre. Deduje que estabas sola y que huías de una amenaza terrible. Te persigue el mayor villano que hayan visto mis ojos: un clérigo que solo se mueve por avaricia, un hombre que no ascendió por vocación divina, sino con las manos manchadas de sangre. Ansía el poder y quiere algo de ti. Algo que no descubriremos hasta que logres recordar.

Calum guardó silencio, dejando que el peso de la revelación se asentara. Pasados unos segundos, al ver el desamparo en los ojos de la joven, acortó la distancia que los separaba y posó las manos con suavidad sobre sus hombros.

Al sentir el contacto, Ariadna soltó un largo suspiro. Contra todo pronóstico, saber que él no la amaba le produjo un alivio inmenso. Una angustia sorda la había estado carcomiendo por dentro al notar que ella no correspondía a los supuestos sentimientos de su «prometido»; saber que ambos estaban en el mismo punto de indiferencia romántica le quitó un peso de encima.

—Mi padre me amenazó —retomó Calum, mirándola a los ojos—. Si no encontraba esposa pronto, me obligaría a casarme por conveniencia con la hija de un clan aliado. Yo no quería, ni podía hacerlo... Entonces te encontré a ti. Pensé que si nos casábamos los dos saldríamos ganando. Tú tendrías el apellido y la fuerza de mi clan para protegerte del arzobispo mientras te ayudo a recuperar tu identidad; y yo... yo evitaría casarme con una mujer a la que nunca querría y a la que terminaría haciendo infeliz.

Hizo una breve pausa, aflojando la presión de sus manos en sus hombros, dándole espacio.

—Pero si tú no deseas esto iré a hablar con mi padre ahora mismo y le diré la verdad. No habrá boda. Aun así, puedes quedarte en el castillo todo el tiempo que necesites. Te doy mi palabra de

honor de que, decidas lo que decidas, te protegeré y te ayudaré.

Ariadna apenas pestañeaba. Aspiró el aire fresco de la tarde, abrumada. Era demasiada información para un solo día.

—Está bien... —asintió al fin, asimilando la lógica detrás de sus actos—. Puedo comprender los motivos que te llevaron a este engaño, y te agradezco que hayas tenido el valor de contármelo ahora.

Se calló unos instantes, sopesando el futuro. Contempló el castillo a lo lejos y luego volvió a mirarlo a él.

—De acuerdo, seguiremos adelante con tu plan. Nos casaremos. Pero... si me convierto en tu esposa... no tendremos... —se interrumpió, sintiendo cómo el calor le subía de golpe a las mejillas, incapaz de terminar la frase.

Calum esbozó una sonrisa franca, adivinando enseguida el motivo de su apuro y la timidez que le impedía nombrarlo.

—No tendrás que compartir mi cama, Ariadna. —La tranquilizó con suavidad—. Solo de cara al resto del mundo actuaremos como un matrimonio. En la intimidad de nuestros aposentos seremos libres. No habrá ninguna obligación entre nosotros.

Ariadna asintió, estaba aliviada, y una pequeña sonrisa de complicidad asomó en sus labios. Con el pacto sellado sobre una base de sincera honestidad, ambos reanudaron la marcha hacia la fortaleza.

—Hay algo que me gustaría preguntarte antes de llegar al castillo—dijo él, acelerando el paso—. Cuando estuviste enferma, delirando por la fiebre, no parabas de repetir una frase una y otra vez, como si te obsesionase.

Ariadna lo miró, intrigada.

—¿Qué frase?

—*Clavis caeli, porta inferni*. ¿Te dice algo? ¿Sabes qué significa?

Al escuchar esas palabras, Ariadna se detuvo en seco. Un escalofrío helado le recorrió la espina dorsal y el mundo a su alrededor pareció desvanecerse. En la oscuridad de su mente amnésica, una chispa se encendió, desenterrando un eco del pasado. El significado de las palabras emergió con total nitidez.

—Llave del cielo, puerta del infierno —pronunció con voz vacía, casi fantasmal.

—¿Recuerdas algo más? —preguntó Calum, dándose la vuelta al notar cómo se le iba el color del rostro.

Ella parpadeó, turbada, buscando en la niebla de su mente.

—No... no logro recordar nada más.

—Seguro que pronto te empiezas a acordar. No te obsesiones con ello, ¿vale?

Ariadna asintió. Siguieron el recorrido en silencio hasta que llegaron a una pradera cubierta de flores de diversos colores.

—Gracias, Calum —susurró Ariadna.

Él la miró, extrañado por el repentino agradecimiento.

—No tienes que darme las gracias por nada.

—Por las flores —aclaró ella, buscando sus ojos—. Por las que dejas en mi mesa todas las mañanas.

Calum sonrió de medio lado, con una ternura que rara vez mostraba.

—¿Te gustan?

—Mucho —asintió Ariadna, devolviéndole la sonrisa.

—Entonces nunca faltarán en tu alcoba. Te lo prometo.

Tras sus palabras, ambos se sostuvieron la mirada, dejando que el silencio hablara por ellos.

Capítulo 13

El ambiente cambió en cuanto cruzaron el umbral del castillo. La actividad en el patio de armas era frenética: sirvientes transportando barriles, soldados afilando armas y doncellas cargando canastos de mimbre. De entre el bullicio, Sophia apareció corriendo hacia ellos con el rostro iluminado.

—¡Calum! —exclamó la muchacha, abriéndose paso a toda prisa. Rodeó el cuello de su hermano con un abrazo fuerte y, de inmediato, se giró hacia Ariadna para estrecharla con la misma calidez—. ¡Menos mal que regresáis! Los aldeanos ya están abajo, en el valle, preparando las hogueras para la fiesta de la cosecha de esta noche. Tenéis que cambiaros.

Ariadna, todavía un poco abrumada por las revelaciones del camino, miró a Calum y luego a la muchacha, asimilando a duras penas la efusividad de la bienvenida.

—¿La fiesta de la cosecha? —preguntó la joven, tragando saliva e intentando que su voz sonara normal, aunque el corazón todavía le latía con fuerza por el momento que había compartido con Calum.

—¿No se lo has dicho? —preguntó Sophia, clavando una mirada de fingida indignación en su hermano.

—No, la verdad es que no me acordaba... —admitió Calum,

rascándose la nuca con gesto cansado.

—¿Que no te acordabas?! ¡Pero si ayer te lo repetí tres veces antes de que te marcharas! —reprochó Sophia, dándole un leve golpe en el brazo.

Ariadna forzó una sonrisa. El cansancio la dominaba y se cruzó de brazos en un intento desesperado por disimular el temblor de sus manos, pero el gesto no pasó desapercibido para Calum.

—¿Te encuentras bien? —preguntó él, dándose la vuelta.

Se aproximó a ella y le puso las manos sobre los hombros, estudiándola de cerca para evaluarla.

—Sí, sí... Estoy bien, de verdad —insistió ella, intentando sostenerle la mirada.

Sophia suavizó la expresión, captando el cansancio en los ojos de la joven. Se acercó un paso más y le tomó las manos, que estaban muy frías.

—¡Oh, estás helada!

Calum, que ya tenía la mente puesta en la reunión con su padre, observó el intercambio. Ver la naturalidad de su hermana contrastar con la rigidez de Ariadna le encogió un poco el pecho. Suavizó el gesto por un instante para dirigirse a la joven.

—Es la celebración más importante del año para nuestro pueblo —le explicó—. Damos gracias por los alimentos almacenados, se comparte la cerveza, se baila alrededor del fuego...

—¡Es una noche mágica! —añadió Sophia con los ojos brillantes de entusiasmo—. Todo el mundo se viste con sus mejores ropas. Hay música hasta el amanecer. ¡Te va a encantar, Ariadna! De hecho, los aldeanos están ansiosos por conocerte formalmente.

—¿Por... conocerme a mí? —respondió la joven, abriendo los ojos de par en par.

El pánico amenazó con reflejarse en su rostro.

Calum interceptó el temor de la muchacha e intercambió una mirada cómplice con ella, recordando el pacto de fingir su compromiso que acababan de sellar en el bosque. Con un asentimiento imperceptible, le transmitió una muda petición de calma. Luego le dio a su hermana una suave palmadita en la espalda, para desviar la atención.

—¡Disfrutad de los preparativos! —dijo él, recuperando su tono serio y profesional—. Yo debo ir a hablar con mi padre de inmediato. Hay asuntos del clan que no pueden esperar.

Sin dar más explicaciones, Calum se dio la vuelta y se encaminó a grandes zancadas hacia el gran salón del castillo. Sophia lo vio marcharse con un leve suspiro, acostumbrada al carácter taciturno y distante de su hermano, y luego tomó a Ariadna del brazo con total confianza.

—Ya conoces a Calum, siempre cargando con el peso del mundo sobre los hombros —comentó Sophia con una sonrisa reconfortante, guiándola hacia las escaleras de la torre—. ¡Olvídate de él por ahora! Ven conmigo, te acompañaré a tu habitación. Tenemos que buscarte un vestido adecuado para esta noche y secar ese cabello, o te resfriarás antes de que empiece el primer baile.

Mientras subían los gastados peldaños de piedra, Sophia no dejó de parlotear, rompiendo el hielo que atenazaba a Ariadna.

—Tengo el vestido perfecto para ti. Es de un color verde que hará resaltar tus ojos. Mi costurera insistía en que me lo quedara, pero a mí me queda fatal, parezco un repollo —bromeó la muchacha, soltando una risotada—. Dime, ¿en tus tierras también celebráis el fin de la cosecha con hogueras?

Ariadna sintió un nudo en la garganta. La amnesia era un muro en blanco.

—Yo... no lo recuerdo muy bien, Sophia.

Esta se detuvo a mitad de la escalera y la miró con profunda empatía. Le apretó el brazo con dulzura.

—Calum te ayudará a recordar.

Ariadna se dejó llevar, estaba agradecida por la reconfortante energía de Sophia. Mientras entraban a los aposentos, el ambiente tenso del viaje de regreso empezó a disiparse, reemplazado por la promesa de una noche de tregua entre la música y las luces de las hogueras.

Al empujar las pesadas puertas de roble del gran salón, la atmósfera se volvió densa y opresiva. Calum respiró en profundidad, sintiendo el peso de la piedra sobre su cabeza. Sentado al fondo, cerca de la gran chimenea donde apenas ardían unos troncos que proyectaban sombras alargadas, se encontraba su padre. A su lado, erguidos como estatuas de piedra, estaban Fergus y Ewan. Fergus limpiaba con parsimonia una daga corta con un paño engrasado, mientras Ewan, con los brazos cruzados sobre el pecho, mantenía la mano derecha apoyada en el pomo de su espada, vigilando la entrada con ojos de halcón.

Donald Fraser alzó la vista. Tenía un pergamino arrugado sobre la mesa de roble, iluminado apenas por el parpadeo de una vela gastada.

—Llegas a tiempo, hijo —dijo el anciano con una voz grave que arrastraba el cansancio de mil batallas—. En cuanto acabe la fiesta de la cosecha debemos partir hacia el castillo de los MacLaery para el juramento. No hay tiempo que perder.

—¿Qué ocurre, padre? Veo la guardia redoblada en las almenas —respondió Calum, avanzando con paso firme hacia la mesa.

Fergus dejó de limpiar la daga y miró de reojo a Calum, guardando el arma en su vaina. Ewan dio un paso al frente, entornando los ojos.

—Hemos interceptado a un mensajero que iba hacia el norte —explicó Donald, dando un golpe seco con un nudillo sobre el pergamino—. ¡El maldito prefirió tragarse el veneno que llevaba escondido en un anillo antes de hablar cuando mis hombres lo rodearon! Murió siguiendo instrucciones estrictas de no dejarse capturar vivo. Pero logramos quitarle esto. El mensaje nos alarmó a todos.

Donald desdobló el papel con manos temblorosas pero firmes y leyó en voz alta, con una gravedad que helaba la sangre:

—«Acudiré con mis mejores soldados al lugar del juramento. La quiero viva, necesito algo que ella tiene y muerta no sirve para encontrar eso que lleva consigo. Después cumpliré la promesa que te dio el arzobispo de York: el oro, las tierras y la muerte de los hombres que me has indicado. Lord Hilton».

Al terminar de leer, el silencio en la sala se volvió cortante, casi sólido. Fergus y Ewan intercambiaron una mirada sombría. Calum asimiló las palabras, sintiendo cómo una amenaza invisible pero letal se cernía sobre la mujer que acababa de dejar en el patio.

Donald clavó en su hijo sus ojos severos y cansados, inclinándose hacia delante sobre la mesa de madera.

—Dime una cosa, Calum —sentenció el viejo, bajando la voz hasta convertirla en un susurro ronco—. Esa mujer que has traído... ¿es ella? ¿Es Ariadna la joven a la que se refieren?

Calum sostuvo la mirada de su padre sin pestañear. El salón pareció volverse aún más frío.

—Sí, padre. Es ella. No hay duda —confirmó con voz firme.

Donald dejó escapar un suspiro pesado, apoyando los puños

sobre la madera de la mesa. El ambiente en el salón se había vuelto denso.

—¿Quién es lord Hilton? —preguntó Fergus, rompiendo el silencio—. Jamás ha estado por estas tierras, es la primera vez que escucho ese apellido.

—Yo tampoco lo conozco —respondió Donald, clavando sus pupilas severas en las de su hijo—. ¿Qué te ha dicho ella, Calum? ¿Sabes qué es lo que esconde?

—Ese es el problema —respondió su hijo, cruzándose de brazos con el semblante ensombrecido—. Ella no recuerda nada. Su mente está completamente bloqueada. No sabe quién es ni por qué la persiguen. Lo único que sé es que lo que esconde, y lo que quieren de ella, tiene que ver con el Lago de las Sombras y la Roca del Arrepentimiento.

Al mencionar el nombre del lago, un silencio reinó en la estancia. Fergus detuvo por completo cualquier movimiento y Ewan apenas pestañeaba, conteniendo el aliento.

—El Lago de las Sombras... —repitió Fergus, con una mueca donde el escepticismo luchaba contra un temor ancestral—. La vieja leyenda del clan... sus aguas se tragan a los hombres. ¿Por qué querría ir allí? Nadie que haya osado cruzar sus linderos ha regresado jamás. ¡Ese lugar está maldito!

—¡Supersticiones absurdas! —replicó Calum con frialdad—. El lago no está maldito. Ni siquiera sabemos a ciencia cierta si los que partieron hacia allí murieron o si, simplemente, decidieron no regresar.

Donald Fraser permaneció en silencio, acariciándose la barba canosa mientras el peso de los años y la preocupación se grababan en las arrugas de su frente. Contempló el danzar hipnótico del fuego en la chimenea antes de que su voz, apenas un susurro, rompiera la

tensión del bando.

—Ella tiene que tener algo de gran valor para ellos.

—¡No puedo forzarla a que recuerde! El galeno insistió en que sería algo temporal, pero no me podía decir si era cuestión de días, semanas o meses. ¡Las leyendas de ese lugar son tonterías! Si ella recuerda algo y tiene que viajar hasta ese lugar, yo mismo la acompañaré.

Donaldo observó a su hijo con interés.

—¡Lo sé, hijo, son tonterías! Pero... ¿qué es lo que busca Ariadna allí? ¿Por qué la persiguen? —No dejaba de hacerse la pregunta.

—¡Lo recordará! —aseguró Calum, sosteniendo la mirada—. Solo necesita tiempo.

—¡Has puesto en peligro a todo tu clan al traer a esa mujer aquí! —bramó el anciano, perdiendo por un instante la compostura.

—¡Esa mujer es mi futura esposa!

Las palabras resonaron con tanta fuerza y firmeza en los muros de piedra que incluso el propio Calum se sorprendió de lo convincente que había sonado.

Donald observó a su hijo buscando cualquier rastro de duda en sus ojos. Desde la muerte de Màiri, Calum se había convertido en un hombre huraño y distante, cerrado al mundo. Sin embargo, ahora veía una chispa diferente en él, una determinación que hacía tiempo había desaparecido. Si su hijo había escogido a esa muchacha, Donald sabía que no era quién para imponerle otra alianza.

—¡Está bien! Si es la mujer elegida por ti, la protegeremos —sentenció Donald, suavizando el tono—. En el juramento anunciaremos vuestro enlace para que todo el mundo lo sepa y nadie ose tocarla. El arzobispo de York no tiene poder en nuestras tierras, y sus enviados mucho menos. Aquí estará a salvo.

—Pero los rumores dicen que el arzobispo no se detiene ante

nadie ni nada.

Calum lo miró con la mano puesta sobre el pomo de su espada.

—¡Ante nosotros se detendrá! —sentenció.

Capítulo 14

El valle parecía haber cobrado vida, estaba repleto de aldeanos que abarrotaban los prados. Por todas partes se alzaban colosales hogueras cuyas lenguas de fuego restallaban con fuerza, lanzando ráfagas de chispas hacia el cielo nocturno. El aire se impregnaba del humo dulce de la madera de pino y el brezo seco que ardía en las piras, pero, sobre todo, estaba inundado por el sonido de las risas. Eran carcajadas estruendosas de un pueblo que celebraba el reencuentro; risotadas que se mezclaban con el compás alegre de las gaitas mientras la gente bailaba con los rostros iluminados por el calor del fuego.

Al paso de Sophia y Ariadna, el gentío reducía el ritmo para observarlas con viva curiosidad. Muchos, contagiados por la celebración, se aproximaban a Ariadna con respeto y calidez, extendiendo las manos para darle una sincera bienvenida al clan. Unos pasos por detrás, Margaret contemplaba la escena con una sonrisa divertida dibujada en el rostro. Le entusiasmaba ver cómo su hija se había encariñado de aquella manera, y en tan poco tiempo, con la forastera. Y una vieja y sabia intuición le decía en el pecho que la joven era la mujer perfecta para su hijo. Margaret respiró hondo sintiendo una felicidad que creía olvidada; habían sido años

de profunda tristeza y constante preocupación por el destino de Calum, pero ahora, con la llegada de la joven, sentía que la paz regresaba por fin a su hogar. Las risas volverían a habitar bajo su techo.

Ariadna, ajena a los pensamientos de la matriarca, recorría la multitud con la mirada. Buscaba a Calum. Lo divisó a lo lejos, recortado contra el resplandor de una de las hogueras más grandes, caminando junto a sus hombres de confianza. A su lado, el viejo Donald Fraser avanzó entre la gente para colocarse junto a su esposa, compartiendo con Margaret una mirada cómplice. Calum avanzaba con paso firme y las jóvenes del valle no tardaban en girarse a su paso, compartiendo tímidos murmullos y risitas entre dientes. Ariadna lo observó desde la distancia y, por primera vez, admitió para sí misma lo imponente y apuesto que lucía bajo el parpadeo dorado del fuego, que esculpía sus facciones. Vio cómo los soldados del clan lo saludaban alzando sus jarras de cerveza y cómo él respondía con una risa franca y noble, compartiendo confidencias con sus guerreros con la naturalidad de un líder querido.

En ese instante, como si sintiera el peso físico de sus ojos, Calum giró la cabeza. Por encima del bullicio de la gente, sus ojos se encontraron. El tiempo pareció ralentizarse. Calum le sostuvo la mirada, estático, y la fijeza de sus iris verdes barrió cualquier rastro de la diversión de hacía un segundo; luego, con una lentitud casi deliberada, le dedicó una sonrisa de medio lado. A Ariadna le dio un vuelco el corazón, un impacto tan nítido que le robó el aliento por completo. Sintió un calor súbito que nada tenía que ver con las llamas cercanas, una mezcla de timidez y una atracción desconcertante que la dejó indefensa. No lograba comprender qué le estaba ocurriendo, era una forastera; y él, un guerrero de las Highlands, pero la intensidad de ese contacto visual la sacudía hasta

la médula. Por su parte, a Calum se le congeló la sonrisa en los labios. La punzada que sintió en el estómago lo descolocó por completo; estaba acostumbrado a la atención de las mujeres del valle, pero los ojos de Ariadna tenían un magnetismo desconocido que lo fijaba al suelo. Sintió una súbita necesidad de acercarse, de protegerla, un impulso posesivo y tierno que desafiaba toda lógica. Ninguno de los dos hallaba una explicación racional para ese lazo invisible que, en cuestión de un latido, acababa de tensarse entre ellos en mitad de la noche.

Ariadna no tuvo tiempo de reaccionar. Sophia la tomó de las manos con entusiasmo, arrastrándola hacia el círculo de baile que giraba alrededor de la gran pira junto al resto de los aldeanos. Mientras tanto, Calum, sordo a las risas y bromas de sus hombres, se quedó estático, incapaz de apartar los ojos de ella. Sentía un vuelco extraño en el estómago, una agitación desconocida que no lograba comprender.

Fergus le dio un codazo cómplice en las costillas, sacándolo de golpe de su ensimismamiento.

—¿Se puede saber qué te pasa con esa joven? —le espetó en un susurro cargado de picardía, arqueando una ceja—. ¿Te has enamorado de ella, escocés?

Calum apartó la vista de Ariadna con brusquedad, tensando la mandíbula mientras sentía cómo la sangre se le encendía en las mejillas.

—¡Sabes perfectamente que no puedo enamorarme de ninguna mujer! —respondió con una frialdad impostada, intentando recuperar su máscara de líder imperturbable.

—¡Sí que puedes! Al corazón no se lo gobierna con órdenes de batalla —intervino Ewan, soltando una risotada franca mientras le daba un trago a su jarra de cerveza.

Los ojos de Calum se ensombrecieron y el gesto de su rostro se volvió severo, marcado por un dolor antiguo que se negaba a sanar.

—¡Juré no volver a amar a nadie después de ella! —sentenció, y su voz sonó tan áspera como las rocas de las Highlands. El recuerdo de su pérdida pasada cayó sobre él como una losa, recordándole por qué había alzado esos muros alrededor de su alma.

—Pues yo creo que esta muchacha va a ser la excepción a todas tus reglas —replicó Fergus. Suavizó el tono, pero sostuvo la mirada con una seriedad que Calum no pudo ignorar—. He visto cómo la miras y, sinceramente, no me pareció que estuvieras fingiendo.

—Quiero protegerla del peligro que la acecha, y también es mi salvación para evitar una boda que no deseo.

—Pero si te casas con ella... a quien vas a hacer infeliz es a esa joven —intervino Ewan.

—Ella ha aceptado mis condiciones. Es un simple acuerdo de intereses.

Fergus y Ewan intercambiaron una mirada antes de que una sonrisa cómplice se dibujara en sus rostros.

—Pues yo creo... —sentenció Fergus— que ella tampoco es tan indiferente a tu presencia.

Calum guardó silencio, fingiendo desinterés mientras daba la espalda a sus amigos para ignorar sus comentarios. Sin embargo, por dentro, la tormenta ya se había desatado. Una certeza aplastante y casi terrorífica le oprimía el pecho: lo que le ocurría con Ariadna era algo muy extraño, una fuerza que escapaba a su control. Por mucho que invocara sus viejos juramentos y sus cicatrices, sus ojos se resistían a obedecerle; maldiciéndose en silencio, se descubrió buscando de nuevo la silueta de la joven entre el resplandor de las hogueras, incapaz de apartar la mirada de ella.

De pronto Sophia apareció detrás de Ariadna, alzando una tira

de lino blanco.

—¡Es la tradición del valle! —exclamó la muchacha con picardía, vendándole los ojos antes de que pudiera negarse—. Tienes que encontrar a ciegas a tu pareja de baile.

—¿A mi pareja? ¡Sophia, espera! ¡Pero si me voy a casar con tu hermano!

—¡Ja, ja, ja! Lo sé. Pero tu pareja de baile no tiene por qué ser él.

Rio con ganas mientras le daba varias vueltas para desorientarla.

Entre risas compartidas, la joven se apartó dejándola en mitad de la pista. A su alrededor, varias muchachas en su misma situación buscaban a tuestas entre la multitud; un juego habitual para aquellas que estaban a punto de desposarse. Ariadna quedó a oscuras, guiada por el calor de la hoguera y el rumor de la música. Al ver el juego, Calum no lo dudó. Se abrió paso entre los aldeanos con determinación, decidido a ser él quien se cruzara en su camino. Se plantó frente a ella, inmóvil, esperando.

Ariadna avanzó con las manos extendidas, tanteando el aire, hasta que sus dedos tropezaron con la aspereza del cuero y el calor de un pecho firme. Supo al instante de quién se trataba. Calum, con extrema lentitud, alzó las manos, desató el nudo del lino y retiró la tela de sus ojos. Cuando la venda cayó, el mundo alrededor pareció desvanecerse. El estruendo de la música, los vítores del clan y el crujido de las maderas ardiendo se apagaron por completo. Solo quedaron ellos dos, atrapados en un magnetismo silencioso, como si el tiempo se hubiera detenido y bailaran a solas, envueltos por el calor de las llamas bajo el infinito manto de estrellas.

A unos metros, la multitud los observaba en silencio. Donald y Margaret se miraron de reojo, con una quietud pacífica en el rostro. En ese preciso instante, ambos supieron, sin necesidad de

pronunciar una sola palabra, que aquella joven era la única capaz de devolverle la felicidad a su hijo.

El bullicio de la fiesta, las risas de los invitados y la música parecieron desvanecerse en el segundo en que Calum dio un paso al frente y la reclamó como su pareja. Al rodearla con sus brazos, el tiempo se ralentizó. Su mano se posó con firmeza en la cintura de Ariadna, mientras la otra buscaba la suya; el leve roce de sus dedos contra la piel de la joven envió un chispazo eléctrico que los recorrió a ambos. No necesitaban la melodía que se escuchaba en el valle. Al comenzar a moverse, se guiaron por un compás invisible, una música propia dictada solo por el ritmo de sus corazones. El resto del mundo se volvió borroso, un fondo confuso de luces y sombras ajeno a ellos. Ariadna lo miraba atrapada por la intensidad de esos ojos que tantas veces le habían parecido indescifrables, pero que ahora la envolvían con una calidez inesperada. Sentía el pecho agitado, no por el esfuerzo físico, sino por la abrumadora certeza de que ya no quería estar en ningún otro lugar. Calum, por su parte, luchaba contra el desmoronamiento de sus propias barreras. Aquella fachada de frialdad y control que siempre se esmeraba en mantenerse disolvía con cada giro suave, con cada respiración compartida. Voltearon con una delicadeza casi sagrada. Ninguno de los dos pronunció una sola palabra; el silencio era un refugio perfecto. En sus labios se dibujó una sonrisa cómplice, un reflejo idéntico del alivio y la felicidad que experimentaban en ese instante. Entonces, movida por un impulso irrefrenable que desafiaba toda su lógica, Ariadna alzó la mano libre y acarició la mejilla de Calum. Su piel estaba tibia, y el contraste con la suavidad de sus dedos la hizo estremecer.

Calum, al tomarlo por sorpresa, se tensó. Nadie lo tocaba así, con tanta ternura desinteresada. Ese simple gesto abrió una grieta

en su armadura, desatando un torrente de emociones que lo inundó por completo: un instinto feroz de protección, una fascinación profunda y un sentimiento nuevo, asustadizo pero innegable, hacia la joven. Espoleado por esa revelación, detuvo sus pasos en mitad de la pista. Bajó la mano de ella de su mejilla con lentitud, entrelazando sus dedos con los suyos y acariciando el dorso de sus manos con el pulgar, como si tratara de convencerse de que era real.

—Estás muy bonita esta noche —le dijo, con una voz más baja y ronca de lo habitual, desnudando una parte de su verdad.

Ariadna, sintiendo que las mejillas le ardían, pero decidida a no flaquear ante su mirada, esbozó una sonrisa traviesa.

—Tú tampoco estás mal.

Una auténtica carcajada, breve pero sincera, escapó de los labios de Calum. Le hacía gracia su audacia, esa mezcla de timidez y orgullo que lo desarmó.

—¿Solo no estoy mal? —replicó él, inclinando un poco la cabeza, con un brillo de diversión en los ojos—. Tendré que esforzarme más el próximo baile, para ganarme un cumplido mejor.

—¡No te confíes! —respondió ella, suavizando el tono, aunque sin romper el hechizo que los unía—. Los elogios hay que conquistarlos.

—Considero que este acuerdo ya me está costando más de lo que planeé —bromeó él, reteniéndola un poco más cerca.

El instante mágico, sin embargo, fue interrumpido por una presencia familiar. Fergus se deslizó entre la multitud con paso firme y se colocó justo al lado de Calum. Sin romper del todo el espacio de la pareja, se inclinó hacia su oído y le susurró con tono burlón:

—Amigo, estás perdido.

Casi de inmediato, la complicidad de una segunda risa —la de Ewan, que observaba desde unos pasos más atrás— llegó a sus

oídos. Calum cerró los ojos un segundo, exhalando un suspiro resignado mientras una media sonrisa se dibujaba en su rostro. Sabía a qué se referían sus amigos. Su supuesta farsa, el «acuerdo de intereses» del que tanto presumía, se había desmoronado ante los ojos de todo el mundo en menos de lo que duraba una danza. Pero entonces, la culpa lo golpeó con la fuerza de un impacto. Sintió que ese instante de felicidad era una traición directa a la mujer que había amado con tanta intensidad en el pasado. El remordimiento congeló sus facciones; algo en su rostro cambió y Ariadna fue testigo directo de esa repentina frialdad.

Sin una pizca de la calidez de hace unos segundos, él le soltó la mano con brusquedad y clavó en ella una mirada sombría y distante.

—No te demores mucho en irte a la cama —sentenció, con una voz que ya no reconocía—. Mañana partiremos temprano hacia el castillo MacLaery para el juramento y... el anuncio de nuestro compromiso y boda.

Ariadna se quedó inmóvil, con la palabra atrapada en la garganta. La calidez del baile aún vibraba en su piel, volviendo aquel repentino desdén todavía más doloroso e incomprensible. Buscó en sus ojos alguna explicación, el rastro del hombre que le acababa de sonreír, pero solo encontró una barrera de hielo. Antes de que pudiera articular pregunta alguna, Calum le dio la espalda. Con paso firme y apresurado, comenzó a cruzar el patio, dejándola atrás. Ariadna, sumida en el desconcierto, solo pudo sostenerle la mirada a la distancia, observando en silencio cómo su silueta era devorada por las sombras al adentrarse en el frío del torreón.

Capítulo 15

La mujer permanecía agazapada en el interior del carruaje. La ventana del habitáculo estaba cubierta por una tupida cortinilla de. La dama no deseaba, bajo ningún concepto, que el hombre que estaba a punto de reunirse con Aidan descubriera su verdadera identidad.

El capitán Aidan Crowley caminaba de un lado a otro, devorado por la impaciencia ante el evidente retraso del inglés. En su mente resonaban las palabras de la primera misiva; las instrucciones habían sido muy precisas. Este partiría hacia las Tierras Altas, rumbo a los dominios del clan MacLaery. El punto de encuentro era en el que se hallaban, un paraje inhóspito, azotado por el viento y de una belleza sobrecogedora. A lo lejos se alzaba la imponente fortaleza de piedra de los MacLaery, vigilando el horizonte desde un risco escarpado rodeado de brezales marchitos e hilos de agua helada. Sin embargo, el lugar en el que Crowley y la mujer esperaban era en una franja de tierra de nadie: un territorio neutral, un límite invisible que no pertenecía ni a su propio clan, los Crowley, ni a los MacLaery. Un lugar imparcial. Lord Hilton le había indicado que se reunirían allí justo cuando la luna entrara en cuarto creciente. Aunque el capitán siempre intuyó que habría una segunda misiva, esta jamás llegó, así

que Aidan decidió arriesgarse y acudir a la cita.

Una mano delicada apartó un poco la cortinilla de lana. Aidan desvió la mirada hacia ella y se fijó en el anillo que adornaba uno de sus dedos: una joya de plata envejecida que engarzaba una piedra de jet escocés, un azabache extraído de las profundidades de las Highlands, negro y brillante.

—Aidan —susurró una voz suave desde el interior.

El cochero, envuelto en una pesada capa, permanecía inmóvil en el pescante, manteniendo el carruaje a una distancia prudencial del punto exacto donde el capitán esperaba a lord Hilton. Al escucharla, el capitán se aproximó de inmediato.

—Sí —respondió él, rompiendo la distancia y posando su mano cálida sobre la de ella.

—¿Estás seguro de que vendrá? —preguntó la mujer, con un hilo de preocupación en la voz.

—Sí, le conviene. Quieren a esa joven y yo sé dónde encontrarla.

—¡Pero los Fraser son un clan poderoso! —advirtió ella—. No permitirán que nadie le ponga una mano encima si está bajo su protección.

—Pues para eso te necesitaré a ti. Tu posición nos abrirá las puertas.

—No sé si podré hacerlo, Aidan... Es un juego demasiado peligroso.

Él apretó sus dedos con suavidad pero con firmeza.

—¿Me amas?

—¡Sabes que sí! Más que a mi propia vida.

—Entonces lo harás por los dos. Nuestro futuro depende de esto.

El tenso silencio que siguió fue quebrado por el eco sordo de varios cascos golpeando la tierra húmeda. El ruido de los caballos anunció la llegada de Hilton, apareció entre la bruma, flanqueado

tan solo por dos soldados de aspecto severo. El inglés poseía un rostro de facciones afiladas y una sonrisa torva, perversa, que denotaba la crueldad de quien está acostumbrado a mandar sin recibir réplicas. Detuvo su caballo frente a Aidan y lo miró con desdén.

—¿Recibiste mi segunda misiva? —preguntó Hilton, sin preámbulos.

—¡No, no llegó nada! —respondió Crowley, manteniendo la compostura—. ¡Pero aquí me tiene!

Hilton entornó los ojos, insatisfecho, y de inmediato desvió su mirada calculadora hacia el carruaje que aguardaba a unos metros.

—¿Quién está ahí dentro? —inquirió, señalando con el látigo de montar.

—La mujer que nos ayudará a saber si la esconden los Fraser.

—¡No quiero que nada salga mal, escocés! ¿Estás completamente seguro de que la muchacha está con ellos?

—Seguro no, milord... Pero lo intuyo. Todas las pistas apuntan a los Fraser. La dejé con el líder del clan, Calum Fraser.

—Espero que tus intuiciones sean certeras —siseó el inglés con frialdad—. Si esa joven está entre ellos, dímelo sin demora para avisar al arzobispo de York. Pero si me estás haciendo perder el tiempo...

Movido por la desconfianza, Hilton espoleó con suavidad a su caballo aproximándose con determinación al carruaje para ver quién se ocultaba tras las cortinillas.

—¡No! —Lo detuvo Aidan, dando un paso al frente y colocándose entre el jinete y la puerta del carro—. La única condición que ella puso para ayudarnos es que nadie conozca su identidad. Si ve su rostro el trato se deshace ahora mismo.

Hilton detuvo al animal a escasos centímetros de Aidan. Lo miró

desde lo alto, midiendo sus fuerzas, con una mueca de fastidio.

—¡Está bien! —cedió el inglés, tirando de las riendas—. Me importan poco los caprichos de vuestras mujeres, siempre y cuando cumpla su cometido.

Hilton se echó hacia delante sobre la silla de montar, bajando la voz para que solo Aidan pudiera escucharlo.

—Pero dime una cosa... —insistió, inclinándose sobre el pomo de su montura—. Si esa mujer es tan influyente como dices, ¿por qué arriesga el cuello por una causa inglesa? ¿Qué gana ella, exactamente, con la caída de los Fraser?

Aidan sintió una gota de sudor frío recorrer su nuca. Permaneció inmóvil, consciente de que la mujer escuchaba cada palabra desde la penumbra del carruaje.

—Tiene sus propios motivos, milord —respondió el capitán, intentando mantener la voz firme.

Hilton soltó una carcajada seca, cortante y carente de la más mínima alegría.

—¿Sus propios motivos? —repitió con desdén—. ¿Y cuáles son?

—¡No creo que sean de su interés!

La respuesta no provino de Aidan. La voz, serena pero impregnada de una fría autoridad, brotó desde el interior del carruaje.

—Tiene mi palabra de que, si los Fraser protegen a la joven, usted lo sabrá —continuó ella, sin mostrar un solo rasgo a través de la cortinilla—. Lo ayudaré hasta que la tenga en su poder. No necesita saber nada más.

Aidan tragó saliva conteniendo el aliento. Hilton clavó su mirada calculadora en la madera del carruaje como si intentara atravesarla con los ojos. Tras unos agónicos segundos de un silencio sepulcral, el inglés rompió la tensión.

—¡Está bien! Esperaré en los alrededores hasta recibir noticias vuestras.

Aidan asintió, aunque sabía que lord Hilton no se fiaba de su palabra. El inglés dudaba de que todo fuera a resultar tan sencillo; presentía una trampa en cada sombra de las Highlands. No obstante, el cebo era demasiado tentador, y la codicia lo obligó a ceder. Daría el margen acordado, pero mantendría la mano puesta en el pomo de su espada.

Capítulo 16

Apenas amanecía cuando el grupo se reunió en el patio de armas del castillo. Montados ya a caballo, Donald, Margaret y Sophia aguardaban junto a Ariadna, mientras Fergus y Ewan revisaban los últimos herrajes de las monturas. Si querían alcanzar la fortaleza de los MacLaery antes de que cayera la noche, debían partir sin demora, pero faltaba Calum.

Ariadna apenas había conciliado el sueño; la noche había sido un auténtico tormento. Una pesadilla recurrente la había despertado entre sudores fríos: una anciana de rostro borroso le tapaba la boca con fuerza mientras, a pocos metros, ella misma se veía obligada a contemplar cómo alguien ardía en mitad de la oscuridad. La pérdida de su memoria seguía siendo una losa, y la incapacidad de ligar ese horror a un recuerdo real la perturbaba. A ese desasosiego se sumaba la desconcertante reacción de Calum el día anterior, cuando se había alejado de ella de forma tan abrupta. Sin darse cuenta, todo lo concerniente al guerrero empezaba a importarle demasiado. Intentaba racionalizarlo, convencerse de que apenas lo conocía, pero en el fondo sabía que algo irreversible había cambiado en su interior. Él la hacía sentir viva, arrancándola de la bruma de su amnesia. No sabía todavía si aquello que nacía en su pecho eran sentimientos

reales o la pura intensidad de la incertidumbre, pero la atracción era innegable; cada vez que Calum se acercaba, el corazón parecía que le iba a estallar, un latido fuerte que ya no podía ignorar.

En ese momento, Ariadna sintió el peso de la mirada de Sophia sobre ella.

—¿Te pasa algo?

—No... ¿Por qué lo preguntas?

—Estás demasiado callada. ¿Es por mi hermano y cómo reaccionó ayer?

Ariadna guardó silencio, incapaz de encontrar una respuesta esquivada. Por suerte, la llegada de Calum la salvó de tener que contestar, aunque la visión del guerrero no trajo consigo ningún alivio. Tenía unas ojeras profundas marcadas en el rostro; era evidente que la noche había sido tan implacable con él como lo había sido con ella. Al verlo llegar, Donald le dedicó una mirada severa de reojo, evaluando con rigor si estaba en condiciones para el viaje, mientras Margaret contenía un suspiro lleno de preocupación.

Sophia, aprovechando la distracción, se inclinó sobre la montura de Ariadna y le susurró al oído con una mezcla de picardía y misterio:

—Apareció por su habitación a altas horas de la madrugada. Se pasó casi toda la noche fuera.

—¿Dónde? —inquirió Ariadna, incapaz de frenar la curiosidad que la asaltó.

—Nadie lo sabe —respondió Sophia en el mismo tono confidente—. A veces simplemente coge su caballo y desaparece del castillo.

Calum apenas se atrevió a mirar a Ariadna. Sentía los ojos de todo el grupo clavados en él, pero era de ella de quien huía con desesperación. Sin saberlo, Ariadna había sido la causante de que hubiese pasado casi toda la noche cabalgando valle abajo, buscando

el aire frío del río para aplacar sus pensamientos. Su propia habitación se le había antojado una cárcel. ¿Qué le estaba ocurriendo con esa mujer? No lograba sacársela de la cabeza. Un dolor agudo y punzante le oprimía el pecho cada vez que rememoraba el roce de sus manos, la suavidad de su piel. Deseaba con desesperación abrazarla, estrecharla contra su pecho y, sobre todo, besarla. Creía que ninguna mujer volvería a despertar semejantes sentimientos en él, pero Ariadna le estaba ganando una batalla que él ni siquiera sabía cómo combatir.

Fergus y Ewan observaron a su líder de reojo; lo conocían lo suficiente como para saber que, cuando Calum se encontraba en ese estado de hosquedad, lo más prudente era mantener las distancias y no dirigirle la palabra. Quien no estaba dispuesto a callarse era su padre. Donald observaba a su hijo con evidente molestia: no solo habían tenido que esperarlo, sino que su aspecto demacrado no era el propio de un guerrero antes de una travesía.

—¿Por qué te has demorado tanto? —le recriminó Donald con voz de trueno—. ¿Acaso no fui claro al decir que partiríamos antes de que el sol despuntara?

—Bueno —replicó Calum, con voz ronca y sin mirarlo—, todavía no ha salido.

—¡Con más razón debiste haber sido el primero en estar aquí!

El guerrero clavó la mirada en su padre. No tenía fuerzas ni ganas de enfrentarse a él, al menos no esa mañana. Optó por el silencio. Sin responderle, se limitó a montar en su caballo con un movimiento ágil. Donald contuvo un suspiro de frustración, sabiendo que no conseguiría nada más de él, y dio la orden de partida.

Iniciaron la marcha formando una hilera silenciosa que avanzaba al ritmo de los cascos sobre la tierra. Donald abría el camino, seguido de cerca por Margaret, Sophia y Ariadna. En la retaguardia,

Fergus y Ewan flanqueaban a Calum, manteniéndolo en medio de ambos, casi como una barrera invisible para asegurar una distancia prudencial con las jóvenes. No tardaron en notar la rigidez en los hombros de su amigo; la tensión que desprendía era casi palpable.

—¡Parece que has estado peleando con fantasmas toda la noche, Calum! —comentó Fergus en voz baja, espoleando a su caballo para ponerse a su altura.

—¡No hay fantasmas! —respondió él con voz ronca, manteniendo la vista fija al frente—. Sencillamente no podía conciliar el sueño, eso es todo.

—¿Eso es todo? ¡No me vengas con esas! ¡Es por ella!, ¿verdad? —intervino Ewan desde el otro lado, sumándose a la provocación con una sonrisa de medio lado.

—¡No! —replicó Calum con una rotundidad tan tajante que delató lo mucho que se esforzaba por creerse su propia mentira.

—A mí no me engañas. Llevas todo el camino con los ojos clavados en la grupa del caballo de Ariadna —apuntó Fergus, suavizando el tono—. A veces la cabeza dicta un camino muy distinto al que el corazón ya ha elegido.

Calum apretó las riendas con tanta fuerza que los nudillos se le tiñeron de blanco, obligando a su montura a enderezar la marcha.

—Mi cabeza está exactamente donde debe: en la seguridad de este viaje y la de mi familia y mi clan. ¡No hay espacio para nada más!

—Ya —replicó Fergus, esbozando una sonrisa cargada de escepticismo—. Sigue repitiéndotelo en voz alta. A ver si consigues creértelo antes de que avistemos las tierras del norte.

A mitad de camino, con las monturas cansadas por los senderos empinados, Donald ordenó un descanso junto a un claro rodeado de colinas. Mientras los hombres revisaban los caballos, Ariadna y

Sophia se alejaron un poco hacia la ladera para recoger un ramo de brezo blanco.

—¿Sabes que el brezo blanco es un amuleto de buena suerte? —dijo Sophia.

—Entonces tenemos que hacer un buen ramo —intervino Ariadna mientras mantenía fija su mirada en los movimientos de Calum, que llevaba a los caballos a tomar agua a un riachuelo cercano.

—Deberás tener mucha paciencia con Calum.

—¿Paciencia...?

—Desde que... ella murió, él cambió, y muchas noches vive un tormento.

—¡La debía amar mucho!

—Sí, nunca lo he visto tan enamorado de nadie como lo estaba de ella. —Sophia, en ese momento, se dio cuenta de su metedura de pata, no debía haber dicho eso a la prometida de su hermano—. Perdona..., quería decir que estaba muy enamorado, por supuesto que de ti también lo está.

Ariadna, al ver la preocupación de Sophia por sus palabras, sonrió.

—Tranquila, no te tienes que disculpar, entiendo que el primer amor siempre es muy intenso y hay muchas maneras de amar.

Sophia le sonrió.

—Estoy muy feliz de que te haya encontrado. Mi hermano es un buen hombre. Tiene un gran corazón —dijo la muchacha, cortando un tallo de brezo—, pero a veces se cierra tanto en sí mismo que parece una fortaleza inexpugnable. Nadie puede acceder a él.

—Lo que vivió fue duro —dijo Ariadna, sin apartar los ojos de la silueta lejana del guerrero.

—Sí...

—¿Màiri? —aventuró Ariadna, recordando haber escuchado su nombre.

—Sí —asintió Sophia con tristeza—. No es solo que ella fuera su amor de juventud; es que nunca se ha perdonado no haber estado allí para salvarla. Se exige demasiado a sí mismo, Ariadna. Teme que, si vuelve a abrir su corazón, bajará la guardia y no podrá defender a los que ama.

La joven suspiró, sintiendo una profunda empatía por el peso que Calum cargaba sobre sus hombros. Desvió su mirada hacia donde estaba él y ambas miradas se cruzaron. Había un magnetismo silencioso entre ellos.

—¡Es hora de partir! —anunció Donald desde el campamento.

Sophia comenzó a descender la pequeña colina a paso ligero. Ariadna se dispuso a seguirla, pero al moverse, el ramo de brezo blanco que con tanto esmero había recogido se le resbaló de las manos, dispersándose por la pendiente. Se agachó apresurada para recuperarlo.

Al ver que se retrasaba, Calum se dirigió al resto.

—¡Avanzad!, yo la esperaré y os daremos alcance en seguida.

Calum subió la ladera con paso firme. Al llegar junto a ella, su bota crujió contra una rama marchita. Ariadna, ensimismada y con los nervios a flor de piel, se sobresaltó al notar su presencia, perdió el equilibrio sobre la hierba húmeda y comenzó a rodar colina abajo. En un acto reflejo, estiró los brazos y se agarró con desesperación al *plaid* de Calum, arrastrándolo consigo en la caída.

El mundo se volvió una confusión de tierra, cielo y giros violentos ladera abajo. En medio del caos de la caída, Calum no intentó buscar apoyo; su único pensamiento fue protegerla. Estiró los brazos, la atrajo contra su pecho y la envolvió en un abrazo firme, interponiendo su propio cuerpo contra los golpes del terreno y las

piedras sueltas. Cuando por fin el movimiento se detuvo al pie de la colina, el silencio regresó de golpe, roto solo por el eco de sus respiraciones agitadas. Calum reaccionó de inmediato, apoyó el peso de su cuerpo sobre un antebrazo, hundiéndolo en la tierra húmeda para evitar aplastarla. Tenía el corazón desbocado, latiéndole en la garganta, y el miedo aún crispando sus facciones mientras recorría el rostro de Ariadna con la mirada, buscando cualquier rastro de dolor.

—¿Estás bien? ¿Te has hecho daño? —consiguió articular, con la voz rota por el esfuerzo.

La respuesta de Ariadna lo tomó por sorpresa. Tras unos segundos de estupor, una carcajada limpia y cristalina escapó de sus labios. La tensión acumulada se evaporó en esa risa que contagió el ambiente. Al verla reír así, la preocupación de Calum se disolvió en una sonrisa divertida. Se quedó allí, suspendido sobre ella, contemplándola mientras el mundo exterior parecía desvanecerse por completo. Entre los desordenados mechones de su cabello castaño se habían enredado pequeñas flores de brezo blanco y briznas de paja de la colina. Calum pensó que nunca la había visto tan hermosa, tan radiante en mitad de aquel desastre. En ese instante, un impulso imprevisto, una corriente cálida y avasalladora le recorrió las venas con la fuerza de un torrente. Sentía un deseo irrefrenable de acortar la distancia, de borrar el espacio entre sus labios. Despacio, Ariadna dejó de reír, atrapada por la repentina e intensa fijeza de su mirada. Clavó sus ojos en los de él, sosteniéndole el pulso en un silencio que de pronto se volvió denso, casi magnético, cargado de una expectación que hacía vibrar el aire a su alrededor. Con una lentitud deliberada, Calum alzó la mano libre. Con la yema de los dedos, rozando apenas los mechones de su pelo, comenzó a retirarle los pétalos blancos y la paja. Su tacto fue

una caricia suave, un ruego silencioso que no necesitaba palabras. Ariadna no se apartó; al contrario, buscando ese contacto, subió su propia mano y la posó sobre la de él, presionándola con suavidad contra su mejilla y sellando el último resquicio de distancia. Ese sutil permiso derribó las últimas defensas de Calum. Contuvo el aliento, incapaz de frenar por más tiempo lo que dictaba su instinto. Su mirada bajó un milisegundo hacia los labios de ella, deseándolos con urgencia, antes de inclinarse por completo. Y entonces la besó... Al principio fue un roce tentativo, casi temeroso de romper el hechizo, pero la respuesta implícita de Ariadna transformó el encuentro en algo torrencial. El corazón de ella dio un vuelco salvaje, latiendo con tanta fuerza y velocidad contra sus costillas que sintió que el pecho le iba a estallar; era una explosión de alivio, miedo y una fascinación absoluta que la dejó sin aliento, entregándose por completo a la calidez de su boca. Calum, arrastrado por la marea de sus propios sentidos, advirtió una necesidad imperiosa y arrolladora de estrecharla contra sí. Quiso envolverla en sus brazos, romper cualquier barrera textil y sentir la textura real de su piel bajo sus manos, fundirse con su calor para convencerse de que ella estaba allí, real y viva entre el brezo. El beso se profundizó, volviéndose pausado pero voraz; una comunión perfecta donde el sabor a tierra húmeda, la adrenalina de la pendiente y la absoluta ternura se mezclaron, suspendiendo el tiempo entre ambos.

De repente, la realidad cayó sobre él como un jarro de agua fría. Calum se separó con brusquedad rompiendo el contacto. Se incorporó un poco, asustado de su propia audacia, mientras el aire regresaba de golpe a sus pulmones.

—Perdóname... No debí... No debí besarte —tartamudeó, apartando la mirada con brusquedad.

Calum se pasó una mano por el rostro, estaba muy abrumado,

mientras la rigidez volvía a apoderarse de sus hombros.

—Lo siento... No sé por qué lo he hecho. No tengo excusa...

Las palabras flotaron en el aire, torpes, apresuradas y frías. Intentaba disculparse, pero la verdad era que cualquier justificación resultaba ridícula en ese instante. Ambos se quedaron allí, sentados entre la hierba pisoteada, con las respiraciones aún alteradas y los labios encendidos por el roce reciente. Calum no sabía cómo gestionarlo, pero en el fondo los dos eran conscientes de que, tras ese beso, nada volvería a ser igual entre ellos. La indiferencia había quedado enterrada para siempre en ese gesto.

Ariadna tragó saliva, sintiendo el peso del rechazo implícito en sus disculpas, aunque su propio corazón seguía latiendo a contratiempo.

—Yo tampoco debí corresponderte... —acertó a decir con torpeza, abrazándose las rodillas para ocultar el temblor de sus manos.

Calum guardó un tenso silencio clavando la vista en un punto indefinido del horizonte antes de soltar un suspiro cargado de frustración.

—Es mejor que olvidemos lo ocurrido cuanto antes —sentenció con una frialdad que parecía más una coraza para protegerse a sí mismo que un reproche hacia ella.

—Sí, claro. Tienes razón —respondió Ariadna con un hilo de voz, aunque por dentro sabía que jamás podría borrar de su memoria la calidez de sus labios.

Sin añadir una sola palabra, Calum se incorporó de un salto. Se sacudió la paja de los pantalones y, evitando por completo mirarla a los ojos, le ofreció una mano para ayudarla a levantarse. Ariadna dudó un segundo, pero terminó aceptando el agarre. Sus dedos volvieron a chispear al contacto con la piel del guerrero, pero él la

soltó en cuanto ella recuperó el equilibrio, rompiendo el vínculo de inmediato, recogió las flores de brezo blanco dispersas, que formaban parte del ramo que la joven había hecho, y se lo dio. El camino de regreso hacia donde aguardaban los caballos fue una tortura de pasos lentos y silencios densos. Caminaban separados por una distancia prudencial, como dos extraños que compartían un secreto demasiado pesado. En cuanto alcanzaron al resto del grupo, Ariadna apresuró el paso para refugiarse al lado de Sophia, quien la observaba con el ceño fruncido y un interés más que evidente; no le habían pasado desapercibidas la rigidez de su hermano sobre el caballo ni las mejillas encendidas de Ariadna.

—¡Vaya! —susurró Sophia, inclinándose hacia ella mientras acariciaba las riendas de su montura—. ¿Os ha atacado un enjambre de abejas o es que la colina os ha cambiado el humor a los dos? Hay una tensión en ambos que se podría cortar con una espada.

Ariadna intentó forzar una sonrisa natural, esquivando la aguda mirada de la muchacha.

—Solo ha sido que se me cayó el ramo ladera abajo y ambos corrimos para recuperarlo...

—Ya... —replicó Sophia con una sonrisa escéptica mirando de reojo a Calum.

Capítulo 17

Calum recorría el vibrante asentamiento con la mirada, buscando sin éxito entre la multitud. Había divisado a su madre y a su hermana conversando animadamente con Lìra, Emi —la hermanastra de esta— y otras mujeres del clan, pero la silueta que ansiaba encontrar no aparecía por ninguna parte. ¿Dónde demonios se había metido Ariadna? Era cierto que el viaje había sido extenuante y que habían cruzado las puertas de la fortaleza de los MacLaery a altas horas de la noche, pero el sol ya coronaba el cielo y seguía sin haber ni rastro de ella. Una de las doncellas le había comentado temprano que la joven continuaba en sus aposentos, sumida en un sueño profundo, y que no había querido despertarla. Sin embargo, con el mediodía encima, Calum no podía evitar preguntarse si de verdad seguía durmiendo o si lo estaba esquivando tras la evidente tensión que había dejado el beso en el camino.

Sus pensamientos se interrumpieron cuando vio a Lìra apartarse del grupo de las mujeres y avanzar hacia él, esquivando con gracia el ajetreo del patio.

—¡Hola, Calum!—dijo ella al llegar a su altura, dedicándole una sonrisa cargada de calculada dulzura.

Lìra siempre se había movido a su alrededor con ese aire de

coquetería. Desde que eran adolescentes, el guerrero había sido consciente de que ella albergaba la firme ambición de casarse con él y convertirse en la futura señora de las tierras del clan Fraser.

—¡Hola, Lìra! —respondió él cortés, pero manteniendo una distancia prudencial.

—Tu madre ya me ha adelantado algo —comentó ella, entornando los ojos con picardía—. Dice que tu padre quiere anunciar algo muy importante para el clan durante el banquete del anochecer. ¿Tiene que ver con alianzas entre clanes?

—¡Así es! —se limitó a contestar Calum, esquivó responder con claridad.

Lìra frunció el ceño notando de inmediato la fijeza de sus ojos en los pasillos superiores del castillo.

—¿Estás en otra parte, Calum? ¿A quién buscas con tanto ahínco? ¡Apenas estás prestándome atención!

Él contuvo un suspiro de frustración, sabiendo que disimular ante ella no serviría de nada.

—Disculpa. Busco a la joven que ha venido con nosotros.

La expresión de Lìra cambió en un parpadeo, tornándose rígida y teñida de una clara disconformidad.

—Ah... la invitada misteriosa —soltó con un deje de desdén—. Pues no tengo el placer de conocerla todavía. ¿Dónde está?

—Aún no ha bajado. No creo que se haya levantado todavía.

—¿Una mujer perezosa a estas horas? —Lìra soltó una risita carente de gracia, cruzándose de brazos—. Eso no encaja mucho con las costumbres de estas tierras, donde el trabajo empieza antes del alba. ¿Es escocesa? ¿De qué clan proviene?

Calum no tenía la menor intención de dar detalles sobre el origen o la amnesia de Ariadna a alguien tan astuto como Lìra. Cortó la línea de preguntas con una frialdad tajante.

—Ya la conocerás cuando decida bajar. No hay prisa.

—Eso espero... —replicó ella, molesta por el hermetismo del guerrero. Desvió la mirada hacia los establos, forzando un cambio de humor—. En fin, estoy deseando que empiece la cacería. El patio ya está listo.

En ese momento, una silueta tímida se aproximó con pasos vacilantes. Era Emi, apenas dos años menor, poseía una belleza delicada y serena que rivalizaba con la de su hermana; sin embargo, Emi siempre pasaba desapercibida, eclipsada por su propia timidez y por la arrolladora presencia de Lìra. Vivía a la sombra de ella siguiendo sus pasos como una extensión sin voz, acatando órdenes sin oponer resistencia y ocultando su propia personalidad tras una capa de sumisión. A Calum siempre le había entristecido la situación de la muchacha, consciente del constante sentimiento de inferioridad en el que Lìra la mantenía recluida. Emi se detuvo a una distancia prudencial, con las manos entrelazadas sobre el brial y la mirada clavada en el suelo del patio.

—Señor —murmuró, haciendo una reverencia tan sutil que casi pareció una disculpa por interrumpir. Luego, se volvió hacia su hermanastra con timidez—. Lìra..., nuestra madre dice que debes reunirte con las mujeres de inmediato. La cacería está a punto de comenzar.

Lìra midió a Emi con una mirada fría, estaba molesta por la interrupción en un momento en el que aún digería el desplante de Calum.

—¡Ya sé que va a comenzar, Emi! No hace falta que me lo repitas como si fuera una criada —replicó Lìra con tono altivo dándose la vuelta con desdén—. Podrías haber esperado a que terminara de hablar con Calum.

Emi encogió los hombros asumiendo el reproche sin defenderse.

—Lo lamento... Es solo que insistieron en que viniera a buscarte —susurró con un hilo de voz, dando un paso atrás.

Calum, incapaz de tolerar la prepotencia de Lìra hacia la joven, intervino con voz suave pero firme, dirigiéndose a Emi para infundirle algo de confianza.

—¡No te disculpes, Emi! ¡Has hecho bien en avisar! —le dijo, dedicándole una sonrisa genuina que contrastaba con la rigidez que había mostrado con Lìra—. Tu presteza es de agradecer.

Emi alzó los ojos por un instante, sorprendida por la amabilidad del guerrero, y un leve rubor tiñó sus mejillas antes de volver a bajar la cabeza en un mudo agradecimiento.

Lìra, al notar la atención y el respeto que Calum le brindaba a su hermanastra, soltó un bufido apenas perceptible, agarró a Emi del brazo con brusquedad y la arrastró consigo hacia el grupo de mujeres, ansiosa por alejarse de la linde del bosque y dejar atrás su orgullo herido. Calum sonrió a la joven Emi y las vio marchar. Él sabía que Lìra siempre había vivido aquellas celebraciones con una intensidad casi febril, disfrutando del estatus y la atención que recibía en ellas. La observó un instante en silencio. La joven era muy hermosa: tenía unos grandes ojos azules y una larga cabellera rubia que le caía por la espalda en perfectos tirabuzones dorados. Sin embargo, para él, Lìra siempre había sido una mujer caprichosa, vanidosa y demasiado dada a las intrigas; virtudes superficiales que no despertaban el más mínimo interés en su corazón.

La actividad reina de la jornada, la que más entusiasmaba a los guerreros de las Tierras Altas, era la gran caza del jabalí. A Calum nunca le había gustado el frenesí sangriento de esa práctica, pero como líder y heredero, su presencia en la vanguardia era una obligación ineludible ante los ojos de los clanes aliados. Antes de poner el pie en el estribo y dar la señal de partida, Calum dedicó una

última, rápida y minuciosa ojeada, manteniendo hasta el último segundo la esperanza de ver aparecer la silueta de Ariadna; pero el cuerno de caza resonó con fuerza desde las altas murallas quebrando el aire del valle y obligándolo a montar para centrar toda su atención en la partida. El bosque de los MacLaery despertó con un bramido que no pertenecía a la naturaleza. La caza no era un simple pasatiempo, era un despliegue ritual de estrategia, fuerza y herencia. Un nutrido grupo de guerreros, hombres a pie con los rostros curtidos por el frío y armados con pesados bastones, se adentró primero en la densa espesura. Avanzaban hombro con hombro, formando una línea compacta e implacable que cortaba el follaje. Su misión era el motor de la jornada: golpeaban con ritmo sus tambores de cuero tensado, compasando los impactos con gritos de guerra que hacían vibrar la madera de los pinos. El estruendo sordo y constante comenzó a propagarse por todo el valle como un trueno doméstico, la táctica perfecta para quebrar los nervios de los grandes jabalíes y empujarlos a ciegas hacia los claros. Allí, donde la vegetación se abría, los jinetes y los cazadores principales aguardaban enraizados en sus monturas, con las lanzas cortas firmes en el puño y los ojos entrecerrados, listos para interceptar la embestida de las presas.

Mientras el bosque ocultaba a los hombres y el eco de los tambores se escuchaba lejano, los patios exteriores de la fortaleza bullían con una energía muy distinta. Las mujeres de los clanes no aguardaban en un rincón pasivo; sobre sus hombros descansaba el alma de la gran fiesta que se avecinaba. Reunidas bajo los amplios toldos de lona y cerca de las gigantescas hogueras de las cocinas exteriores, formaban un engranaje perfecto de tradición y trabajo. El aire estaba saturado del olor a leña quemada, grasa y el aroma punzante de las hierbas silvestres que otras jóvenes disponían sobre

tablones de madera. Mientras unas hilaban la lana con movimientos mecánicos y expertos, otras atizaban el fuego bajo los enormes calderos de cobre donde ya borboteaban los primeros caldos, o hundían las manos en sal gorda para curar las piezas de carne. Aquel rincón del patio se había convertido en el rincón de las mujeres.

Fue en ese preciso instante cuando Ariadna cruzó el umbral hacia el patio. Al dar un paso hacia allí parpadeó un poco, encandilada por la cruda luz del mediodía y un tanto aturdida por el bullicio que terminaba de espabilarla del letargo de la noche. Llevaba el cabello recogido de forma sencilla, apenas sujeto en la nuca para despejarle la cara. Se quedó quieta unos segundos, sintiéndose pequeña y desorientada en mitad de aquel ajetreo de siervos, cazadores y humo. Sin embargo, Margaret no tardó en reparar en su presencia. Desde su puesto junto a los grandes telares, la matriarca le dedicó una sonrisa cálida y alzó una mano, haciéndole una seña cariñosa para que se refugiara con ellas. Ariadna exhaló un suspiro de alivio. Agradecida por encontrar un cobijo seguro en medio de tanta agitación, cruzó el patio con paso apresurado y se unió al círculo de mujeres. De inmediato, Sophia le hizo un hueco a su lado en el banco de madera y, casi sin romper el ritmo de la charla, le pusieron en la falda una cesta de mimbre. Su tarea era sencilla pero constante: desgranar espigas de cebada y limpiar la tierra de las hortalizas que irían directas a los calderos.

Aunque Ariadna se esforzaba al máximo por sumergirse en la cadencia de la conversación, asentía a los comentarios de las ancianas y forzaba una sonrisa ante las ocurrencias y risas de Sophia, su mente estaba en otra parte. Sus manos trabajaban con inercia propia porque, de manera inevitable, cada pocos minutos su mirada se desviaba de reojo hacia la linde del bosque. Allí, donde los

pinos se volvían oscuros y densos, era justo el punto por donde los guerreros, y Calum al frente de ellos, aparecerían. La joven notó el peso de una mirada fija en ella. Al levantar la vista, vio aproximarse a una muchacha muy hermosa, de cabello rubio y ojos gélidos, seguida de cerca por otra de porte más tímido. Ambas se detuvieron frente a ella, rompiendo de golpe el pacífico círculo de las mujeres.

—¡Así que tú debes de ser la famosa protegida del clan Fraser!
—soltó Lìra, midiéndola de arriba abajo con una sonrisa que no auguraba nada bueno.

Sophia, que no había perdido detalle de la escena, intervino de inmediato. Se colocó con sutileza entre ambas, adoptando una postura protectora pero formal para hacer las presentaciones.

—Ariadna, ellas son Lìra y Emi MacLaery, hijas de nuestros anfitriones. Lìra, Emi, ella es Ariadna.

Margaret, que observaba con atención desde su asiento, intervino con voz serena y firme para dejar clara la posición de la joven.

—¡Y es una más de nuestra familia! —añadió, dedicándole a Ariadna una sonrisa cálida que pretendía infundirle ánimos.

—Ariadna... —repitió Lìra, saboreando el nombre como si buscara un defecto en él—. Un nombre inusual para estas tierras. No suena a ningún clan que yo conozca. ¿De dónde dices que es tu familia?

A la joven la incomodaba la atención desmedida de ambas mujeres, en especial del escrutinio frío de Lìra. Sintió un nudo en el estómago, consciente de que no tenía una respuesta real que darle.

—Yo... no estoy muy segura —respondió, intentando mantener la voz firme a pesar de la opresión en el pecho—. Tuve un contratiempo en el camino y mis recuerdos son algo confusos.

La muchacha MacLaery arqueó una ceja, fingiendo una

compasión que sonó del todo artificial.

—¿Confusos? ¡Qué conveniente! —comentó con un deje de ironía, cruzándose de brazos—. Un viaje largo hasta aquí con el heredero de los Fraser, y ahora una memoria selectiva. Desde luego, has sabido buscarte buenos protectores. Calum no suele perder el tiempo con extraños...

—¡Lìra, creo que estás siendo un poco impertinente con nuestra protegida! —la cortó Margaret con un tono severo que denotaba su creciente molestia.

Emi, notando la hostilidad de su hermanastra, tiró de la manga de Lìra con el rostro encendido por la vergüenza.

—Hermana, por favor, no seas descortés... Son nuestros invitados y padre se molestará mucho contigo si te excedes —susurró con timidez, antes de dedicarle a Ariadna una mirada rápida llena de disculpa—. ¡Bienvenida a nuestro hogar, Ariadna!

—Gracias —correspondió la joven, aliviada por encontrar un destello de amabilidad en mitad de aquel interrogatorio.

Lìra apartó el brazo del agarre de su hermana con un gesto seco, sin desviar los ojos de su objetivo.

—Solo tengo curiosidad, Emi. Mañana nuestros clanes sellarán un juramento sagrado de sangre y lealtad. Es natural que queramos saber quién se sitúa a nuestra mesa y quién acapara las atenciones del futuro líder.

Sophia dio un paso al frente, entornando los ojos con una frialdad que rivalizaba con la de Lìra.

—¡Ariadna se sienta a nuestra mesa porque mi padre y mi hermano así lo han dispuesto, Lìra! Y en las Tierras Altas, la palabra de un Fraser es más que suficiente para garantizar el honor de cualquiera. ¿No estás de acuerdo?

El ambiente entre las jóvenes se volvió denso, una guerra

silenciosa de miradas que dejó claro que la presencia de Ariadna en el castillo no iba a pasar desapercibida para nadie. Al fin Lìra dio media vuelta con gesto altivo y se alejó arrastrando a Emi consigo.

La muchacha por fin pudo soltar el aire que retenía en los pulmones. Margaret, en un tierno gesto de apoyo, acarició el brazo de la joven y le sonrió con dulzura para tranquilizarla, pero Sophia no tardó en inclinar de nuevo la cabeza hacia ella.

—¡Está muerta de celos! —aseguró en un susurro cómplice—. Siempre albergó la firme esperanza de casarse con Calum, y ahora que te ve a ti, te considera una amenaza directa. Ya verás cuando mi padre anuncie vuestro compromiso esta noche; no pienso perderme por nada del mundo la cara que va a poner.

—¡Sophia! —la regañó Margaret, frunciendo el ceño—. ¿No te das cuenta de que tus comentarios no ayudan a que esté tranquila en este lugar? ¡Bastante presión tiene ya!

Ariadna esbozó una pequeña sonrisa agradecida por la complicidad de la menor de los Fraser. Sin embargo, la verdad era que aquello la había dejado muy tensa. En el fondo de su corazón, empezó a desear con fuerzas que la cacería terminara y apareciese Calum; se daba cuenta de que, cuando él estaba cerca, se sentía protegida como para enfrentarse a todo y a todos.

El día avanzó entre el rumor de las conversaciones femeninas y el trabajo incansable, hasta que el eco de los cuernos de caza anunció el regreso de los hombres. El patio de armas se convirtió en un torbellino de vítores cuando Calum y los guerreros cruzaron las puertas de la fortaleza, arrastrando sobre un armazón de madera un jabalí enorme, de pelaje hirsuto y colmillos afilados. Los hombres venían sudorosos, con las botas manchadas de barro y los rostros encendidos por la adrenalina de la persecución.

Calum desmontó con agilidad y entregó las riendas de su caballo

a uno de los muchachos del establo. Al sacudirse el polvo del camino, sus ojos, casi por instinto, buscaron un punto concreto entre la multitud de mujeres. Ariadna estaba allí, sosteniendo aún la cesta de mimbre. Cuando sus miradas se cruzaron, el bullicio del patio pareció desvanecerse para ambos. Fue un instante efímero, pero cargado de electricidad; los ojos oscuros de Calum arrastraban la fatiga de una noche en vela y la intensidad de la caza, mientras que la mirada de Ariadna contenía una mezcla de alivio y muda expectación. Ninguno de los dos sonrió, pero la tensión que los unía se estiró como una cuerda invisible antes de que él tuviera que volverse para atender los vítores de los distintos clanes participantes.

Pronto, los siervos se llevaron la pieza hacia las cocinas exteriores para limpiarla y prepararla. Las inmensas hogueras del patio de armas se encendieron, alzando lenguas de fuego dorado que desafiaban la penumbra del valle y teñían de rojo las viejas murallas de piedra de los MacLaery. El aire se llenó del aroma a carne asada, resina quemada y cerveza de brezo. Calum cumplía con su deber de líder, moviéndose entre los hombres del clan y los jefes de las familias aliadas, compartiendo jarras y planeando los juramentos del día siguiente. Sin embargo, su atención estaba dividida; vigilaba a Ariadna de reajo. Por eso, cuando la vio apartarse del barullo y deslizarse hacia la penumbra del valle, él no tardó en excusarse y seguir sus pasos.

Ariadna se había refugiado en una elevación del terreno, sentada sobre una gran roca que dominaba el valle; desde allí, el ruido del banquete llegaba amortiguado. El crujido de una bota sobre la hierba la obligó a girar la cabeza. Al ver la silueta alta y robusta de Calum recortada contra la luz lejana de las antorchas, el corazón le dio un vuelco. Sintió una calidez súbita que nada tenía que ver con

el clima escocés; una mezcla de timidez tras el beso de la colina y un profundo y reconfortante alivio por tenerlo cerca.

—¿Por qué estás aquí sola? —preguntó Calum, deteniéndose a unos pasos antes de avanzar con cautela—. ¿Te ocurre algo? ¿Has recordado tu pasado?

Ariadna desvió los ojos hacia el firmamento, intentando calmar el ritmo de su respiración.

—No, nada de eso. Me gusta contemplar las estrellas.

Calum esbozó una media sonrisa y se sentó a su lado en la roca, manteniendo una distancia prudencial, aunque lo suficiente cerca como para que ella percibiera su proximidad.

—¿Sola? —inquirió con suavidad.

—Bueno... creo que la soledad ordena los pensamientos —admitió ella, entrelazando los dedos sobre el regazo.

Tras un segundo de duda, Calum le dedicó una mirada de soslayo.

— ¿Prefieres que me vaya?

—No —respondió ella de inmediato, con una firmeza que lo sorprendió—. ¡Quédate conmigo!

El silencio volvió a instalarse entre ellos, pero ya no era incómodo. Calum la observó de perfil con interés. La luz de la luna iluminaba las facciones de la joven, desvelando en sus ojos una sombra de fatiga que lo preocupó.

—Intuyo que te pasa algo más, Ariadna. Sé que no has descansado bien.

Ella bajó la cabeza, dudando entre guardarse sus temores o sincerarse ante el hombre que ponía su mundo del revés. Al final, la necesidad de desahogarse venció a la prudencia.

—Es una pesadilla... —confesó con un hilo de voz—. Últimamente me despierta de madrugada y luego me resulta

imposible volver a conciliar el sueño.

—Entiendo —dijo él, ladeando el cuerpo hacia ella, mostrando una atención absoluta—. ¿Cómo es esa pesadilla?

—Una anciana de rostro borroso me tapa la boca con fuerza... — Ariadna se abrazó a sí misma, recordando el horror del sueño—. Me sujeta para que no grite mientras, a pocos metros, me veo obligada a presenciar cómo alguien muere bajo las llamas, atrapado en la oscuridad. No logro distinguir quién es la persona que se quema, pero me produce una tristeza tan inmensa que me arde el pecho. Tampoco sé quién es esa mujer.

—Quizá sea un fragmento de tu memoria —sugirió Calum con tono grave—, algo real que ocurrió en tu pasado y que tu mente intenta procesar.

—No lo sé, y eso es lo que más me atormenta. Este vacío... me hace sentir como una extraña en mi propio cuerpo. No saber quién soy me debilita.

Un escalofrío violento recorrió el cuerpo de Ariadna. El viento soplaba con fuerza. Al notar su temblor, Calum tomó el pesado *plaid* de lana de su clan y, con delicadeza, lo colocó sobre los hombros de la joven. El tejido aún conservaba el calor corporal del guerrero.

—Gracias —susurró ella, hundiéndose en la prenda, embriagada por su cercanía.

Calum la miró con ternura y clavó la vista en la inmensidad del cielo.

—De pequeño, cuando mi padre me entrenaba para ser el futuro líder, yo tenía muchas pesadillas —recordó con una sonrisa nostálgica—. Despertaba gritando, asustado por las batallas que aún no había librado. Mi madre subía a mi habitación, me envolvía en su manta y siempre me decía lo mismo: «Calum, si alguna vez el mundo se vuelve demasiado oscuro o algo atormenta tu alma, sal y

mira al cielo. Dios ha colgado las estrellas para recordarnos que ninguna noche es eterna. Siéntate, calla el miedo y espera; porque, o bien Él te hablará a través del viento, o bien te llenará el corazón con una paz que los hombres no pueden comprender».

Ariadna sonrió, conmovida por la mística que envolvía la memoria de la madre de Calum. Se giró hacia él, descubriendo una faceta vulnerable en el guerrero que rara vez mostraba al mundo.

—Tu madre es una mujer muy sabia —murmuró ella, buscando sus ojos—. ¡Ojalá pudiera tener un recuerdo así!; algo que me devolviera la paz cuando el mundo se desmorona.

Calum extendió una mano y, venciendo la distancia física que se habían impuesto tras el beso, rozó con suavidad los dedos de Ariadna, que estaban sobre una piedra. Su tacto era firme, una presencia de fuego contra el frío de la noche.

—No necesitas un recuerdo para estar a salvo, Ariadna —dijo él, mirándola con una intensidad que le encendió las mejillas—. Mientras recuperas tu memoria, puedes usar mi fuerza. Deja que mis vivencias te cuiden si las tuyas te fallan. No estás sola en mitad de esto.

Ariadna sintió que las últimas defensas de su corazón se derretían. Despacio, giró la mano para entrelazar sus dedos con los de él, aceptando ese pacto silencioso bajo el firmamento.

—¿Acaso tus recuerdos pueden llenar el vacío de los míos? —preguntó la joven con un hilo de voz.

—No —admitió él, apretando el agarre con delicadeza—, pero harán que no te sientas vacía. Los míos formarán parte de ti hasta que los tuyos decidan regresar.

Ariadna sonrió, reconfortada por la calidez del gesto.

—Está bien. Cuéntame más sobre tu infancia. Tu padre... ¿siempre ha sido tan rígido contigo?

Calum se sorprendió de que ella lo hubiera notado tan rápido. Desvió la mirada hacia las luces lejanas del patio antes de responder.

—Sí. Desde que tuve fuerza para sostener una espada de madera me exigió comportarme como un líder. Se olvidó de que yo solo era un niño que necesitaba aprender a su propio ritmo, no un soldado maduro desde la cuna. Cada error mío era una debilidad para el clan.

A Ariadna se le encogió el corazón al imaginar al pequeño cargando con el peso de un legado tan implacable. Sintió una inmensa ternura hacia el hombre en el que se había convertido a pesar de esa severidad.

—Fue él el que quería que te casases, ¿verdad?

—Así es.

—¿Y por qué tanta prisa si no habías encontrado a la mujer adecuada? —inquirió ella—. ¿Por qué es tan vital este juramento?

—Nuestras tierras están amenazadas —explicó Calum, endureciendo el tono—. Varios clanes rivales se están aliando en secreto con la Corona inglesa para arrebatarnos el territorio a cambio de favores reales. El juramento de mañana es para unir nuestras fuerzas y establecer una muralla que ningún ejército pueda atravesar. Mi padre se ve mayor; sabe que los otros jefes no confiarán plenamente en un líder joven si no demuestra estabilidad, si no está casado ni asegura un heredero.

—¿Un heredero? —Ariadna se tensó, consciente de los límites de su acuerdo—. Pero si nosotros nos casamos... no habrá tal heredero...

Calum sonrió de medio lado, una expresión tranquila y protectora.

—¡No, no lo habrá! Tranquila, nuestro trato sigue en pie. Pero los jefes de los clanes no necesitan saberlo ahora. Lo importante es el

juramento de lealtad de mañana; debemos asegurar la alianza por el bien de todos.

Ariadna desvió un instante la mirada hacia las hogueras antes de volver a clavar sus ojos en los de él, con una pequeña sonrisa jugando en sus labios.

—Lìra cree que te vas a casar con ella —soltó, con un tono en el que se mezclaban la diversión y una sutil punzada de curiosidad.

A Calum le hizo gracia aquella afirmación. Una sonrisa asomó a su rostro, borrando por un momento la rigidez de su perfil de guerrero.

—Intuyo que ya os han presentado.

—Sí, y he de decir que... —Ariadna lo miró de hito en hito, suavizando el gesto— no creo que esa mujer fuera a hacerte feliz, Calum.

—¡Ja, ja, ja! Yo también lo creo —admitió él en un susurro, sin apartar los ojos de ella, fascinado por la franqueza de sus palabras.

—¿Tu padre llegó a hacer albergar al viejo MacLaery alguna esperanza de que os uniríais en matrimonio?

—No de manera formal —explicó Calum, sopesando sus palabras mientras el viento de la noche agitaba sus cabellos—, pero la profunda amistad que une a ambos clanes es antigua. Lo más probable es que ese pacto se hubiese sellado por el bien de las tierras si yo no hubiese aparecido contigo.

—Entiendo... Por eso tengo la firme certeza de que a Lìra no le gusta en absoluto mi presencia aquí. Me mira como si intentara descifrar un enigma.

Calum acortó la mínima distancia que los separaba. El calor que desprendía su cuerpo era el único refugio contra el frío de la noche, y el ambiente entre ambos se volvió denso, envuelto en una intimidad que parecía dejarlos solos en mitad del valle.

—Lìra es muy astuta —advirtió él, bajando la voz—. Seguro que intuye que tu presencia en nuestro castillo no se debe a que seas una protegida. Sabe que hay algo más.

Ambos se miraron en silencio. Calum seguía sin soltar la mano de la joven; sus dedos, curtidos por el acero y las batallas, trazaban caricias lentas y delicadas sobre la piel de Ariadna. Le gustaba ese contacto físico, la textura suave de sus manos y la forma en que encajaban a la perfección con las suyas. Ariadna, por su parte, sentía cada roce como un pequeño chispazo eléctrico que le recorría el brazo. Lejos de apartarse, entrelazó sus dedos con los de él, deseando con todas sus fuerzas que ese momento no terminara nunca y que él jamás retirase su mano.

—Creo que debemos acercarnos —dijo Calum, poniéndose en pie—. El baile está por comenzar y mi padre quiere anunciar nuestro compromiso y la próxima boda. Su plan es que nos casemos en cuanto regresemos al castillo.

Ariadna sintió un vuelco de ansiedad en el estómago.

—Será complicado... y agobiante. ¿Todos los que están aquí asistirán?

—Lo sé, y sí, asistirán todos —interrumpió él, tomándola de la mano de nuevo y dándole un suave apretón para transmitirle seguridad—. Habrá ojos vigilándonos a cada segundo, pero yo estaré junto a ti. No te soltaré.

Sostuvieron la mirada un instante, un lazo invisible estrechándose entre ambos, antes de descender hacia el banquete.

El patio de armas bullía con la música de las gaitas y el calor de las grandes hogueras. Calum, sin soltar la mano de Ariadna, se posicionó al lado de su padre. La joven sintió la mirada de odio de Lìra. Entonces Donald, observando que su hijo ya estaba con la joven, dio un paso al frente sobre la tarima, alzó su pesada jarra de

metal para reclamar la atención de los presentes y, con una voz profunda, acalló el murmullo del patio.

—¡Escuchadme! Hoy, bajo las estrellas de nuestros antepasados y ante la mirada de todos vosotros, me complace anunciar el compromiso formal de mi hijo y heredero Calum con Ariadna. Esta unión fortalecerá nuestra sangre y nuestro destino. Los lazos quedan sellados esta noche, y la boda se celebrará con los ritos que nos corresponden en cuanto regresemos a nuestras tierras. ¡Brindad por el futuro del clan Fraser!

Entre los aplausos y vítores de los guerreros, Sophia buscó el rostro de Lìra. La joven del clan aliado palideció un instante; sus ojos delataron una profunda contrariedad, pues siempre había creído que ella sería la elegida para desposar al futuro líder. Sin embargo, Lìra forzó una sonrisa fingida y alzó su copa, disimulando su orgullo herido con la destreza de quien conoce las normas de la diplomacia entre clanes. MacLaery, seguido del resto de clanes amigos, dio la enhorabuena a Donald y, mientras levantaban sus bebidas, algo distrajo a Calum, se giró despacio y sus ojos chocaron con los de Aidan, a quien no había visto en todo el día, ni en las competencias ni en la cacería. Este lo observaba desde la penumbra de un arco de piedra, con una sonrisa ambigua y cargada de un interés demasiado afilado. Calum no bajó los ojos; al contrario, le sostuvo la mirada con una fijeza amenazante, un aviso silencioso de advertencia que hizo que el ambiente entre los dos hombres se volviera denso y peligroso.

Aidan se aproximó con lentitud, arrastrando los pasos con una parsimonia calculada que buscaba provocar. Se detuvo a escasos centímetros de Calum, quien se había alejado de la muchacha para que no pudiese oír su conversación ni fijarse en él, no quería que ella lo recordara.

—¿Así que te casas? ¿Con la joven forastera... o debería decir la «fugitiva»? —soltó Aidan en un susurro cargado de veneno.

El impacto de sus palabras fue inmediato. La paciencia de Calum, ya al límite por el cansancio y la presencia del hombre, se quebró. Antes de que Aidan pudiera dar un paso atrás, Calum lo agarró por las solapas del jubón con una fuerza brutal, estampándolo contra el pilar de piedra más cercano. El sonido del impacto fue seco. Los dedos de Calum se cerraron en la tela como garras de acero y sus ojos verdes chispearon con una furia ciega, la mandíbula tan apretada que los músculos del cuello se le tensaron como cuerdas.

—¡No vuelvas a hablar así de mi futura esposa! —siseó Calum, con una voz que era un rugido bajo y sordo, directo a su rostro—. ¡Vuelve a insultarla, vuelve a sugerir lo que no debes, y te juro por los huesos de mis antepasados que te degollaré aquí mismo! ¡No me importará el juramento, ni tu clan ni las leyes de hospitalidad! ¿Me has oído?

Aidan alzó las manos en un gesto de aparente rendición, aunque la burla no desapareció del todo de sus ojos, a pesar de que el aire le faltaba en los pulmones por la presión.

—¡Está bien, tranquilo! —consiguió decir, tragando saliva con dificultad—. Baja las manos... Solo constato una realidad. No te enfades conmigo por decir la verdad: sabes que la están buscando, y no tardarán en dar con ella.

Calum lo sostuvo un segundo más contra la piedra, queriendo aplastar su arrogancia, antes de soltarlo de un empujón que hizo tambalear a Aidan. Se enderezó, recuperando una postura imponente, y lo miró desde arriba con absoluto desprecio.

—¡Pues si la buscan, tendrán que pasar primero por encima de mi cadáver! —replicó Calum, con una frialdad cortante—. Y no solo

el mío. Mañana, todos los clanes de estas tierras uniremos nuestras espadas bajo un mismo juramento. Quien venga a por ella tendrá que enfrentarse a un ejército entero. No creo que se atrevan a cruzar nuestras fronteras; pero si lo hacen, te aseguro que no me temblará el pulso para arrancarles la cabeza a ellos... y a cualquiera que les haya servido de confidente.

Aidan se recolocó la ropa, asimilando la advertencia. La mirada de Calum seguía siendo una promesa de muerte que dejó helado el aire entre ambos.

—Hay algo extraño en ella, he cruzado mi mirada con tu prometida y no me ha reconocido.

—¡No te acerques a ella! ¿Me has oído?

Aidan observó cómo el guerrero se marchaba. Al menos sus sospechas eran ciertas, pensó.

Calum se alejó de Aidan. Se aproximó a Ariadna y le tendió la mano con una reverencia formal. El baile había comenzado.

—¿Me concederías este baile, mi prometida? —preguntó, con un brillo tierno en los ojos.

Ariadna aceptó, dejándose guiar hacia el centro del círculo formado alrededor de la gran fogata principal. A su lado, las parejas giraban y avanzaban al compás de la música, pero para ellos dos el ritmo frenético de la música y la danza se transformó en un espacio de absoluta intimidad. Calum la tomó por la cintura con firmeza pero sin brusquedad, adaptando sus pasos de guerrero a la delicadeza de los movimientos de ella.

—Lo estás haciendo muy bien —le susurró al oído, mientras daban un giro que hizo volar la falda del vestido de lana.

—Es fácil si me guías tú —respondió ella, clavando la mirada en el verde intenso de sus ojos, sintiendo que el corazón le latía con fuerza en el pecho.

—Ojalá este viaje no fuera tan peligroso, Ariadna —murmuró él, con una voz ronca que apenas compasaba el murmullo de las gaitas. Con un movimiento sutil pero firme, la atrajo hacia sí, acortando la distancia un poco más de lo que dictaba la danza, hasta que pudo sentir el calor de su respiración—. Ojalá nos hubiéramos conocido en otras circunstancias, lejos de alianzas, de secretos y de guerras entre clanes.

Ella alzó la mirada. El roce de su mano en la cintura y la firmeza de su pecho contra el suyo le dieron una oleada de valentía que nunca creyó poseer.

—No me importa el peligro... si estás cerca —confesó con absoluta honestidad. Al pronunciar aquellas palabras, un leve rubor tiñó sus mejillas, asustada de su propia audacia, pero sosteniéndole el pulso con la mirada—. Con este vacío en mi memoria, el mundo me parece un lugar hostil, pero cuando estoy contigo... el miedo desaparece.

Calum se detuvo a mitad de un paso, rompiendo la inercia del baile. La música siguió sonando a lo lejos, pero para ellos el tiempo se congeló. El guerrero la contempló con una ternura tan profunda que a Ariadna se le cortó el aliento. Él acarició el hombro de la joven, sintiendo la suavidad de la lana y la calidez de su piel.

—Creo que podría enamorarme de ti, Ariadna —susurró él, soltando la confesión como si fuera un secreto sagrado que ya no podía retener en el pecho.

A la joven le dio un vuelco el corazón. El impacto de sus palabras fue tan intenso que sintió una especie de vértigo, una maravillosa incredulidad que la obligó a pestañear, temiendo que todo fuera producto de un hermoso sueño.

—¿Qué... qué has dicho? —preguntó en un hilo de voz, necesitando con desesperación escuchar la certeza de sus labios.

Calum desvió la mirada un milisegundo, arrepentido por haber roto la coraza de su prudencia de líder.

—Perdona, no debí... He sido un insensato al hablar de más en mitad de esta situación. No quería abrumarte...

Sin embargo, Ariadna no lo dejó retirarse. Con un gesto rápido y tierno, subió la mano que tenía libre y la posó con suavidad sobre la mejilla de Calum, obligándolo a volver a mirarla. Sus dedos acariciaron la línea de su mandíbula.

—¡Repíteme lo que has dicho, Calum! Por favor.

El guerrero suspiró, rindiéndose por completo ante la calidez de su tacto. Clavó sus ojos en los de ella con una fijeza que desnudaba su alma, mostrando toda la vulnerabilidad que siempre ocultaba al resto del mundo.

—He dicho que creo que podría enamorarme de ti. Que cada vez que te miro, olvido mis deberes, mi linaje y el pasado. Que solo existes tú. Y creí que no volvería a sentir esto... Creí haberlo olvidado.

Una sonrisa radiante, pura y cristalina iluminó el rostro de Ariadna. La opresión que había sentido durante todo el día en el patio se disolvió por completo, reemplazada por una felicidad que le ensanchó el pecho.

—Creo... —Ariadna sonrió.

—¿De qué ríes...?

—De que yo también creo que podría enamorarme de ti —respondió ella, con los ojos brillando con una intensidad que rivalizaba con la luz del fuego—. De hecho, no me resultaría nada complicado entregarte mi corazón.

Calum alzó una ceja, y una sonrisa ladeada y profundamente cautivadora dibujó sus labios.

—¡¿Ah, no?! —inquirió en un susurro divertido, retándola con la

mirada.

—No —repuso Ariadna, sosteniéndole el pulso con una valentía que le encendió las mejillas—. Porque, a pesar de las sombras y de este vacío, hay algo en ti que me atrajo desde el primer día. Algo que me hace sentir a salvo.

—¿Y se puede saber qué es? —insistió él, dando un paso casi imperceptible que eliminó cualquier rastro de distancia entre sus cuerpos.

Ariadna soltó una pequeña risa y negó con la cabeza.

—No quieras saberlo todo antes de tiempo, escocés.

—¿Antes de tiempo? —repitió Calum, con los ojos fijos en el rostro de la joven, fascinado por su juego.

—Si cuando regresemos y nos casemos sigues creyendo que podrías enamorarte de mí... entonces y solo entonces te lo diré.

Calum sonrió dejando escapar una expresión de absoluto alivio y profunda complicidad. Con delicadeza, tomó la mano de Ariadna y la apretó contra su propio pecho, justo donde su corazón latía con la misma fuerza que el de ella. Entonces, rompiendo el compás de la espera, Calum se inclinó despacio. Ariadna contuvo el aliento cuando sintió la calidez de su respiración rozar su piel antes de que él posara su boca en su mejilla, en un beso lento, pausado y tan cerca de la comisura de sus labios que ella se estremeció por completo, sintiendo un escalofrío recorrerle la espalda. Aunque Calum experimentó un deseo arrollador y una necesidad imperiosa de girar el rostro apenas unos milímetros para besarla de nuevo en la boca con toda la verdad que le colmaba el pecho, se contuvo por puro respeto hacia ella. Sabía que, en ese preciso instante, el anuncio de su padre seguía fresco en el aire y que decenas de miradas curiosas y agudas de los clanes permanecían enfocadas en ellos.

Se separó despacio, regalándole una última mirada, pero antes

de que la distancia se volviera real, Ariadna, movida por un impulso incontrolable, lo rodeó con sus brazos y lo estrechó contra sí. Posó la mejilla sobre su hombro. Hacía apenas unas semanas ese hombre no significaba nada para ella; era un extraño en su mundo. Sin embargo, ahora, a medida que se adentraba en sus silencios y descubría su verdadera esencia, todo había cambiado. Bajo la armadura del guerrero, había hallado a un hombre honesto, lleno de bondad, pero que también cargaba con heridas del pasado que necesitaban sanar. Fue esa mezcla de fuerza y vulnerabilidad lo que terminó por derribar sus defensas, haciéndola comprender, con una certeza que le recorrió el cuerpo, que se estaba enamorando de él.

Al sentir el cuerpo de Ariadna contra el suyo, un fuego abrasador e inesperado se encendió en el interior de Calum. Ese abrazo, desinteresado y tierno, terminó por derribar el último dique de su resistencia; el deseo irrefrenable de fundirse con ella, de reclamar sus labios y de no callar más lo que empezaba a dictar su corazón se volvió una fuerza imposible de contener.

Con esa urgencia latiéndole en las venas, él envolvió la mano de Ariadna con la suya, guiándola con una firmeza suave pero decidida lejos del bullicio de la fiesta. La condujo hacia la linde del bosque cercano, donde el eco de la música y las voces se amortiguaban hasta convertirse en un murmullo lejano. Allí, bajo el palio de las ramas, se detuvieron junto al tronco rugoso de un viejo roble milenario. Con una lentitud deliberada, Calum la ayudó a apoyarse de espaldas contra la corteza, protegiéndola a la vez con su propio cuerpo para aislarla por completo del resto del mundo. El guerrero alzó ambas manos y acunó las mejillas de la joven; la calidez de sus palmas contrastó de inmediato con la brisa fresca de la noche. Sus pulgares acariciaron sus pómulos con una finura insólita en un hombre de armas, mientras sus ojos verdes descendían para

recorrer su boca, delineándola en el silencio. Cediendo por fin al impulso, sus labios buscaron primero su mejilla en un roce trémulo, para luego descender con suavidad por la curva de su cuello. Cada caricia de su boca contra la piel expuesta hacía que Ariadna suspirara de puro deseo, aferrándose a sus hombros mientras el mundo exterior desaparecía. Cuando Calum regresó a su rostro, el beso comenzó como un tanteo sutil, un roce tentativo que buscaba el permiso que los ojos entornados de Ariadna ya le habían concedido. Entonces sus labios se entrelazaron con una entrega absoluta. Al sentir la calidez y la humedad de su boca, un fuego abrasador devoró las últimas reservas de Calum; la atrajo más hacia él, necesitando el calor de su cuerpo para calmar el suyo. Ariadna sintió que el corazón le subía a la garganta. Una ola de calor intenso se extendió por su pecho mientras se aferraba a los brazos de él, dejándose arrastrar por la marea de sensaciones, consciente de que ese beso no era solo un pacto secreto, sino la comunión abierta de dos almas que decidían dejar atrás el pasado para sanar juntas.

Cuando se separaron apenas unos milímetros, jadeantes, la respiración de ambos se mezclaba en el aire de la noche, sellando una promesa que ya no necesitaba palabras. Calum supo en ese instante que tenía que detenerse. Aquel encuentro le había demostrado que la joven que sostenía entre sus brazos significaba mucho más de lo que jamás se atrevió a imaginar; su inocencia, su bondad y su autenticidad habían desarmado por completo su armadura de líder. La miró con una ternura infinita y sonrió. Deslizó su mano para entrelazar sus dedos con los de ella y elevó el dorso de su mano para depositar un beso suave en sus nudillos.

—Deberíamos irnos... —dijo, con la voz ligeramente ronca.

—¿Ya...? —murmuró Ariadna con los ojos brillantes, deseando en secreto que él la siguiera besando.

Calum sonrió ante la adorable inocencia de su respuesta, aunque el esfuerzo por contenerse le tensó la mandíbula.

—¡Sí, ya! Si vuelvo a besarte ahora... me será imposible dejarte ir esta noche... —dijo mientras acariciaba su mejilla.

Ariadna lo observó en silencio, con una mezcla de ingenuidad y timidez, asimilando el peso de sus palabras. Calum, sin embargo, era muy consciente del deseo latente que sus besos habían encendido en ambos; sabía que prolongar su estancia en la intimidad de aquel refugio sería una imprudencia. El eco de sus propios impulsos le advertía que estaba al límite de sus fuerzas y que contener el anhelo de unirse con ella requería de toda la disciplina que poseía como guerrero. Por respeto a ella y a la delicada situación que los rodeaba, debía ser el ancla que los devolviera a la realidad antes de que la pasión borrara cualquier rastro de cordura.

Capítulo 18

El rumor constante y amortiguado del agua fluyendo contra las rocas era el escondite perfecto. Aidan Crowley aguardaba de pie junto a la linde del río, oculto entre los árboles. Se había alejado lo suficiente de las antorchas y del bullicio del banquete para asegurarse de que nadie pudiera verlos. El frío de la noche calaba los huesos, pero a él solo le importaba la ambición.

A los pocos minutos, el crujido sutil de unas ramas anunció su llegada. Una silueta femenina, embozada en una capa oscura, emergió de la penumbra con paso apresurado. No hubo necesidad de palabras de saludo; en cuanto estuvieron a un palmo de distancia, ambos se buscaron en un beso ardiente, cargado de una complicidad tan apasionada como retorcida. Al separarse, Aidan no la soltó. Con dedos hábiles, le tomó la mano derecha, fijando su atención en la alianza de plata que ella lucía, coronada por un brillante azabache escocés que centelleaba bajo la pálida luz de la luna. Sostuvo esa mano con firmeza, acariciando el metal con el pulgar.

—Estabas en lo cierto, Aidan. Tenías toda la razón —susurró ella, con una sonrisa de triunfo oculta en la penumbra.

—Siempre lo estoy, querida —replicó Crowley con una sonrisa

ladeada, arrastrando las palabras con su habitual tono de suficiencia —. Te lo dije. Por fin la suerte juega a nuestro favor. Muy pronto podremos huir de aquí con los bolsillos llenos, y de paso acabaremos de una vez por todas con Calum Fraser y la arrogancia de su clan.

La mujer entornó los ojos, asimilando las implicaciones de sus palabras. El odio hacia los Fraser vibraba en su voz.

—¿Cuándo partirás? —inquirió, aferrándose al jubón de Aidan.

—Mañana mismo, justo después de que se selle el maldito juramento de lealtad. Hilton me aguarda en el límite del valle y no es hombre al que le guste esperar. Tiene poca paciencia.

—¿Cuál es el plan exacto entonces? No podemos cometer errores ahora que Donald Fraser ha anunciado esa estúpida boda —dijo ella, con una mezcla de impaciencia y frialdad calculada.

Aidan soltó una risa queda, un sonido sordo que se camufló con el discurrir del agua.

—Esperaremos a que se celebre la boda. Dejaremos que Calum crea que ha ganado, que está a salvo y que tiene una esposa que proteger. Será entonces, cuando bajen la guardia en mitad de las celebraciones, que llevaremos a cabo el ataque definitivo, guiados por las tropas de Hilton.

La mujer asintió despacio, sopesando cada movimiento. Sin embargo, una duda pareció asaltarla.

—¿Y qué hay del arzobispo de York? —preguntó en un susurro afilado—. Ella es su pieza más valiosa...

—Hilton se encargará de despachar un mensajero directo a York para avisar al arzobispo de que la fugitiva ha sido localizada en territorio Fraser —la interrumpió Aidan, apretando su mano con una codicia desbordante—. Eso avivará el fuego. El inglés enviará a sus hombres a reclamarla, y mientras los Fraser se desangran defendiendo a la mujer, nosotros cobraremos nuestra recompensa y

desapareceremos hacia la frontera. Nos espera una vida nueva lejos de estas tierras.

La perspectiva del oro y de la caída de Calum encendió una chispa de adoración en los ojos de la dama. Se inclinó hacia él y volvieron a besarse, sellando un pacto de sangre y traición con una frialdad absoluta.

Al romper el contacto, ella se recolocó la capucha para ocultar sus facciones y, sin mirar atrás, se escabulló con rapidez por un sendero oculto que ascendía hacia la parte trasera del castillo. Aidan se quedó estático unos minutos más en la orilla, escuchando el río. En su rostro se dibujaba una expresión de triunfo; ya saboreaba la victoria y el declive del heredero de los Fraser. Satisfecho, se dio la vuelta y se dirigió hacia la fortaleza por un camino opuesto, asegurándose de que nadie pudiera asociar sus pasos con los de su cómplice.

Capítulo 19

Ariadna amaneció con una sonrisa que todavía le dibujaba los labios, un reflejo dulce de la noche anterior que se desvaneció de golpe cuando la pesada puerta de madera se abrió de par en par. Sophia irrumpió en la habitación sin llamar, exhalando un torbellino de energía matutina. Se detuvo en seco al observar a la joven; la vio reluciente, con los ojos abiertos y un brillo inusual en la mirada.

—¿Dónde te metiste anoche? —preguntó Sophia, cruzándose de brazos con una ceja alzada—. Desapareciste de la fiesta y, curiosamente, tampoco volví a ver a mi hermano por ningún lado.

Ariadna sintió cómo un calor súbito le encendía las mejillas y se ruborizó por completo, desviando la mirada hacia las sábanas.

—Estaba... cansada. El bullicio me abrumó un poco y decidí retirarme a respirar aire fresco —improvisó, intentando sonar convincente.

Sophia la examinó con una sonrisa pícara, sabiendo que no le estaba diciendo toda la verdad, pero decidió darle tregua. Su mirada descendió por la camisola de Ariadna y sus ojos se abrieron con sorpresa.

—¿iTodavía no te has vestido!? —exclamó, tomándola de las manos para hacerla levantar—. En breve tendrá lugar el juramento

en el gran salón.

Ariadna se vistió con rapidez. Sophia, con manos hábiles y veloces, la sentó frente al espejo para peinar su largo cabello, entrelazando los mechones en una elaborada trenza que caía con elegancia sobre su espalda, despejándole el rostro.

Juntas bajaron las escaleras de piedra hacia el gran salón, un espacio imponente de techos altos sostenidos por vigas de roble ennegrecidas por el humo. Las paredes de piedra desnuda estaban engalanadas con los estandartes de los clanes aliados, y el ambiente estaba cargado de solemnidad. Decenas de hombres corpulentos, ataviados con sus respectivos tartanes, murmuraban en corrillos, haciendo resonar sus pesadas espadas y dagas al moverse.

Al entrar en la sala, el tumulto pareció desvanecerse para Calum. Sus ojos verdes cruzaron el salón y se fijaron en Ariadna. Al verla tan hermosa y serena, el guerrero sintió un vuelco violento en el corazón; la verdad era que no había pegado ojo en toda la noche, dando vueltas en su jergón mientras el recuerdo de sus labios en el bosque le quemaba la memoria. A su lado, Fergus notó la fijeza de su mirada y le dio un codazo amistoso en las costillas.

—¡Ahora no me negarás que esa joven te ha robado el corazón, amigo! —susurró Fergus con una sonrisa cómplice.

Calum apartó los ojos a duras penas, tragando saliva.

—Creo que... podría enamorarme de ella —admitió en un murmullo cargado de honestidad.

—¿«Creo»? —Ewan, que estaba a solo un paso y escuchaba la conversación, soltó una risa ahogada en silencio, divirtiéndose a costa de su líder—. Yo creo que ya estás perdido por ella, Calum. Deja de luchar contra lo evidente.

La expresión del heredero se ensombreció y bajó la voz, compartiendo el peso que le oprimía el pecho.

—Pienso que si me enamoro de ella... de alguna manera traiciono la memoria de Màiri.

Fergus adoptó un semblante serio y le posó una mano firme en el hombro, obligándolo a escucharlo con atención.

—Màiri te amaba, Calum, y ella hubiera querido que fueses feliz hace mucho tiempo. Siempre tendrá un lugar sagrado en tu memoria, pero tú sigues vivo. No puedes enterrarte en vida con los que ya no están. Es hora de dejar a tu corazón libre; libre para que vuelva a amar, a sentir y a latir por alguien más.

—¡Te lo mereces! —intervino Ewan con voz suave pero firme—. Ya has sufrido bastante por las guerras y las pérdidas. El pasado no va a cambiar, pero el futuro está ahí. Ahora es el momento de que seas feliz, ya te toca.

Calum asintió despacio, sintiendo cómo las palabras de sus hombres más leales aliviaban un rastro de la culpa que lo atormentaba.

Al otro lado del salón, Sophia se abrió paso entre la multitud para colocarse al lado de su madre. Margaret les dedicó una sonrisa cálida a ambas, transmitiéndoles serenidad en medio de la expectación general. Justo en ese momento, Ariadna notó una presencia sutil a su lado. Al girarse, se encontró con Emi. La joven le infundía una profunda lástima; a pesar de ser la hermana de Lìra, Ariadna intuía que la altiva escocesa no la trataba con ningún respeto, relegándola siempre a su sombra.

Emi le ofreció una sonrisa tímida y un tanto avergonzada.

—Quería pedirte disculpas por el comportamiento que tuvo ayer mi hermana —dijo en voz baja, asegurándose de que nadie la oyera—. No estuvo bien lo que hizo.

—No te preocupes, Emi. De verdad, no me debes ninguna disculpa —respondió Ariadna con dulzura, intentando reconfortarla.

—Ella... reaccionó de esa manera tan amarga porque en el fondo siempre pensó que, por alianza y linaje, Calum se casaría con ella. Le cuesta aceptar que el destino ha tomado otro rumbo —explicó la joven mirando de reojo hacia donde estaba su familia—. Pero yo me alegro por vosotros. Me encantará acudir a vuestra boda si me lo permites.

Ariadna sonrió conmovida por su sinceridad.

—¡Será un honor tenerte allí! Muchas gracias, Emi.

La joven le devolvió la sonrisa y, con paso rápido, se alejó para situarse de nuevo junto a Lira. Ariadna la vio marchar con una punzada de pena; su hermana permanecía rígida como una estatua de hielo, con los brazos cruzados y clavando una mirada fría y cargada de resentimiento directo sobre ella.

La inglesa no podía dejar de fijarse en Calum. Recordaba sus besos, su mirada fija en la suya; sí, pensó, ella sanaría sus heridas. Sabía que él, al acercarse a Ariadna, había abierto un poco su corazón, lastimado y dañado por un pasado lleno de sufrimientos que aún no lograba perdonarse. Ella lo curaría con paciencia y amor, porque deseaba entregarle toda su alma al hombre que había descubierto debajo de aquella coraza de dureza y frialdad. Desde el primer momento en la playa, supo que él era mucho más que la armadura que se empeñaba en mostrar al mundo; debajo existía un hombre de gran bondad y de corazón puro, necesitado de afecto y redención.

Calum tampoco podía apartar los ojos de ella. Ariadna era su paz. Le sonrió desde la distancia que los separaba, anhelando que supiera que no salía de sus pensamientos y que solo ella era capaz de ocupar un corazón que él mismo se había empeñado en cerrar a cualquier mujer. Se deshizo por completo cuando la joven le devolvió la sonrisa; fue como un pacto silencioso, una promesa de volver a

amar. Sentía que, aunque los distanciaban unos metros, estaba a solas con ella. Podía escuchar los fuertes latidos de su propio pecho, centrados en su figura. ¿Cómo había podido estar tan ciego? Dios le estaba ofreciendo una segunda oportunidad para sanar, para volver a amar y ser amado. Él inclinó la cabeza a modo de reverencia hacia la única mujer que sus ojos veían en aquel lugar, un gesto que Ariadna le devolvió con ternura.

De pronto, el golpe seco de un bastón de madera contra el suelo de piedra hizo que el silencio se apoderara del gran salón, obligando a Calum a centrar su atención en lo que iba a acontecer. El jefe del clan anfitrión, el viudo Rodolf MacLaery, dio un paso al frente hacia la mesa principal, donde descansaban una pesada Biblia tallada y varios cuencos de plata pulida llenos de agua de manantial. El ritual del juramento comenzó con toda su antigua solemnidad. Uno a uno, los líderes de las familias y clanes aliados fueron pasando al frente. El proceso requería que cada jefe desenvainara su *dirk* y posara la hoja afilada sobre las Sagradas Escrituras, uniendo así la ley de los hombres con el juicio divino.

—Por la sangre de mis ancestros, por la tierra que nos da el sustento y por el honor de mi nombre, juro lealtad eterna a esta alianza —declaró el primer laird, alzando su copa de plata antes de beber un sorbo para sellar el pacto, siendo imitado por el resto de los presentes con un rugido unísono de aprobación.

Mientras los hombres se sucedían en el estrado, el ambiente se volvía más denso. En medio de la ceremonia, las miradas de los protagonistas se cruzaron en un triángulo silencioso y tenso: Aidan observaba el proceso con la mandíbula apretada, Calum mantenía su porte firme de líder indiscutible, y Lìra, desde un rincón, contemplaba a Calum tejiendo sus propios pensamientos mientras el destino de las Tierras Altas se firmaba con sangre, acero y promesas

ante Dios.

Calum esperaba a que Aidan hiciera el juramento. Cuando llegó su turno, este avanzó con paso firme, aunque a Fraser no se le escapó la rigidez de sus hombros. Crowley desenvainó su daga y la colocó sobre la Biblia, mirando a los líderes reunidos.

—Ante Dios y ante los clanes aquí reunidos —pronunció el capitán del clan Crowley con voz clara y solemne—, juro fidelidad inquebrantable a esta alianza. Prometo defender nuestras fronteras, proteger a vuestras familias como si fueran la mía y alzar mi espada contra cualquier enemigo común. ¡Mi acero será vuestro escudo!

Los vítores resonaron en las paredes de piedra, pero Calum no se unió a los aplausos. Sabía que mentía; los ojos de Aidan destilaban una falsedad que encendía todas sus alarmas. No se fiaba de él.

De inmediato, fue el turno de Calum. Se plantó ante la mesa con la autoridad que le correspondía por derecho y, apoyando su hoja sobre el libro sagrado, declaró:

—Por el honor de mi clan y la memoria de quienes cayeron, sello este pacto. Mi lealtad no se quiebra ni ante la espada ni ante la traición. ¡Quien defienda esta tierra será mi hermano; quien la venda, conocerá mi justicia!

Mientras pronunciaba estas palabras con voz atronadora, Calum mantuvo la vista periférica alerta. Fue entonces cuando lo vio: Aidan se escabullía con disimulo por la columnata lateral de la sala, aprovechando el barullo y la atención fija en el juramento, y cruzaba el umbral hacia el exterior.

Sin dudarle un segundo, Calum dio por terminado su protocolo y se deslizó entre la multitud. Se marchó sin ser visto, aprovechando las sombras de los tapices y las columnas; nadie se percató de su ausencia. Salió de la sala principal al corredor desierto. Al principio

no vio a nadie, pero su agudizado instinto de guerrero le hizo detenerse al escuchar un crujido en la escalinata que descendía hacia los almacenes de alimentos. Era una escalera estrecha, de piedra húmeda y fría. Al bajar, descubrió que desembocaba en un pasadizo oculto cuya existencia desconocía por completo.

Guiado por el eco de unos pasos apresurados, avanzó en penumbra hasta que una claridad al fondo le indicó la salida: un túnel que daba justo a la orilla del río. Un punto ciego ideal para escapar, pensó Calum con rabia.

Al salir a la superficie, la escena confirmó sus peores sospechas. Allí había un caballo ensillado, y Aidan se disponía a montar. Sin embargo, no estaba solo; junto a él se encontraba una dama cuyo rostro permanecía oculto bajo la densa capucha de una capa. Calum avanzó a grandes zancadas hacia ellos, con la certeza absoluta de que aquella huida era la prueba irrefutable de una traición.

—¡Aidan! —rugió.

Aidan se giró con brusquedad y lo observó con los ojos inyectados en rabia. La mujer, presa del pánico, se tensó pero no se dio la vuelta. «¿Quién es ella?», se preguntó Calum, alarmado.

—¿Te vas? ¿Así es como juras lealtad? ¿Quién es esa mujer? —espetó Fraser.

Con movimientos rápidos, Calum estiró el brazo y atrapó la mano de la mujer para obligarla a girarse y revelar su identidad. Al verse acorralado, Aidan lanzó un golpe certero a la cara de Calum para impedir que viera el rostro de su acompañante. El impacto hizo que Calum tambaleara, momento que la dama aprovechó para soltarse del agarre y echar a correr. Sin embargo, justo antes de que se desprendiera por completo, la luz de la tarde arrancó un destello de sus dedos: Calum llegó a ver con total nitidez que llevaba una alianza de plata incrustada con un azabache.

Aidan no le dio tiempo a pensar, se abalanzó sobre él y ambos se enzarzaron en una feroz lucha a puñetazos. El barro de la orilla del río se mezcló con la furia del combate. Tras un violento intercambio, Aidan logró asestar un golpe definitivo que derribó a Calum al suelo. Esos breves segundos de ventaja fueron suficientes para que Crowley montara de un salto en su caballo, espoleara al animal y huyera a galope tendido.

—¡Maldito seas! —gritó Calum, reincorporándose con dificultad mientras se limpiaba la sangre del labio.

Se giró con rapidez buscando a la mujer, pero ya no había rastro de ella; se había esfumado entre la maleza. Sin perder tiempo, Calum regresó corriendo por el mismo camino de vuelta, subió las escaleras de piedra y entró con disimulo en la gran sala del juramento. El banquete continuaba y nadie, a excepción de Ariadna, pareció notar su ausencia. Ella lo observaba desde su sitio con una mezcla de preocupación e interrogación en la mirada. Calum, exhausto y con el corazón desbocado, no le devolvió la sonrisa; sus ojos recorrían la sala de un lado a otro, buscando la ausencia de alguna de las damas presentes. Para su desconcierto, no faltaba ninguna; todas las mujeres del castillo estaban allí, charlando o contemplando la celebración. El misterio le heló la sangre: ¿quién demonios era la mujer del azabache?, pensó.

Calum estaba tan absorto en sus pensamientos que no se percató de que Ariadna se había acercado hasta ponerse a su lado. Lo miraba con el rostro contraído por la preocupación.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó ella en un susurro, alzando la mano hacia él—. Tienes sangre en el labio.

Él reaccionó al instante; se llevó los dedos a la boca y se limpió el rastro de la pelea con disimulo, intentando restarle gravedad al asunto.

—No es nada, no tiene importancia —respondió, dedicándole una sonrisa forzada que no llegaba a ocultar la tensión de su mirada.

Acto seguido, tomó la mano de la joven entre las suyas, envolviéndola con calidez. Lo último que deseaba en ese momento era que ella se preocupara.

Capítulo 20

—*Clavis caeli, porta inferni*—repetía la fúnebre voz en eco.

En medio de la penumbra, Ariadna apretaba el colgante de media luna entre sus manos cuando, de repente, este comenzó a teñirse de sangre. Horrorizada, lo arrojó al suelo, pero una voz profunda y fantasmal resonó en la oscuridad: «Busca la Roca del Arrepentimiento en el Lago de las Sombras. Es un lugar donde el agua es negra como el cristal y el brezo nace tan blanco como la nieve. Ese colgante abre la puerta al Trono de las Sombras, y el arzobispo de York lo codicia para arrodillar al mundo ante él. Debes llevarlo a la grieta donde nace el fuego de la tierra y dejar que las llamas lo devoren. Solo así serás libre».

Ariadna se despertó con brusquedad, con la respiración agitada y un sudor frío empapándole la piel. No había sido una pesadilla cualquiera; la nitidez de las palabras y la opresión en el pecho le advertían que aquello encerraba una verdad oculta. «Esto no ha sido solo un sueño», pensó, con el corazón desbocado. Tenía que averiguar el significado de esas visiones y el auténtico origen de la media luna que colgaba de su cuello. Movida por un impulso

protector, llevó la mano hacia el amuleto y lo ocultó bajo la tela de su camisón. De pronto, un sonido nítido interrumpió sus temores: la risa franca de Calum resonaba en el patio de armas, filtrándose por la ventana de la habitación. Quedaban apenas unos días para la boda. Tras el tenso día del juramento, Calum había partido con rapidez y en absoluto silencio junto a Fergus y Ewan. Ni Sophia ni sus padres habían querido revelarle el destino de aquella marcha, envolviendo su ausencia en un halo de misterio que la había mantenido en vilo, recordando la extraña y distante actitud que él había mostrado en el gran salón.

Al escuchar de nuevo su voz, el corazón de Ariadna dio un vuelco. Lo había echado muchísimo de menos. A pesar de que Sophia y Margaret no la habían dejado sola ni un instante —entreteniendo las horas con las visitas de la costurera, que daba los últimos retoques al vestido de novia—, la ausencia de Calum había dejado un vacío enorme. Pero, por fin, estaba de vuelta.

Se levantó de la cama y se asomó a la ventana. Una sonrisa radiante dibujó su rostro al verlo allí abajo. Calum se encontraba en el centro del patio, desprovisto de la pesada armadura, vistiendo solo una camisa de lino ligero y el *kilt* de su clan. Blandía su pesada espada con una agilidad asombrosa, bloqueando los golpes de entrenamiento de sus hombres, corrigiendo sus posturas entre bromas y risas de sus camaradas. Verlo en su elemento, despojado de la rigidez señorial y mostrando esa faceta cálida y enérgica con sus guerreros, fascinaba a Ariadna. Entonces, movido por una fuerza inexplicable, como si pudiera sentir el peso de su mirada, Calum interrumpió un mandoble y dirigió los ojos directamente hacia la ventana del piso superior. Sus ojos se encontraron en el aire. Calum sintió que el cansancio de los últimos días se evaporaba al verla. Habían sido jornadas duras. El viaje junto a sus dos hombres de

confianza para dar caza al traidor de Aidan había resultado infructuoso; no quedaba ni un solo rastro de él en los senderos colindantes. Al regresar, su padre se había mostrado muy preocupado cuando Calum le confesó la escena del pasadizo y la misteriosa alianza de azabache, pero a la fugitiva parecía habérsela tragado la tierra.

Sin embargo, durante todo ese tiempo de cabalgatas bajo la lluvia y vigiliadas frustradas, en su mente solo había habitado ella. Deseaba con desespero volver a abrazarla, estrecharla contra su pecho y besar su boca. Ansiaba verse reflejado en la pureza de sus ojos, acariciar la suavidad de su mejilla y contemplar el tierno rubor que la timidez de su inocencia pintaba en su rostro. La había echado mucho de menos. ¿Era aquello amor? Sí. Ya no tenía sentido seguir negándolo ni escudándose en su vieja coraza: estaba enamorado de la mujer que había irrumpido en su vida para cambiarla para siempre.

Sin apartar los ojos de los de Ariadna, Calum esbozó una sonrisa auténtica, alzó la mano y le hizo un claro gesto con los dedos, invitándola a bajar para reunirse con él.

Ariadna no se demoró ni un segundo. Se aseó y se vistió a toda prisa, dejando su cabello libre y sin recoger. Bajó las escaleras del castillo casi corriendo hasta pisar las piedras del patio de armas. Al verla aparecer, Calum se quedó sin aliento: lucía hermosa, con una belleza salvaje y natural; su melena azabache y rizada caía en cascada por su espalda, mientras la brisa mecía con suavidad algunos mechones sobre su rostro. Incapaz de reprimir las ganas acumuladas de tenerla cerca, Calum acortó la distancia que los separaba. Ariadna lo esperaba algo tímida, consciente de las miradas atentas de Fergus y Ewan. Los dos guerreros sonreían de medio lado, conmovidos al ver de regreso al amigo entrañable que creían

haber perdido para siempre en aquella trágica noche de tormenta del pasado. Sin importarle el público, Calum la rodeó con sus fuertes brazos, la alzó en vilo y dio una vuelta en el aire con ella pegada a su pecho.

—¡Calum! —exclamó Ariadna, soltando una risotada entre la sorpresa y la alegría.

Pero él no le dio tiempo a hablar, ni siquiera a reaccionar. La besó con la desesperación de quien ha invocado esos labios en mitad de mil noches de insomnio. Cuando por fin la devolvió al suelo, acarició su mejilla con el pulgar sin apartar la mirada de sus ojos. Acto seguido, entrelazó sus dedos con los de ella y la guio con paso firme hacia su caballo. Con un movimiento ágil la ayudó a subir a la montura.

—¿Adónde me llevas? —preguntó ella, aferrándose a las crines del animal, con el corazón acelerado.

—¡Ya lo verás! —respondió él con un guiño cómplice.

De un salto limpio, Calum se montó tras ella, rodeó su cintura con firmeza para tomar las riendas y espoleó al caballo, lanzándose de inmediato a un galope tendido que los alejó del castillo.

Fergus y Ewan se miraron, riendo con franca felicidad por ver a su líder recuperar la alegría. En ese momento, Sophia asomó la cabeza por el portón, atraída por el alboroto y las carcajadas.

—¿Qué ha pasado? ¿Y mi hermano? —preguntó, mirando el rastro de polvo que dejaba el caballo a lo lejos.

—Bueno..., se acaba de ir —contestó Ewan, cruzándose de brazos con una sonrisa misteriosa.

—¿Adónde?

—Esa pregunta todavía no te la puedo responder, jovencita —replicó Ewan con tono burlón.

Sophia se llevó las manos a las caderas, ofendida.

—¡Ya no soy una niña!

—¡Oh, claro que lo eres! —se mofó Fergus, soltando una carcajada mientras le daba una palmada afectuosa en el hombro.

El eco de los cascos se fue apagando a medida que se adentraban en el sendero oculto. Ariadna sentía el calor de su pecho en la espalda y la seguridad de sus brazos rodeándola para sostener las riendas. El aire fresco de la mañana traía consigo el aroma dulce de los pinos silvestres y el rocío impregnado en la tierra húmeda, anunciando que se aproximaban a un lugar apartado del resto del mundo. Los árboles se abrieron para revelar el secreto mejor guardado de Calum. El refugio era un rincón de una belleza suspendida en el tiempo. Se trataba de un pequeño claro al borde de un acantilado bajo, desde donde se dominaba un valle sereno bañado por los primeros rayos del sol, que disipaban la bruma matutina con destellos dorados. En el centro, una vieja estructura de piedra, medio cubierta por hiedra trepadora, se integraba con la naturaleza. Este había sido su santuario durante años; el sitio donde se escondía cuando el peso de la soledad y de la tristeza se volvía insoportable. Pero esa mañana, el velo de melancolía que siempre envolvía el lugar parecía disiparse al recibir, por primera vez, una presencia compartida.

Al llegar al centro del claro, Calum detuvo al caballo. Con un movimiento ágil y seguro, bajó de un salto, pisando el suelo firme con ligereza. De inmediato, se giró hacia Ariadna. Alzó los brazos y, tomándola con firmeza y cuidado por la cintura, la ayudó a descender del animal.

En lugar de bajarla de inmediato, Calum la mantuvo un instante

suspendida en el aire, sosteniendo todo su peso con una facilidad pasmosa. En esa acción, el tiempo pareció detenerse. Ariadna, que había quedado a la altura de sus ojos bajo la límpida luz del amanecer, pudo ver la inmensidad de lo que significaba para él mostrarle aquel espacio.

Él se inclinó hacia ella y la besó, una caricia lenta y contenida que parecía nacida del miedo a romper aquel instante perfecto. Lo hizo con una suavidad infinita, como si al tocarla intentara proteger cada herida invisible que la vida había dejado en ella. Fue un roce pausado, cálido, cargado de una necesidad silenciosa de asegurarse que estaba allí, que jamás permitiría que volviera a sentirse sola. Poco a poco, el beso se profundizó, la delicadeza inicial dio paso a una intensidad serena, íntima, sin perder nunca aquella ternura devastadora que hacía que todo alrededor desapareciera. Sus labios comenzaron a encontrarse con una devoción lenta, casi reverente, como si el tiempo hubiera dejado de existir para ellos dos. Calum la sostenía firmemente de la cintura, manteniéndola suspendida contra su pecho con un cuidado absoluto, como si entre sus brazos tuviera algo demasiado valioso para romperse. Sus dedos se aferraban a ella con una mezcla hermosa de amor y necesidad contenida, mientras inclinaba apenas el rostro para besarla nuevamente, más despacio esta vez, saboreando cada respiración compartida. Había años enteros de soledad escondidos en aquel beso. Noches vacías. Silencios interminables. Tristeza acumulada detrás de miradas frías y palabras nunca pronunciadas. Y aun así, mientras sucedía, todo aquello parecía desmoronarse con lentitud, porque Calum la besaba como quien, después de haberse perdido demasiado tiempo, encuentra por fin un lugar al que pertenecer. El ritmo entre sus labios permaneció lento y profundo, lleno de pequeñas pausas en las que sus respiraciones se mezclaban antes de volver a encontrarse

una y otra vez. No hacían falta palabras. Aquel beso hablaba por ellos: del miedo, del alivio, del amor creciente que comenzaba a envolverlos y de la promesa silenciosa de quedarse.

Él se detuvo durante unos segundos, conteniendo la respiración mientras el anhelo de mantener para siempre entre sus brazos a la mujer que tenía frente a él le oprimía el pecho con una intensidad insoportable. La miró despacio, como si quisiera memorizar cada pequeño gesto de su rostro antes de perderse por completo en ella. Entonces alzó una mano y, con una delicadeza casi reverente, acarició sus labios con la yema de los dedos, rozándolos apenas. El suave suspiro que escapó de Ariadna fue suficiente para quebrar la poca distancia que aún existía entre ambos. Aquel sonido lo atravesó por completo, llenándolo de un deseo profundo, cálido y desesperadamente tierno. Ariadna se aferró a su cuello con lentitud, aproximándose más a él, como si necesitara sentirlo cerca para recordar que aquello era real. Sus dedos se hundieron entre el cabello de Calum mientras lo miraba con un anhelo imposible de ocultar, respondiendo al beso con la misma necesidad contenida con la que él la sostenía. Calum la dejó suavemente sobre el suelo, aunque le costó apartarla de su cuerpo. Le dedicó una sonrisa baja, cargada de una ternura peligrosa, mientras intentaba contener el incendio que ardía dentro de él. Sabía que si seguía besándola de aquella manera terminaría perdiéndose por completo en ella.

Tomó una mano entre las suyas y entrelazó poco a poco sus dedos antes de conducirla hacia una pequeña explanada al borde del acantilado. Desde allí las Highlands parecían infinitas: el lago oscuro brillaba bajo la luz moribunda del atardecer y el viento agitaba la hierba alta como si la montaña respirara alrededor de ellos.

Calum se sentó detrás de Ariadna y la rodeó con sus brazos, atrayéndola contra su pecho. Con una delicadeza infinita apartó el

cabello que caía sobre su hombro y dejó al descubierto la curva desnuda de su cuello. Entonces la besó. Primero fue apenas un roce tibio de sus labios sobre su piel, lento, casi contenido. Pero cuando sintió cómo Ariadna se estremecía entre sus brazos, algo dentro de él cedió. Sus besos descendieron despacio por su cuello, suaves y profundos, dejando pequeñas caricias húmedas que parecían grabar cada centímetro de ella en su memoria. Calum besaba su piel como si fuese algo sagrado, demorándose en cada roce, respirando contra ella mientras sus labios se movían con una devoción que hizo que un escalofrío recorriera el cuerpo de Ariadna.

El suspiro que escapó de sus labios fue inevitable.

—Es precioso este lugar... —murmuró ella con la respiración temblorosa, incapaz de contener otro estremecimiento cuando volvió a sentir los labios de Calum sobre su cuello.

Él sonrió contra su piel antes de besarla una vez más.

—Es mi rincón secreto. Ahora solo tú lo conoces.

Ariadna giró apenas el rostro para mirarlo.

—¿Nadie sabía de este lugar antes?

Calum negó con lentitud.

—No. Aquí me refugié durante años... después de perder a Màiri. Era el único sitio donde podía respirar sin sentir que el mundo se me venía encima. —Sus brazos la rodearon un poco más fuerte—. Pero hoy quiero que deje de ser un refugio para la tristeza. Quiero que sea nuestro rincón secreto.

Ariadna guardó silencio unos segundos. Había algo atrapado en su pecho desde hacía tiempo, una pregunta que temía pronunciar porque no sabía si soportaría la respuesta.

—Calum... —susurró al fin.

Él percibió la duda en su voz. Dejó de besar su cuello y apoyó la barbilla sobre su hombro mientras la observaba con calma.

—¿Qué quieres preguntarme?

Ariadna bajó la mirada.

—Perdóname si te molesta..., pero necesito saberlo. —Tomó aire antes de continuar—. ¿Tu corazón sigue perteneciendo a Màiri?

Durante un instante solo se escuchó el viento golpeando con suavidad el acantilado, entonces Calum sonrió, no con tristeza, sino con una serenidad cálida y absoluta. Giró a Ariadna poco a poco entre sus brazos para poder mirarla de frente y acarició su mejilla con infinita ternura.

—Mi corazón nunca dejará de guardar a Màiri como una parte importante de mi vida —dijo en voz baja—. La amé y siempre recordaré lo que significó para mí. Pero ese amor pertenece al pasado, a una parte de mi vida que terminó con ella.

Sus dedos descendieron despacio hasta entrelazarse con los de Ariadna.

—Lo que siento por ti es diferente. Está vivo. Late dentro de mí de una forma que jamás creí volver a sentir. Tú no ocupas el lugar de nadie porque nadie podría reemplazarte. No eres una sombra ni un recuerdo al que aferrarme. Eres la mujer que amo ahora... la mujer a la que amo hasta el punto de no imaginar mi vida sin ella.

Los ojos de Ariadna comenzaron a humedecerse y Calum apoyó su frente contra la de ella.

—Durante mucho tiempo confundí mi culpa con amor eterno —continuó él con la voz quebrándose apenas—. Creía que abrir mi corazón de nuevo era traicionarla. Me culpaba por no haber podido salvarla y convertí ese dolor en una prisión. Pensaba que jamás volvería a amar así porque no me permitía hacerlo.

Acarició con ternura su rostro, contemplándola como si fuese un milagro imposible.

—Pero entonces llegaste tú. Y sin darte cuenta comenzaste a

sanar heridas que llevaba años escondiendo. Me devolviste la calma... las ganas de vivir... la capacidad de amar sin miedo. Ahora entiendo que mi corazón no estaba muerto, solo estaba perdido. Y fuiste tú quien lo encontró.

Él le sonrió con una ternura infinita y, con lentitud, levantó la mano para secar con la yema de sus dedos las lágrimas que descendían por las mejillas de Ariadna. Lo hizo con una delicadeza casi reverente, como si incluso su tristeza mereciera ser cuidada.

—Te amo —susurró mirándola a los ojos—. No ocupas el lugar de nadie y no sustituyes a nadie —repitió—, porque lo que siento por ti no tiene comparación con nada que haya vivido antes. Es mucho más sencillo que todo eso... y al mismo tiempo mucho más grande. Tú eres la mujer con la que quiero pasar el resto de mi vida. La mujer que apareció cuando ya había dejado de creer que merecía volver a ser feliz.

Su voz se quebró apenas mientras acariciaba su rostro.

—Y ahora sé que Dios te puso en mi camino para salvarme de mí mismo... para enseñarme que todavía podía amar así. Que todavía podía vivir de verdad. Y no pienso soltarte jamás. ¿Te ha quedado claro?

Ariadna sintió cómo el corazón le latía con tanta fuerza que apenas podía respirar. Quiso responder, decir algo, cualquier cosa, pero las emociones atrapadas en su pecho le robaron las palabras. Solo pudo asentir despacio, con los ojos llenos de lágrimas y una sonrisa temblorosa naciendo entre ellas. Calum la observó unos segundos más, estaba rendido ante ella. Y entonces la besó de nuevo.

Apenas sus labios se rozaron, Ariadna cerró los ojos, estremeciéndose ante la ternura inmensa con la que Calum la besaba. Había una dulzura devastadora en aquel contacto, una

delicadeza tan profunda que parecía imposible que alguien pudiera amar de aquella manera. Él la sostuvo entre sus manos como si temiera que el mundo pudiera arrebatársela. Una de ellas descansó sobre su mejilla, acariciándola con el pulgar, mientras la otra se perdió entre su cabello, enredándose con suavidad entre los mechones oscuros para acercarla todavía más a él. Sus labios se movían sobre los de Ariadna con una calma íntima y cálida, como si en aquel simple roce quisiera entregarle todo aquello que llevaba guardado dentro del pecho: el amor contenido durante años, la necesidad de protegerla, la paz inmensa que solo encontraba cuando ella estaba entre sus brazos. Solo había amor en aquel beso, un amor sereno, profundo y absoluto que parecía envolverlos por completo mientras el viento susurraba en torno a ellos y el resto del mundo giraba a su alrededor sin ser conscientes de ello.

Ariadna se apartó apenas unos centímetros de sus labios y lo miró a los ojos. Durante unos segundos permanecieron así, en silencio, sonriéndose con esa intimidad tranquila. Después, casi al mismo tiempo, se abrazaron. Calum la rodeó con sus brazos y ella apoyó la cabeza sobre su pecho mientras ambos contemplaban el horizonte infinito que se extendía frente al acantilado. El viento agitaba con suavidad el cabello de Ariadna y el lago reflejaba los últimos tonos dorados del atardecer. Fue ella quien rompió el silencio.

—¿Dónde has estado estos días?

La voz de Ariadna sonó suave, aunque cargada de una curiosidad que llevaba tiempo guardando. Calum bajó la mirada un instante antes de responder.

—Tenía que ocuparme de algo importante del clan.

Ella levantó apenas el rostro para observarlo mejor.

—¿Qué puede ser tan importante?

Calum sintió una leve tensión atravesarle el pecho. Sabía que no debía contarle la verdad. Si Ariadna descubría el motivo real de aquellas reuniones y los rumores que comenzaban a extenderse por las tierras vecinas, la inquietud se instalaría en ella. Y lo último que deseaba era verla preocupada. Sonrió con calma y acarició sus dedos entrelazados con los de ella.

—Debo asegurarme de que, el día de nuestra boda, todas las tierras que rodean las nuestras estén protegidas.

Ariadna frunció el ceño.

—¿Existe algún peligro que no quieras contarme?

Calum sostuvo su mirada unos segundos antes de negar.

—Nada de lo que debas preocuparte.

Ella quiso creerle, pero en ese instante, como una sombra, regresó a su mente la pesadilla que había tenido. Aquel sueño oscuro que todavía lograba erizarle la piel cuando lo recordaba. Por un momento sintió un escalofrío recorrerle la espalda. ¿Y si no había sido solo un sueño? ¿Y si era una advertencia? La idea ensombreció el calor que llenaba su pecho. «¡No!», se dijo. Ariadna apartó aquel pensamiento casi de inmediato, obligándose a respirar despacio mientras volvía a apoyar la cabeza contra Calum. No era más que una pesadilla, se dijo a sí misma.

Capítulo 21

El arzobispo de York detuvo su caballo en lo alto de la colina, observando con severidad las tierras envueltas por la niebla. A su alrededor permanecían inmóviles varios hombres de armas, soldados al servicio del arzobispado conocidos como *men-at-arms*, guerreros endurecidos que portaban cotas de malla bajo los mantos con la cruz bordada de York. Sus lanzas brillaban bajo el cielo gris mientras el viento agitaba los estandartes eclesiásticos.

Peter descendió del caballo, apoyándose con solemnidad en su báculo episcopal. Sus ojos fríos recorrieron el terreno hasta distinguir, a lo lejos, la figura de lord Hilton aproximándose tal y como había prometido en la misiva enviada días atrás. No iba solo. Tras él avanzaban varios guerreros armados y, caminando a su lado, un hombre desconocido de expresión dura y mirada peligrosa.

Cuando estuvieron frente a él, Hilton inclinó la cabeza con respeto.

—Vuestra excelencia.

El arzobispo apenas respondió al saludo. Su atención se había posado de inmediato sobre el desconocido. Lo observó con altivez, evaluándolo en silencio antes de hablar.

—¿Quién es él? —preguntó Peter con voz grave.

Hilton dio un paso al frente.

—El capitán Aidan Crowley, quien nos ayudará a hacernos con la joven.

Los ojos del arzobispo se estrecharon.

—Espero que así sea... ¡y cuanto antes! ¡Llevo demasiado tiempo esperando!

Hilton asintió sin apartar la mirada.

—¡Todo está preparado!

Peter sostuvo el báculo entre ambas manos mientras el viento agitaba las telas oscuras de su capa episcopal.

—¿Cuál es el plan?

—La joven se casará con el líder del clan Fraser dentro de pocos días —explicó Hilton—. Justo después de la ceremonia irrumpiremos por sorpresa en el castillo y atacaremos sus tierras. Mientras los Fraser se defienden, vos, vuestra excelencia, partiréis conmigo y con el capitán Crowley hacia el Lago de las Sombras. Allí aguardaremos la llegada de la joven.

El arzobispo frunció el ceño.

—¿Debo temer al jefe del clan Fraser?

—No —respondió Hilton con seguridad—. Estará demasiado ocupado defendiendo su fortaleza y a sus hombres como para sospechar dónde se encontrará su esposa en ese momento.

Peter no parecía muy convencido. Desvió la vista hacia las montañas cubiertas de niebla y suspiró. En aquellas tierras salvajes, lejos de York y de la influencia de la iglesia, su poder era limitado. No tenía más opción que confiar en la palabra de aquellos hombres.

—¿Y cómo sacaréis a la joven del castillo? —preguntó.

Una sonrisa oscura apareció en el rostro de Crowley.

—¡Saldrá del castillo! —afirmó con absoluta seguridad—. Dejad eso en nuestras manos. Ya lo tenemos todo pensado.

El arzobispo dirigió la mirada hacia ambos hombres. En sus ojos ardía una ambición casi enfermiza. El deseo de encontrar el colgante y poseer aquello que tanto tiempo llevaba buscando comenzaba a cegarlo por completo. Apretó los dedos sobre el báculo antes de hablar.

—Espero... que no me falléis.

Capítulo 22

El alba aún no asomaba por el horizonte cuando Calum abrió los ojos. El silencio de la casa era absoluto, pero en su mente solo había un pensamiento: ese era el día. Incapaz de quedarse un segundo más entre las sábanas, salió al aire frío de la madrugada, buscando el único remedio capaz de calmar sus nervios: el río. Se vistió con rapidez y se dirigió a los establos. A lomos de su caballo, cabalgó a paso ligero hasta el recodo del río. El agua corría cristalina y muy fría bajo la penumbra del amanecer. Sin pensarlo dos veces, Calum se zambulló de golpe. El impacto helado le cortó la respiración, despejando de un plumazo la bruma del sueño y aplacando, al menos por un instante, el torbellino de nervios que le atenazaba el pecho.

Al salir a la orilla, tiritando pero con la mente despejada, descubrió dos siluetas recortadas contra la débil luz de la mañana. Fergus y Ewan lo esperaban con mantas secas y sonrisas burlonas.

—¡Vaya, el gran novio intentando ahogar sus miedos antes de que salga el sol! —bromeó Fergus, tendiéndole un paño grueso—. ¿Es que planeas llegar al altar como un témpano de hielo, Calum?

—¡Déjalo, Fergus! —intervino Ewan, riendo entre dientes mientras le daba una palmada en la espalda—. Cualquiera en su

pellejo estaría igual. Aunque, si te estás arrepintiendo, los caballos ya están ensillados. Podemos cruzar la frontera antes del mediodía y vivir como forajidos.

Calum soltó una carcajada, aunque las manos todavía le temblaban un poco mientras se secaba el torso.

—¡No me arrepiento de nada, par de idiotas! Solo... necesito que todo salga bien. Ella se merece que todo sea perfecto. —Calum se detuvo un segundo y los miró con los ojos entrecerrados—. Un momento... ¿Me habéis seguido?

—¡Estás bajando la guardia, amigo! ¡El amor te está ablandando el cerebro! —se mofó Fergus, cruzándose de brazos.

—¡Ja, ja, ja! Sabíamos de sobra que te despertarías antes del alba y que vendrías directo al río. Te conocemos demasiado bien —añadió Ewan.

Calum sonrió de medio lado y le lanzó el paño empapado a la cara a Fergus para acallar sus burlas.

—Creo saber perfectamente qué te pasa y por qué has tenido que zambullirte en estas aguas congeladas —insinuó Ewan con una mirada cómplice.

—¿Ah, sí? ¿Qué me pasa, según tú? —Calum les siguió el juego, cruzándose de brazos, sabiendo que venía otra provocación.

—Temes la noche de bodas, ¡admiételo! —soltó Ewan sin tapujos.

Calum observó cómo los dos estallaban en carcajadas que resonaron en todo el valle.

—¡Pues os equivocáis por completo! Estoy deseando que llegue —replicó Calum con una sonrisa de suficiencia.

—¡Ja, ja, ja! ¡Míralo cómo se defiende! —Siguieron riendo sus amigos.

Sin embargo, el semblante del heredero cambió y se puso serio de repente. La diversión se evaporó de sus ojos.

—En realidad..., lo que temo es que algo estropee el momento.

—¿Algo? ¿A qué te refieres? —preguntó Fergus, adoptando de inmediato una postura más firme y atenta.

—¡Aidan!

Ewan dio un paso al frente y le puso una mano firme en el hombro, disipando cualquier rastro de burla.

—¡Olvídate de él! Hemos recorrido cada rincón de nuestras lindes desde el amanecer de ayer. No hay ni rastro de él en kilómetros a la redonda. ¡Ese cobarde ha debido huir muy lejos! Hoy no va a arruinar nada.

Fergus se acercó también, rompiendo la tensión con un empujón afectuoso que casi hace tambalear a Calum.

—¡Exacto! Además, si se le ocurre asomar las narices, se las tendrá que ver con nosotros dos primero. ¡No hemos escoltado tus locuras todos estos años para dejar que un miserable te arruine el día más importante de tu vida!

Ewan sonrió de verdad, con los ojos brillantes de sincera camaradería, y atrapó a Calum en un abrazo un tanto brusco pero cargado de afecto, al que Fergus se unió de inmediato, estrujando al novio entre los dos.

—¡Te mereces ser feliz, amigo! —le susurró Ewan al oído, dándole un par de golpes afectuosos en la espalda—. Has cargado con demasiadas responsabilidades y ya iba siendo hora de que la vida te diera una alegría como Ariadna. ¡Ella es perfecta para ti!

—Sí, aunque sigo sin entender cómo una mujer tan increíble ha aceptado casarse con un cabeza hueca como tú —añadió Fergus, riendo mientras rompían el abrazo y le revolvía el pelo mojado—. ¡Disfruta de hoy, te lo has ganado!

Calum los miró, conmovido por la lealtad incondicional de los hombres que habían estado a su lado en las buenas y en las malas.

Los nervios parecieron disolverse por completo.

—¡No sé qué haría sin vosotros!

—Probablemente ahogarte en el río, ¡ja, ja, ja! —replicó Ewan, recuperando el tono festivo—. ¡Venga, todo va a salir perfecto! Ya han empezado a llegar los primeros invitados y el patio principal es un hervidero de gente. Anda, vístete de una vez, que no querrás que tu futura esposa te vea en paños menores antes de llegar al altar.

En la torre principal la atmósfera era muy distinta. El aroma a flores frescas, agua de rosas y perfumes inundaba la habitación donde Ariadna se preparaba. Margaret ajustaba con dedos expertos y maternos los últimos pliegues del delicado vestido, mientras Sophia sostenía el velo con reverencia, como si custodiara un tesoro. Al dar un paso atrás para contemplar el resultado final, a la más grande se le empañaron los ojos de emoción.

—¡Estás preciosa! —susurró la matriarca, acercándose para acariciarle la mejilla con una ternura infinita—. Desde el primer día que entraste en nuestras vidas, supe en mi corazón que este momento llegaría..., pero verte así, hoy, supera cualquier cosa que hubiera imaginado. Quiero que sepas que para mí eres una hija más, Ariadna. Mi corazón te pertenece como tal, ahora y siempre.

La joven sintió un nudo de gratitud en la garganta y parpadeó deprisa, conteniendo las lágrimas para no arruinar el tapiz de emociones del momento.

—¡Gracias, Margaret! —respondió Ariadna, con la voz quebrada por la emoción—. Me habéis acogido desde el primer instante con tanto amor que... a veces me cuesta creerlo. Sois mi verdadera familia.

Sophia, dando un pequeño salto que hizo crujir las maderas del suelo, se acercó y la abrazó con extremo cuidado.

—¡Y para mí ya eres la hermana que siempre quise tener! —añadió, con una sonrisa radiante que iluminó la estancia—. Calum es un hombre increíblemente afortunado, y pobre de él como no te haga la mujer más feliz del mundo. Si derramas una sola lágrima de tristeza por su culpa, se las tendrá que ver conmigo y con mis alfileres.

—¡Ja, ja, ja! —Rieron las tres.

—No le hagas caso, querida, aunque en el fondo tiene razón. Mi hijo puede ser testarudo y rudo como las rocas de nuestras tierras, pero te ama con una devoción que me conmueve. Mírate las manos, te están temblando. ¿Son nervios por la ceremonia?

Ariadna forzó una sonrisa y miró sus propios dedos, entrelazándolos.

—Un poco, supongo. Es solo que... todo parece un sueño del que temo despertar. Todo es tan perfecto que me asusta.

—¡Es real, Ariadna! —le aseguró Sophia, tomándola de las manos y transmitiéndole su calidez—. Hoy dejas de ser una invitada en nuestro hogar para ser la señora de esta casa de manera oficial. Los clanes ya están abajo esperándote, y mi hermano probablemente está conteniendo la respiración en la ermita, deseando que cruces la puerta.

—Sophia tiene razón, es hora de dejarte un momento a solas para que respires y asimiles todo antes de bajar —dijo Margaret, dándole un último y tierno beso en la frente—. ¡Vamos, Sophia!, dejemos que la novia tenga unos minutos de paz. Te esperamos abajo.

Con una última mirada llena de orgullo y cariño, Margaret y su hija abandonaron la habitación, cerrando la puerta con suavidad tras

de sí. El silencio cayó de golpe sobre la estancia; una vez que se alejaron ambas por el pasillo, el peso de la realidad volvió a posarse sobre los hombros de Ariadna. Sola en mitad de la gran habitación, se miró en el reflejo de la ventana; con dedos trémulos, deslizó una mano por el cuello del vestido hasta alcanzar el colgante que guardaba oculto y suspendido cerca de su corazón. Lo apretó con fuerza contra su palma, sintiendo los bordes fríos del metal. La verdad era una sombra silenciosa que siempre la acompañaba: en realidad no sabía si tenía más familia en algún rincón del mundo. Su mente era un lienzo en blanco antes de llegar a esas tierras, y el miedo latía con fuerza en su pecho. Le aterraba la idea de recordar en algún momento su pasado; le atemorizaba que los secretos ocultos en su memoria despertaran un buen día y que todo el amor, la seguridad y la felicidad que acababa de encontrar se derrumbasen a su alrededor. Un suspiro tembloroso escapó de sus labios mientras cerraba los ojos, aferrándose al colgante y rezando en silencio para que el presente fuera lo único que importara a partir de ese momento.

La ermita de piedra estaba abarrotada y dividida por una tradición: las mujeres a un lado, compartiendo risas contenidas; los hombres al otro, firmes, imponentes y expectantes. Entre la multitud, Lira y Emi compartían miradas de complicidad, mientras los clanes amigos murmuraban con respeto y alegría bajo los techos de vigas oscuras.

En el altar, Calum esperaba vestido con sus mejores galas; el peso de las miradas ajenas desapareció cuando su padre, Donald, se colocó a su lado. El viejo líder miró a su hijo de arriba abajo, con una seriedad que pronto se transformó en una profunda ternura.

—¡Hijo! —dijo Donald, bajando la voz para que solo él lo escuchara—, has crecido para convertirte en el hombre que siempre esperé que fueras. ¡Estoy muy orgulloso de ti, Calum! Hoy empiezas tu propio camino, y sé que guiarás a tu familia y a nuestro clan con honor.

Calum asintió, conmovido, apretando el hombro de su padre en un gesto de mudo agradecimiento. En ese instante, las pesadas puertas de madera de la ermita se abrieron de par en par.

Ariadna entró. El tiempo pareció detenerse. Donald se adelantó unos pasos para encontrarse con la joven, ofrecerle su brazo con una sonrisa paternal y escoltarla hacia su hijo. Caminaba con una elegancia innata; y al verla, el corazón de Calum dio un vuelco salvaje. Para él, el mundo exterior se desvaneció; la rigidez de sus hombros y el nerviosismo que lo había acosado desde el alba se disiparon por completo, reemplazados por una devoción absoluta. Al mirarla con el velo flotando a su alrededor, sintió la certeza inquebrantable de que su vida cobraba un sentido pleno.

Ariadna clavó los ojos en Calum en cuanto cruzó el umbral. Al ver su figura imponente esperándola al final del pasillo, el miedo latente sobre su pasado misterioso se evaporó. Una oleada de calidez y seguridad la inundó por completo: allí estaba su hogar, en la mirada firme y protectora del hombre que la amaba.

Al llegar al altar, Donald unió las manos de los jóvenes con un suave apretón. El sacerdote, un anciano de rostro sereno y voz profunda, alzó los brazos ante ellos y se dirigió a la congregación antes de mirar a la pareja.

—Nos hemos reunido hoy bajo la mirada de Dios para unir a este hombre y a esta mujer... Calum Fraser, ¿aceptas a Ariadna como tu legítima esposa, para proteger su andar, compartir tus victorias y sostenerla en la adversidad?

—¡Sí, acepto! —respondió Calum sin titubear.

—Ariadna, ¿aceptas a Calum como tu legítimo esposo, para tejer tu destino junto al suyo, ser su consejo en la paz y su fuerza en la tormenta?

—¡Sí, acepto! —pronunció ella con voz clara.

Calum tomó la alianza de hierro forjado, un metal que simbolizaba la fuerza inquebrantable de su herencia. Mientras deslizaba el anillo en el dedo de Ariadna, su mirada se clavó en la de ella con una intensidad protectora.

—Prometo protegerte, honrarte y amarte en cada batalla y en cada tiempo de paz —declaró con voz firme y profunda, sellando su compromiso.

Ariadna tomó entonces la alianza correspondiente. Al deslizar el metal por el dedo de Calum, mantuvo sus manos entrelazadas y notó cómo él apretaba con cariño y suavidad sus dedos, transmitiéndole un apoyo incondicional.

—Y yo prometo ser tu refugio, tu compañera y tu igual, entrelazando mi vida a la tuya para siempre —respondió ella, con una sonrisa que iluminó su rostro.

En ese preciso instante, el silencio se adueñó de la capilla. El sacerdote tomó las manos de Calum y Ariadna, uniendo sus palmas en un pacto mudo. Con movimientos solemnes, envolvió sus muñecas con la ruda y cálida tela del tartán de los Fraser, entrelazando los colores del clan alrededor de su piel como si el propio tejido fuera a custodiar el latido de sus corazones, ahora unidos en uno solo.

—Que los lazos de esta unión nunca se quiebren. Ante Dios, nuestro Señor, os declaro marido y mujer.

Siguiendo la estricta tradición del clan, Calum dio un paso al frente y, con manos reverentes, retiró el velo que cubría el rostro de

Ariadna. En lugar de besar sus labios frente a la multitud, depositó un beso casto y prolongado en su mejilla, el antiguo símbolo de respeto y posesión legítima ante los testigos. Justo después, el estallido de júbilo de los clanes inundó la ermita mientras ellos compartían una mirada cargada de amor y absoluto alivio.

Calum sostuvo con firmeza a Ariadna de la mano y juntos comenzaron a caminar hacia la salida de la ermita. En cuanto cruzaron el umbral exterior, el patio principal se llenó de alegría desbordante. La música de las gaitas empezó a resonar con fuerza en el valle, y los sirvientes comenzaron a servir vino y cerveza a los invitados.

Calum sabía que no le iban a dejar estar mucho tiempo con Ariadna.

—Te amo —le susurró al oído.

Pero cuando ella le iba a decir lo mismo, de inmediato, los hombres del clan rodearon a Calum con vítores y palmadas bruscas en la espalda. Siguiendo la antigua costumbre del *círculo de acero*, los guerreros desenvainaron sus dagas y las chocaron en el aire sobre la cabeza de Calum, un rito tradicional para desearle fertilidad, fuerza en el brazo y protección contra los enemigos comunes. Ariadna observó la escena, sonrió. Era consciente de que todavía ella no le había dicho lo que sentía por él y deseaba hacerlo, aunque sabía que tendría ocasión para ello.

Mientras tanto, las mujeres se llevaron a Ariadna hacia la zona de los banquetes para agasajarla. Fue en ese momento cuando Lìra se abrió paso entre la multitud. Se acercó a la novia con una sonrisa ensayada, aunque la frialdad de sus ojos delataba su falta de sinceridad.

—¡Enhorabuena, Ariadna! —dijo Lìra, rozando apenas sus mejillas en un saludo distante—. Has logrado un lugar en este clan

que muchas desearían. Espero que la vida aquí sea todo lo que esperas.

Antes de que la tensión pudiera crecer, Emi intervino apartando a Lira con suavidad y envolviendo a Ariadna en un abrazo cálido.

—¡Estás radiante, Ariadna! —dijo con los ojos brillando de verdadera simpatía.

—¡Gracias, Emi! —respondió Ariadna, reconfortada por sus palabras sinceras.

La fiesta se prolongó durante horas entre bailes, brindis y risas que hacían eco en las colinas. Sin embargo, cuando los primeros tintes del anochecer empezaron a oscurecer el cielo y las antorchas del patio se encendieron, Calum buscó a su esposa. Sin previo aviso y ante los aplausos de los rezagados, la tomó en brazos.

—¡Calum! ¿Se puede saber qué estás haciendo? —preguntó Ariadna entre risas, aferrándose a sus hombros mientras él la cargaba.

—¡Lo que debería haber hecho hace horas! —respondió él con una sonrisa decidida, sin aminorar el paso.

—¿El qué?

Calum no respondió de inmediato. Subió las escaleras de la torre principal con paso firme y seguro hasta llegar al dormitorio nupcial. Al cruzar el umbral, empujó la pesada hoja de madera con el pie, cerrándola de golpe y aislando por fin el bullicio de la celebración exterior.

La habitación los recibió sumida en una penumbra acogedora, iluminada solo por el resplandor dorado y trémulo de las brasas de la chimenea. Calum bajó a Ariadna con extremo cuidado, permitiendo que sus pies tocaran el suelo, pero no la soltó. Permanecieron muy juntos, casi unidos, escuchando el ritmo agitado de sus propias respiraciones en el repentino silencio.

—Besarte —susurró él, acortando la distancia—. Eso es lo que debería haber hecho hace horas.

Sin embargo, contuvo el impulso un momento más. Con una paciencia infinita que contrastaba con la fuerza ruda del guerrero, Calum comenzó a retirar uno a uno los adornos del cabello de Ariadna, dejando que los mechones oscuros cayeran libres y ondulados sobre sus hombros. Sus manos, cálidas y firmes, descendieron luego por la espalda de ella, buscando los lazos del vestido de novia para aflojarlos con delicadeza. Cada roce sutil de sus dedos sobre la piel que iba quedando al descubierto provocaba un estremecimiento en Ariadna, quien cerró los ojos, entregándose por completo a la calidez de sus caricias.

Calum se inclinó con lentitud para besar sus hombros, que ya empezaban a asomar entre las telas caídas. En ese instante, Ariadna lo detuvo con suavidad, posando una mano en su pecho. Necesitaba un segundo. Con dedos rápidos, desató el colgante de su cuello y lo ocultó con presteza bajo el velo que descansaba sobre el arcón. Calum la observó con una mezcla de curiosidad y gracia; no entendió del todo aquel repentino apuro, pero decidió no preguntar. No había espacio para las dudas esa noche; solo la deseaba a ella y quería que cada segundo fuera inolvidable para ambos.

Con una sonrisa cómplice, él hundió una de sus manos en el cabello suelto de Ariadna mientras con la otra la rodeaba por la cintura con firmeza, atrayéndola hacia sí. Comenzó a besar una mejilla con lentitud, trazando un camino húmedo y cálido que bajó por la línea de su mandíbula hasta perderse en la curva del cuello. La respiración de Ariadna se volvió cada vez más agitada, respondiendo al magnetismo de su tacto.

Buscando acortar la última barrera, la joven alzó las manos con decisión para desabrochar la pesada casaca de Calum,

deshaciéndose de la formalidad del día. Sus manos recorrieron los hombros del guerrero hasta dejar su torso al desnudo. Al contacto de las palmas de Ariadna contra su piel, Calum sintió que un fuego interno se encendía, desbocando los latidos de su corazón.

Con movimientos pausados y reverentes, él terminó de deslizar el vestido de la joven, dejando que la prenda cayera al suelo. Al mirarse por fin sin reservas, el pecho de Calum se llenó de un asombro genuino y una devoción profunda; ella era el inicio y el fin de todo su mundo. Ariadna, al sostenerle la mirada, se sintió segura, amada y deseada como nunca antes. Calum la guio hacia la calidez de la cama, donde los cuerpos se encontraron en una danza de caricias lentas y susurros compartidos. Sus manos recorrieron cada curva con delicadeza, reconociéndose en el silencio de la noche. La tensión acumulada durante todo el día dio paso a una complicidad absoluta. Los besos se volvieron más profundos y apremiantes, uniendo sus voluntades en un mismo latido, envolviéndose el uno en el otro, compartiendo suspiros y promesas mudas; se entregaron a la marea creciente de su pasión, alcanzando juntos una plenitud desbordante que selló su unión de manera inquebrantable antes de dejarse caer, exhaustos y felices, en el calor del refugio que habían construido.

Al separarse apenas unos milímetros, él sonrió, con los ojos brillando a la luz de las brasas.

—Te amo —susurró Calum, rozando su frente con la de ella—. ¿Te acuerdas de que me prometiste decirme algo si al final terminaba enamorándome de ti?

Ariadna esbozó una sonrisa, y una pequeña risa cómplice escapó de sus labios al recordar aquel pacto silencioso del pasado.

—Lo recuerdo perfectamente —respondió ella, mirándolo con diversión.

Calum ensanchó su sonrisa y la apretó un poco más contra su pecho, envolviéndola en su calidez.

—¡Pues bien, estoy esperando!

—Pues lo que quería decirte es... que te amo.

—¡Nooo! —protestó él con fingida indignación—. Cuando me lo dijiste por primera vez todavía no me amabas.

Ariadna rodeó su cuello con los brazos y lo atrajo aún más hacia ella, buscando la intensidad de su mirada.

—En realidad sí te amaba, pero intuía que tú no sentías lo mismo por mí. Tu corazón, ese corazón noble, tu mirada transparente y esa voluntad tan entregada... me enamoraron por completo.

—¿De verdad? —Calum arqueó una ceja, conteniendo la risa—. Fíjate que yo creía que había sido mi atractivo físico. Al menos eso es lo que me dicen las muchachas del pueblo —se burló.

—¿Las muchachas? ¿Conque te dedican muchos piropos? —replicó Ariadna, cruzándose de brazos mientras un leve destello de celos asomaba en sus ojos.

—Sí, bastantes —insistió él, disfrutando de la reacción de su esposa.

—Bueno, tampoco es para tanto —bufó ella, desviando la mirada con orgullo.

—¡Ja, ja, ja! ¿Ah, no?

Antes de que Ariadna pudiera replicar, Calum la atrapó por la cintura. Comenzó a besarle el cuello con lentitud, trazando un sendero de fuego sobre su piel que la hizo suspirar de inmediato. La firmeza de sus manos y la calidez de sus labios desarmaron cualquier rastro de orgullo.

—Entonces tendremos que hacer algo para que cambies de idea —susurró él contra su oído, con la voz rota por el deseo.

—¿El qué? —alcanzó a murmurar ella, entregándose por

completo al estremecimiento que recorría su cuerpo.

Calum prefirió no responder con palabras, la guio hacia él con un gesto suave pero seguro, dejando que el lenguaje de sus caricias hablara por sí solo, invitándola a perderse en sus besos y en la entrega absoluta de sus cuerpos. Sus manos, firmes pero delicadas, recorrieron cada curva de Ariadna, transformando los supuestos celos en un anhelo compartido. Entre suspiros, risas cómplices y promesas susurradas en la penumbra, volvieron a entregarse el uno al otro, renovando con cada caricia aquel amor profundo que ni el tiempo ni la distancia lograrían desgastar.

Capítulo 23

La luz dorada y pálida de la mañana comenzó a filtrarse por los ventanales de la alcoba, dibujando líneas de sol sobre el suelo de madera. Ariadna se despertó despacio, envuelta en la reconfortante calidez de las mantas y protegida por el firme abrazo de Calum. Durante esas primeras horas del alba, el mundo exterior, las dudas y los temores difusos sobre su pasado misterioso dejaron de existir por completo, sepultados bajo el peso de la felicidad absoluta de su unión.

Él abrió los ojos, entornándolos un poco por el reflejo de los primeros rayos de luz, y lo primero que encontró fue la mirada serena y profunda de la joven, que ya lo observaba en silencio. Una sonrisa lenta y sincera iluminó el rostro del guerrero. Con un movimiento suave pero decidido, se giró sobre ella, acomodándola debajo de su cuerpo sin llegar a dejar caer todo su peso, y la besó en los labios con una ternura infinita.

—¿Qué haces despierta tan temprano, mi señora? —susurró él, con la voz todavía ronca por el sueño, rozando su nariz con la de ella.

—Contemplarte —respondió Ariadna con una sonrisa suave, entrelazando sus dedos en el cabello revuelto de Calum—. Quería

asegurarme de que todo esto es real y no uno de mis sueños.

Calum soltó una risa baja, un sonido vibrante que ella sintió contra su propio pecho, y se inclinó para besarle el cuello, descendiendo con lentitud hacia la curva de sus hombros.

—Es tan real como que ahora eres mi esposa —murmuró él entre caricias, deteniéndose para mirarla a los ojos con una devoción absoluta—. Ayer, cuando te vi entrar en la ermita, el corazón casi se me sale del pecho. Jamás te lo he dicho, Ariadna, pero desde el día en que llegaste a estas tierras, pusiste mi mundo del revés. Pensé que sabía lo que era el deber y la fuerza, pero contigo aprendí lo que realmente significa querer proteger algo con la vida.

Ariadna sintió un vuelco en el corazón y le acarició la mejilla, delineando la línea de su mandíbula.

—iTú me salvaste, Calum! No solo del frío o del peligro, sino de la soledad. A tu lado no tengo miedo de nada.

—iNi voy a permitir que nunca lo tengas! —replicó él, atrapando su mano para besarle la palma—. Prometo que, a partir de hoy, cada amanecer será así. No importa las tormentas que haya fuera de estos muros, aquí dentro siempre seremos tú y yo.

Ella se incorporó acortando la distancia para sellar sus palabras con un beso profundo, largo y pausado, saboreando la paz de un momento que ambos deseaban que fuese eterno. Sus manos se buscaron de nuevo bajo el cobijo de las mantas, disfrutando de la quietud y de la certeza de pertenecerse el uno al otro.

La paz duró poco. Unos golpes rompieron aquel momento al otro lado de la pesada puerta de madera.

—iCalum! —La voz de Fergus sonaba tensa, desprovista de la jovialidad del día anterior—. ¡Te necesitamos abajo ahora mismo!

Calum abrió los ojos de golpe, asimilando la urgencia en la expresión de su amigo. Se incorporó en el lecho con el ceño fruncido

y miró a Ariadna, depositando un rápido beso en sus labios para infundirle calma antes de saltar de la cama y vestirse a toda prisa.

—Quédate aquí, volveré en un momento —le prometió en un susurro antes de abandonar la habitación a grandes zancadas.

Ariadna, incapaz de quedarse quieta ante el presentimiento de que algo iba mal, se vistió con rapidez. Sabía que la gran mayoría de los invitados ya se habían marchado al amanecer, a excepción de Lira y Emi, quienes tenían previsto partir al día siguiente hacia la casa de un familiar. Al salir al pasillo y recorrer la fortaleza, un silencio sepulcral la recibió. No había rastro de Sophia, ni de Margaret ni de ninguno de los hombres del clan. El vacío resultaba abrumador. Al llegar al piso inferior, se encontró con Emi, cuyo rostro reflejaba una palidez inusual. Al verla, esta se acercó y, mirando a su alrededor para asegurarse de que nadie las observaba, le tendió un trozo de pergamino sellado.

—Un muchacho ha traído esto hace unos instantes —susurró Emi con nerviosismo—. Ha insistido en que era solo para ti.

Ariadna, con el corazón latiéndole con fuerza en el pecho, tomó la misiva, regresó corriendo a la habitación y cerró la puerta tras de sí. Con manos temblorosas rompió el sello de cera y comenzó a leer. Las palabras escritas en el pergamino congelaron la sangre en sus venas. La carta estaba firmada por puño y letra del arzobispo de York.

Sé quién eres y tienes algo que me pertenece. Sé todo sobre el colgante de media luna que guardas y la muerte de tu padre por traición. Si quieres descubrir la verdad y evitar una masacre, debes reunirme conmigo en el Lago de las Sombras mañana por la noche, sola. Si das la alarma o no te presentas, todo el clan Fraser morirá. Mis soldados

rodean las afueras del castillo en este instante, esperando únicamente una orden mía para hacer arder la fortaleza hasta los cimientos. En el momento en que el mensajero de esta misiva alerte a mis soldados de que has abandonado el castillo para ir al lago a encontrarnos, abandonarán las inmediaciones del castillo Fraser.

El pánico se apoderó de ella, asfixiándola. Entonces, de golpe, una avalancha de recuerdos enterrados golpeó su mente con brutalidad. La neblina del pasado se disipó en un segundo: revivió la horrible ejecución de su padre, el peso del colgante que él le había entregado antes de morir y las enigmáticas palabras de advertencia de la anciana. Ariadna rememoró en ese instante, con espantosa claridad, la clase de hombre despiadado que era el arzobispo de York.

Al asomarse a la ventana de la torre, observó el patio de armas. El ambiente era de pura consternación; la guardia y los sirvientes se movían de un lado a otro con prisa, con los rostros desencajados por el miedo. Comprendió entonces que la repentina marcha de Calum del lecho y la ausencia de su familia se debían al inminente avistamiento de las tropas enemigas en los límites de las tierras. Aterrada por la idea de ser la causante de la destrucción de su nuevo hogar, Ariadna guardó el pergamino a toda prisa en su corpiño. Sin embargo, debido a la rapidez y al temblor incontrolable de sus manos, el papel se deslizó por la tela y cayó al suelo, quedando oculto en la penumbra junto al arcón nupcial sin que ella se diera cuenta.

Ariadna bajó corriendo las escaleras de piedra en busca de Emi.

—¿Dónde está el muchacho que trajo esto? —le exigió, tomándola de los brazos—. ¡Necesito hablar con él ahora mismo!

—¡Se marchó de inmediato, Ariadna! —respondió Emi, asustada por la palidez y la mirada desencajada de la joven—. Dijo que tenía órdenes estrictas de no quedarse ni un segundo.

—¡Por favor, Emi, búscalos conmigo! Es de vida o muerte. Si no los alcanzamos...

Ante la desesperada e intensa súplica de la joven, Emi asintió con gravedad, contagiada por la urgencia.

—¡Ven conmigo, rápido! Hay una salida secreta en las cocinas de la que pocos hablan; por ahí vi desaparecer al chico para esquivar a los guardias de la entrada.

Ariadna tomó su capa oscura, cubriéndose la cabeza con la capucha, y siguió a Emi a través de un pasadizo angosto, frío y húmedo que conducía al exterior de las murallas, lejos de la vista de los vigías. Al salir a la linde del bosque, divisaron a lo lejos la silueta del joven mensajero, quien avanzaba a paso muy lento, casi como si estuviera esperando a que lo alcanzaran.

Las dos mujeres apresuraron el paso entre la maleza hasta cortarle el camino. El muchacho se detuvo en seco, mirándolas con una fijeza gélida.

—¡Dile al capitán que esté al mando que no arrasen el castillo! —declaró Ariadna con voz firme, intentando con todas sus fuerzas ocultar el temblor de sus manos—. Dile que iré al Lago de las Sombras... que llegaré esta misma noche. Me pongo en camino de inmediato.

El muchacho asintió, dio media vuelta y se perdió entre la espesura del bosque a gran velocidad.

Emi se giró hacia ella, con los ojos abiertos de par en par por el asombro y el temor.

—¿Te has vuelto loca? No puedes ir allí sola, Ariadna. Sea lo que sea lo que dijera esa carta, seguro que es una trampa mortal. Debes

regresar ahora mismo y decirle a Calum lo que ocurre, no puedes huir de esta manera.

—¡No! No puedo regresar —sentenció Ariadna, con las lágrimas asomando en sus ojos, pero con una determinación feroz.

—Pero... ¿por qué? Él es tu esposo, el líder de este clan. Su deber es protegerte.

—Si regreso... pongo en peligro su vida y la de todos los que ama —explicó Ariadna con la voz quebrada—. El ejército de York rodea la fortaleza. Si me quedo, el castillo Fraser arderá hasta los cimientos por mi culpa. Mi pasado los va a destruir, Emi. La única forma de que retiren las tropas es que yo me entregue.

La muchacha la miraba con asombro y una profunda compasión. Sin embargo, apretó los puños y dio un paso al frente.

—¡Pues no voy a dejar que vayas sola! Insisto en acompañarte. Además, yo sé cómo llegar al lago.

—¡No lo entiendes!, si vienes conmigo también expones tu vida a un peligro terrible. No es tu batalla.

—¡Claro que lo es! —replicó Emi, tomándola de las manos con fuerza—. Ayer te convertiste en parte de este clan, y nuestras familias hicieron un juramento. No te voy a dejar ir sola a las garras de ese hombre. Si vas a entrar en la boca del lobo, al menos irás con alguien que te cuide las espaldas. Dos cabezas piensan mejor que una; y si la situación se vuelve insostenible, buscaré la forma de alertar a Calum. Caminemos juntas, Ariadna. No estás sola en esto.

La joven miró las manos de Emi sobre las suyas. El miedo seguía allí, pero la lealtad incondicional de su amiga le otorgó la fuerza que necesitaba para dar el primer paso hacia la oscuridad del bosque.

Capítulo 24

El viento de la mañana golpeaba con fuerza las murallas del castillo Fraser. Calum se movía de un lado a otro del patio de armas, con la mandíbula apretada y la mirada fija en el horizonte. Desde las torres vigía, las noticias eran alarmantes: jinetes enemigos cercaban los valles. Los hombres que lideraban la vanguardia portaban estandartes con la cruz de York. Sabía a quién obedecían y qué significaba aquella provocación.

—¡Preparad las almenas! —bramó Calum, su voz resonando por encima del clamor del viento y el metal—. ¡Traed los calderos de brea y las flechas incendiarias! ¡Que no quede un solo arco sin tensar!

Los guerreros del clan se desplegaron con presteza, apostándose tras los merlones de piedra con arcos largos de tejo, ballestas pesadas y fundíbulos listos para lanzar proyectiles ardientes. La fortaleza se transformaba, en cuestión de minutos, en una máquina de guerra inexpugnable. En medio del caos, una figura menuda se abrió paso a tropezones entre los soldados. Era Sophia. Su rostro estaba pálido y desencajado por la angustia.

—¡Calum! —gritó, tomándolo por la manga de la casaca—. ¡No está!

—¿Quién no está? —preguntó él, sin desviar los ojos de los preparativos de defensa—. ¡Sophia, vuelve al torreón, no es seguro aquí fuera!

—¡Ariadna! ¡No la encuentro por ninguna parte, Calum! ¡He recorrido los pasillos, las cocinas...!

Calum se congeló. El aire pareció faltarle por un segundo.

—Debería estar en nuestra habitación. La dejé descansando hace apenas una hora.

—¡No está allí, te lo aseguro! —exclamó su hermana, con la voz rota—. Tampoco está Emi. Lìra la estaba buscando para organizar la partida y me dijo que sus aposentos están vacíos.

—¿Dónde demonios se habrán metido en un momento como este?

El pánico, una sensación fría y desconocida para el joven líder, comenzó a echar raíces en su pecho. Olvidando por un instante el asedio inminente, Calum dio media vuelta y, seguido de cerca por Sophia, bajó a grandes zancadas los escalones de piedra que conducían al interior del torreón principal.

La desesperación lo consumía a cada paso. Registró el gran salón, los pasadizos inferiores y las estancias privadas, gritando el nombre de su esposa con una voz que denotaba una creciente locura. No podía perderla. No hoy, no el día después de haber entrelazado sus vidas.

En mitad del corredor que llevaba a la sala de consejos Calum se topó de frente con Lìra, quien caminaba de un lado a otro con gesto de fastidio. Al ver al novio, Lìra extendió la mano y le tocó el brazo con urgencia.

—Calum, ¿has visto a...?

Las palabras de la mujer se extinguieron en el aire. La mirada de Calum no se detuvo en su rostro, sino que se clavó, como una

flecha, en la mano que descansaba sobre su manga. En el dedo de Lìra brillaba una joya que él nunca olvidaría: una alianza de plata labrada con una piedra de azabache incrustada en el centro. Era el mismo anillo que había visto semanas atrás en la linde del bosque. Una furia ciega y abrasadora sustituyó al miedo. Calum la tomó del brazo con una fuerza de acero y, sin contemplaciones, la empujó hacia el interior de la sala de reuniones, cerrando la pesada puerta tras de ellos.

—¿Se puede saber qué es lo que pretendes, Lìra? —siseó él, con los ojos inyectados en sangre.

—¿A qué te refieres? ¡Me estás haciendo daño, suéltame! —protestó ella, intentando zafarse del agarre.

—¡El anillo! —sentenció Calum, señalando la mano con la joya—. ¿Acaso te creías que no lo recordaría? ¿Que soy un estúpido?

Lìra miró su propia mano, desconcertada.

—¿Qué le pasa a este anillo? Es solo una baratija.

—¡Lo vi, Lìra! Lo vi destellar en la penumbra cuando estabas reunida en secreto con Aidan, en el bosque cerca del río. ¡Tú eres la traidora que le filtraba información!

—¿Con Aidan? —La mujer abrió los ojos de par en par, y un deje de terror genuino cruzó sus facciones—. ¡Estás equivocado! ¡Yo nunca he estado en el bosque con ese miserable! ¡Jamás!

—¡No lo niegues! ¡Vi perfectamente esa alianza de plata y azabache cuando la mujer de la capa se ocultaba entre los árboles!

—¡No es mía! —gritó Lìra, desesperada, con la voz chillona—. ¡Te juro por la memoria de mis ancestros que esta joya no me pertenece!

—¿Cómo que no es tuya? ¿De quién es entonces?

—¡Es de Emi! —soltó, respirando con rapidez—. Me la dio ella ayer por la noche. Siempre me ha gustado esa maldita pieza y, ante

mi insistencia, me dijo que me la prestaba solo para lucirla durante el banquete de la boda. Después, con el alboroto, no me la reclamó y yo... simplemente no se la devolví. Pero es suya, Calum. ¡Es de Emi!

Calum la escudriñó con fijeza, buscando cualquier titubeo, cualquier rastro de falsedad. Sin embargo, el pánico y la humillación en los ojos de Lìra eran demasiado reales. Decía la verdad.

La revelación le cayó encima como un balde de agua helada. ¿Emi? ¿La dulce y atenta Emi era la dama que se escondía tras la capa? ¿La verdadera cómplice de Aidan?

—¿Dónde está Emi ahora mismo? —preguntó Calum, con un hilo de voz.

—No lo sé... —respondió Lìra, frotándose el brazo dolorido—. Supongo que donde esté Ariadna. Ambas han desaparecido sin dejar rastro antes de que los guardias dieran la alarma.

—¡Dios mío! —exclamó él, llevándose las manos a la cabeza.

Ariadna estaba en manos de una traidora, o peor aún, huía con ella sin saber el peligro que corría. Pero no había tiempo para asimilar el golpe. Las puertas de la sala de reuniones se abrieron estampándose contra la pared. Fergus entró jadeando, con la espada desenvainada y el rostro tiznado de hollín.

—¡Calum, nos están atacando! —bramó su amigo—. ¡Han cruzado la primera empalizada! ¡Necesitamos al líder en los muros!

El joven desterró el dolor de su pecho, sacó su mandoble y corrió hacia el patio. El estruendo de la batalla era ensordecedor. Las flechas enemigas silbaban en el aire, estrellándose contra la piedra o buscando la carne de los defensores. Desde las almenas, los Fraser respondían con una lluvia incesante de proyectiles de fuego que convertían en piras llameantes las máquinas de asedio del ejército de York.

—¡Mantened la línea! —gritó Donald Fraser, el viejo señor, cortando el paso a dos soldados ingleses que habían logrado trepar por una escala—. ¡Esta es tierra de los Fraser! ¡Echadlos al foso!

Ewan apareció por el flanco izquierdo, empujando un gran caldero de brea hirviendo junto a tres hombres.

—¡Calum! ¡Cuidado, a tu derecha! —advirtió Ewan antes de volcar el contenido del caldero sobre un grupo de atacantes que intentaba echar abajo la poterna inferior. Los gritos del enemigo resonaron en el foso.

Calum se lanzó al combate con una ferocidad ciega, descargando su furia y su frustración sobre cada hombre que portaba la cruz de York. Su espada trazaba arcos mortales en el aire.

—¡Son demasiados, pero flaquean! —gritó Fergus, cubriendo la espalda de su líder mientras chocaba su escudo contra un atacante—. ¡El fuego de los fundíbulos está destrozando su retaguardia! ¡Se están retirando!

—¡No les deis tregua! —ordenó Donald, cuyas canas estaban salpicadas de sangre enemiga—. ¡Que sepan que el castillo Fraser no se rinde ante ningún obispo ni rey!

Tras una hora de encarnizada resistencia, el empuje de las tropas de York comenzó a desvanecerse. Al ver sus torres de asedio reducidas a cenizas y sus filas diezmadas por la defensa implacable de los escoceses, los capitanes enemigos ordenaron la retirada. Los pocos supervivientes huyeron en desbandada hacia los bosques del sur, dejando el patio cubierto de escombros y armas abandonadas.

El silencio volvió a reinar en la fortaleza, roto solo por los lamentos de los heridos y el crepitar de las maderas quemadas. La victoria era de los Fraser, pero para Calum no había nada que celebrar.

Abatido, con la armadura abollada y el alma rota, subió las

escaleras de la torre principal. Cada escalón pesaba una tonelada. Entró en el dormitorio nupcial, la misma alcoba que pocas horas antes había sido testigo de su amor y su felicidad. Ahora, la estancia se sentía fría y vacía. Estaba dispuesto a cambiarse de ropa, tomar su caballo y salir a rastrear cada palmo del bosque para encontrar a Ariadna, costara lo que costara. Sin embargo, al acercarse al arcón de madera para recoger sus pertenencias, algo llamó su atención en el suelo. Un trozo de pergamino arrugado yacía junto a la base del mueble, medio oculto por las sombras. Calum se agachó y lo recogió. Al desplegarlo, reconoció el sello roto del arzobispo de York. Sus ojos recorrieron las líneas con urgencia, y a medida que avanzaba en la lectura, el horror sustituyó al cansancio de la batalla.

... la muerte de tu padre... el Lago de las Sombras...
Si das la alarma o no te presentas, todo el clan Fraser morirá...

El pergamino tembló entre sus dedos. Ariadna no había sido secuestrada por la fuerza; se había marchado de manera voluntaria para salvarlos a todos. Había ido directa a una trampa mortal por amor a él y a su gente. Calum apretó el puño arrugando el papel, mientras una determinación fría e inquebrantable se instalaba en sus ojos. Ya sabía dónde encontrarla, y ni todo el ejército de York lograría detenerlo.

Capítulo 25

Ariadna y Emi no se detuvieron. La noche caía con rapidez sobre los valles escoceses, tiñendo el paisaje de sombras alargadas y neblina espesa. Emi la guiaba con paso firme a través de senderos ocultos que parecían internarse en el corazón mismo de la maleza, en dirección al Lago de las Sombras. Ella sabía cómo llegar, había escuchado a muchos aldeanos susurrar leyendas sobre aquel lugar maldito; historias sobre aguas negras que nunca reflejaban la luna y de las cuales nadie regresaba. Sabía a la perfección la dirección en la que se encontraba. Después de avanzar sin descanso durante varias horas, las piernas de su compañera comenzaron a flaquear. El frío calaba sus huesos y el peso de la capa húmeda la ralentizaba.

—Ariadna, detente un momento —dijo Emi, señalando un claro resguardado por un enorme roble caído—. Necesitamos tomar aliento antes de encarar el último tramo. Si llegas exhausta no tendrás fuerzas para enfrentarte a lo que venga.

Ariadna se apoyó contra el tronco, respirando con dificultad.

—No tenemos tiempo, Emi. Si no llegamos pronto, el arzobispo de York cumplirá su amenaza. El castillo... Calum... todo lo que amo se convertirá en cenizas.

—Lo sé, pero un par de minutos no cambiarán el destino —

insistió Emi, cuya voz sonaba muy calmada.

Antes de que Ariadna pudiera replicar, el crujido de una rama seca rompió el silencio del bosque. De entre la densa niebla surgió una silueta alta y armada. El reflejo del acero de su espada desveló su identidad de inmediato. Era Aidan.

—¡Has tardado! —dijo el capitán, esbozando una sonrisa torcida mientras avanzaba directo hacia ellas.

Ariadna se tensó, retrocediendo un paso con el corazón desbocado por el susto, lo reconoció. Esperó a que Emi gritara o huyera; sin embargo se quedó petrificada al ver cómo Aidan rodeaba con un gesto familiar la cintura de Emi, atrayéndola hacia sí en un abrazo de complicidad. Emi no se resistió; bajó la mirada.

—¿Qué significa esto? —exclamó Ariadna, sintiendo cómo las piezas del rompecabezas encajaban de la peor manera—. Emi... ¿tú?

Aidan soltó una carcajada seca, disfrutando del desconcierto de la joven.

—¡Vaya, la esposa de Calum Fraser por fin lo entiende! —se mofó el capitán—. ¿De verdad creías que fue el azar lo que te trajo hasta aquí, de la mano por un pasadizo secreto? Emi ha sido mis ojos y mis oídos dentro de los muros Fraser desde el principio.

—¡Cállate, Aidan! —le recriminó Emi, con la voz temblorosa, desprendiéndose de su agarre—. Cumplí mi parte. Te la he entregado fuera de las tierras del clan. Espero que los soldados de York se hayan retirado de las inmediaciones del castillo Fraser.

—¡Por supuesto que lo harán, en cuanto esté ante él! —respondió Aidan, clavando sus ojos oscuros en Ariadna—. Nos encargaremos de llevarte directamente hasta el arzobispo. Él tiene muchas cuentas pendientes contigo. ¡Camina!

Ariadna se negó a dar un paso, buscando una ruta de escape entre los árboles, pero Aidan la tomó del brazo con violencia. Fue en

ese instante de máxima tensión cuando el rugido de una fiera humana resonó en el claro.

El rastro en la tierra batida era fresco. La lluvia intermitente de los días anteriores había dejado el suelo del bosque convertido en un lienzo de fango maleable, y para un rastreador experto como Calum, las huellas de las pisadas apresuradas de las dos mujeres eran tan claras como señales en el camino. A lomos de su semental, el joven avanzaba a galope tendido bajo la techumbre de ramas oscuras. La adrenalina le bombeaba con fuerza en las sienes; no se había detenido ni un solo segundo desde que abandonó los muros de la fortaleza. Su cuerpo acusaba el cansancio de la batalla reciente, pero su mente ignoraba el dolor. Guiaba al animal con mano firme, devorando la distancia con la certeza absoluta de que el tiempo jugaba en su contra y con la convicción de que le iba la vida en ello. Cada segundo que pasaba era un segundo más que Ariadna pasaba en peligro. De pronto, el eco lejano de unas voces rompió el susurro del viento entre el follaje. Calum tiró de las riendas con suavidad, ralentizando el paso del caballo hasta detenerlo por completo en un claro protegido por la maleza.

Descabalgó de un salto ágil, casi sin hacer ruido, y palmeó el cuello del animal para que permaneciera quieto. Desenvainó su mandoble con movimientos ensayados y lentos, evitando que el acero chocara contra las piezas de su armadura. Se deslizó entre los arbustos espinosos, conteniendo la respiración, guiado por el sonido de una discusión que se volvía cada vez más nítida. Al asomarse tras el tronco de un viejo roble, la escena se desplegó ante sus ojos y le heló la sangre. Allí estaban. Emi permanecía a un lado, con el rostro

desencajado por la culpa, mientras Aidan sujetaba, con brusquedad, a Ariadna por el brazo. El capitán la zarandeaba sin miramientos, apretando sus dedos con una fuerza desmedida que buscaba quebrar su resistencia y obligarla a caminar hacia la oscuridad del sendero. Ella intentaba zafarse, mostrando una resistencia feroz a pesar de la clara ventaja física de su captor, pero el trato violento del mercenario evidenciaba que no tenía intenciones de ser paciente.

La vista de las manos de Aidan sobre su esposa desató la última chispa de cordura que le quedaba al líder de los Fraser. Con los ojos encendidos en una furia ciega y la espada alzada, Calum comprendió que el tiempo de las dudas había terminado. Era el momento de actuar.

—¡Suéltala, miserable!

Calum emergió de la espesura como un torbellino de acero. Su mandoble brilló bajo la luz de las antorchas lejanas mientras caía con una furia implacable sobre el capitán. El choque de las espadas produjo un estallido de chispas que iluminó la penumbra. Aidan, sorprendido por la brutal embestida, retrocedió a duras penas, bloqueando los golpes de Calum, que peleaba con la fuerza de un hombre poseído por la necesidad de proteger a su esposa.

—¡Te mataré con mis propias manos! —bramó Fraser, arrinconando a Aidan contra las rocas.

Emi, al ver la ferocidad del combate y darse cuenta de que la violencia arrastraría a todos a la tumba, sintió el peso de la culpa aplastar su pecho. El arrepentimiento la invadió por completo.

—¡No! ¡Deteneos! —gritó la joven, perdiendo el control.

En un intento desesperado por enmendar su traición, se interpuso entre ambos guerreros justo cuando Aidan lanzaba una estocada baja y traicionera destinada al costado desprotegido de Calum. El acero de Aidan, desviado por la confusión, atravesó el

pecho de Emi. Un silencio espantoso cayó sobre el claro. Ella cayó de rodillas, con los ojos abiertos por la sorpresa, antes de desplomarse inerte sobre la hojarasca.

—¡Nooo! —gritó Ariadna.

Aidan se quedó estupefacto un segundo ante el error, un instante que Calum no desaprovechó. Con un movimiento certero y fulminante, el líder de los Fraser hundió su espada en el pecho del capitán, terminando con su vida de un solo golpe. El cuerpo de Aidan cayó sin vida a pocos metros de su cómplice. Calum envainó su arma con brusquedad, respirando con dificultad, y se giró de inmediato hacia Ariadna. La tomó por los hombros, atrayéndola hacia su pecho en un abrazo desesperado, besándola en los labios con una mezcla de absoluto alivio y angustia contenida.

—¡Estás a salvo... estás a salvo! —repetía él, hundiendo el rostro en su cabello.

Después, cuando se aseguró que ella estaba a salvo, se aproximó a Emi, estaba muerta. Miró a Ariadna y ella ya supo que no había esperanza de que la muchacha sobreviviese. Se levantó y volvió al lado de su esposa, la abrazó. A medida que la adrenalina del combate descendía, el alivio en el rostro de Calum se transformó con rapidez en una expresión de profunda indignación y enfado. La soltó, dándole espacio, con la mandíbula rígida.

—¿En qué estabas pensando, Ariadna? —le reclamó, con la voz alterada por la ira—. ¿Huir y seguir a una traidora y entregarte a tus enemigos? ¡¿Es que te has vuelto loca?!

Ariadna, aún temblando por la impresión de ver los cuerpos en el suelo, se defendió con vehemencia:

—¡Lo hice por vosotros, Calum! ¡Leí la carta del arzobispo de York! Recordé mi pasado... Yo... Tenía a sus soldados rodeando el castillo Fraser, listos para prenderle fuego a todo. ¡Ibais a morir por

mi culpa, por los secretos de mi pasado! ¡No podía permitir que destruyeran tu hogar y a tu familia!

—¡Soy tu esposo! —rugió Calum, dando un paso hacia ella—. ¡Mi deber, el deber de mi clan, es pelear tus batallas y protegerte! Deberías haber venido a mí en el mismo instante en que leíste ese pergamino. ¿Acaso no confías en mí? ¿Acaso crees que soy tan cobarde como para dejar que te entregues para salvar mi pellejo?

—¡No se trata de cobardía, se trata de deber! —replicó Ariadna, con las lágrimas desbordándose por sus mejillas, enfrentándose a su mirada—. ¡Eran demasiados soldados! Tú estabas en las murallas peleando, tu padre arriesgaba la vida... Si yo me marchaba, el arzobispo prometió retirar sus tropas. Era la única forma de garantizar vuestra supervivencia. No soportaba la idea de que os mataran por mí.

—¡Prefiero sangrar en el campo de batalla defendiendo a mi esposa que vivir sabiendo que te entregaste a un monstruo para comprar mi seguridad! —sentenció Calum, con los ojos encendidos de rabia y dolor—. Formamos una unión, Ariadna. Lo prometimos ante los clanes y ante Dios: tus batallas son las mías. ¡Si vuelves a ocultarme algo así, si vuelves a huir para «salvarme», juro que rastrearé el mundo entero solo para recordarte que ya no estás sola! ¡Nunca más!

Ariadna guardó silencio, impactada por la crudeza de sus palabras y la inmensidad del amor herido que reflejaban. El enfado mutuo flotaba en el aire gélido del bosque, pero bajo la superficie de la discusión, ambos sabían que el lazo que los unía se había vuelto, si cabe, aún más inquebrantable.

Calum la miró y toda la rigidez de su postura comenzó a desmoronarse. No podía verla así; no soportaba sus lágrimas. Su ira no era más que el reflejo de un terror ciego, el miedo atroz de

perderla antes de que hubiera comenzado, siquiera, su vida juntos. Dio un paso al frente, acortó la distancia que los separaba y la envolvió en un abrazo desesperado, hundiéndola contra su pecho con una fuerza que buscaba convencerse de que ella estaba allí, sana y salva.

—Temí no encontrarte... —susurró Calum, con la voz quebrada contra su cabello—. No puedo perderte, amor mío. Si te hubiera pasado algo esta noche..., juro que habría muerto con el alma rota.

Ariadna se aferró a su espalda, escondiendo el rostro en su hombro.

—Tuve tanto miedo, Calum —confesó ella entre lágrimas—. Cuando leí el nombre del arzobispo de York en esa carta, todos los recuerdos regresaron de golpe. Vi la muerte de mi padre, recordé la crueldad de ese hombre... Pensé que si os quedabais a mi lado, os destruiría a todos. No quería que pagaras por los peligros heredados de mi pasado.

Calum la apartó apenas unos centímetros, lo justo para tomar su rostro entre sus manos ásperas. Con los pulgares, secó las lágrimas que resbalaban por sus mejillas.

—¡Escúchame bien, Ariadna! —dijo él, mirándola con una fijeza absoluta—. Tu pasado ya no te pertenece a ti sola, ahora es nuestro. Si ese arzobispo quiere algo que tú tienes, tendrá que enfrentarse primero a mí.

—Prometí en el altar ser tu igual, Calum —replicó ella, sosteniéndole la mirada con una mezcla de orgullo y vulnerabilidad—. No quería que fuera una damisela a la que rescatar. Quería salvar a tu clan, salvarte a ti.

Una pequeña y cansada sonrisa asomó en los labios del guerrero, mitigando los últimos restos de su enfado.

—Y lo has hecho. Tu valor me asombra, de verdad, pero mi

corazón no resistirá otra heroicidad como esta. Prométeme que no volverás a huir. Prométeme que la próxima vez que el mundo intente separarnos, nos mantendremos juntos y lo obligaremos a arrodillarse.

Ariadna asintió despacio, sintiendo cómo la paz y la seguridad regresaban por fin a su pecho.

—Te lo prometo —respondió, esbozando una leve sonrisa—. La próxima vez, lucharemos lado a lado.

—¡Así será! —concluyó Calum antes de inclinar la cabeza y sellar la promesa con un beso largo y pausado, un beso que barrió los vestigios del peligro y del bosque, devolviéndolos al calor de la verdad que habían jurado proteger.

—Calum —susurró ella, rompiendo apenas el silencio protector del abrazo—. Hay algo más que debes saber. Algo sobre lo que realmente busca el arzobispo de York... y por qué me ha perseguido hasta aquí.

Con dedos todavía trémulos, Ariadna deslizó la mano bajo el escote de su vestido y extrajo el colgante de plata con forma de media luna que guardaba con celo. El metal brilló con un fulgor mortecino bajo la penumbra del bosque. Calum lo tomó entre sus dedos curtidos, sopesándolo, mientras limpiaba la fina capa de tierra que lo cubría. Al girarlo hacia la luz, sus ojos se detuvieron en la inscripción en latín grabada con pulcritud milimétrica en el reverso.

Con voz baja y solemne, Calum leyó las palabras:

—*Clavis caeli, porta inferni...* —Frunció el ceño, alzando la mirada hacia ella—. «Llave del cielo, puerta del infierno». ¿Sabes lo que significa, Ariadna? Recuerdo que cuando estuviste tan enferma no dejabas de repetir estas palabras en latín. ¿Qué es este objeto?

—Es la llave que abre la puerta de las sombras, Calum —explicó ella, con un hilo de voz cargado de un temor—. Una reliquia antigua

capaz de quebrar el espíritu de los ejércitos, la que doblega la voluntad de los hombres ante aquel que posee la media luna. El arzobispo la quiere para gobernar sin oposición, por eso destruyó a mi familia. La anciana que me protegió me advirtió que su poder es una maldición. Dijo que la única forma de destruirla para siempre es llevarla a la grieta donde nace el fuego, en las profundidades de las montañas, y arrojarla allí.

Calum contempló el amuleto un instante más antes de cerrarlo con firmeza dentro de su puño, asimilando la magnitud del peligro, pero también la claridad del camino a seguir.

—¡Pues entonces nos desprenderemos de este colgante y todo acabará! —sentenció con absoluta determinación, desterrando cualquier atisbo de duda—. No permitiremos que el legado del arzobispo de York dicte nuestro futuro. Mañana mismo partiremos hacia esa grieta. Juntos.

Ariadna lo miró, sintiendo que el último rastro de angustia se disolvía ante la inquebrantable seguridad de su esposo. Calum alzó la mano libre y acarició con delicadeza su mejilla, obligándola a levantar el rostro. Le sonrió con una ternura infinita, una promesa silenciosa de que ninguna fuerza oscura lograría separarlos, y se inclinó para besarla.

—¡Pobre Emi! —susurró Ariadna, con la voz quebrada por la tristeza.

—Aidan la embaucó —respondió Calum con gravedad—. Era una muchacha humillada constantemente por Lìra y su padre. Supongo que vio en Aidan a su salvador.

—Pero ella... ella era una buena persona —insistió Ariadna, buscando algún consuelo en mitad de la tragedia.

—Lo sé. Pero no tuvo tiempo de arrepentirse antes de que la alcanzara la muerte.

—¿Qué le diremos a Lira y a su padre?

—¡La verdad!

Calum estrechó a su esposa entre sus brazos, intentando resguardarla del frío y del horror de la escena. Sabía que no podían permanecer más tiempo allí; el peligro y la oscuridad los acechaban.

—Le daremos sepultura y nos marcharemos de aquí —sentenció él con suavidad.

Ariadna, con el rostro abatido y las lágrimas contenidas, se limitó a asentir contra su pecho. Tras ocultar el cuerpo de Aidan y dar una digna sepultura a Emi, ambos compartieron una breve y silenciosa oración. Sin mirar atrás, se retiraron hacia una zona apartada de aquel trágico lugar, buscando un refugio seguro donde descansar y reponer fuerzas antes de reiniciar la marcha con los primeros rayos del sol.

Capítulo 26

Calum espoleó con suavidad al caballo para adentrarse en una espesura densa y retirada, lejos de los senderos principales donde los soldados del arzobispo podrían avistarlos. El lugar, protegido por un dosel de robles antiguos y helechos altos, era perfecto para ocultarse. Tras descabalar y asegurar al animal, el guerrero comenzó a apilar ramas secas y yesca con movimientos fluidos y precisos. En pocos minutos, una pequeña llama comenzó a danzar en la penumbra, arrojando destellos rojizos sobre el entorno, bajo la atenta mirada de Ariadna. Al percatarse de la fijeza de sus ojos, Calum avivó el fuego con un sutil soplado y se giró hacia ella con una ceja arqueada.

—¿Por qué me miras así? —preguntó, con un matiz divertido en la voz.

—Me gusta ver tu destreza con el fuego —respondió Ariadna, acomodándose sobre un tronco caído—. Haces que parezca fácil.

Calum sonrió de medio lado limpiándose las manos en los pantalones, mientras acortaba la distancia entre ambos.

—Yo creo que lo que te gusta en realidad es observarme a mí.

—¡Qué seguro estás de ti mismo! —exclamó ella, soltando una pequeña risa y cruzándose de brazos—. Pues lamento decirte que

estás muy equivocado, Calum Fraser.

—¿Ah, sí? —replicó, agachándose frente a ella con una mirada cargada de complicidad—. No me niegues que te resulto completamente irresistible. Puedo verlo en tus ojos —añadió en un susurro, al tiempo que extendía una mano para rozar la punta de su nariz con la yema de los dedos.

—¡Eres un engreído!—se mofó ella, empujándolo con suavidad por el hombro—. ¡Un auténtico engreído!

Sin previo aviso, Calum la tomó por la cintura y la levantó de un salto, pegando su cuerpo al de él. Ariadna ahogó una exclamación de sorpresa que de inmediato se transformó en una carcajada.

—Así que un engreído, ¿eh? —susurró él justo antes de inclinar la cabeza.

Comenzó a besarla con suavidad en la mejilla, ascendiendo con lentitud hacia la comisura de los labios y deleitándose después en la calidez de su cuello. El contacto de su piel hizo que Ariadna entrelazara los dedos en el cabello del guerrero.

—Sí... —susurró Ariadna, buscando su mirada—. Un engreído muy atractivo... que me encanta... No puedo ocultarlo.

—¡Lo sabía! —afirmó él con suficiencia, rozando sus labios con los de ella—. Sabía que caerías rendida ante este escocés cabezota.

—¡Calum! —Rio ella de nuevo, abrazándolo por el cuello—. No tientes a la suerte, que aún estoy a tiempo de regresar y dejarte solo en este bosque.

—¡Ni hablar! Ahora que te tengo a mi lado no pienso dejarte ir tan fácilmente —respondió él, suavizando el tono y depositando un beso tierno y prolongado en sus labios.

Cuando la noche se volvió más cerrada y el frío de la montaña comenzó a calar, Calum la acomodó sobre un lecho de ramas secas, la arropó con su pesado *plaid* de lana y la abrazó con firmeza contra

su pecho para protegerla de la brisa helada. Aunque insistió en que ella descansara para reponer fuerzas, el guerrero apenas pegó ojo. Permaneció en una vigilia tensa y silenciosa, con la mano siempre cerca del pomo de su espada, agudizando el oído ante cualquier crujido del bosque. Era consciente del peligro que los acechaba.

La oscuridad de la noche comenzaba a ceder ante un tímido resplandor azulado. Antes de que los primeros rayos del amanecer lograran asomar por el horizonte, el campamento ya había quedado atrás. El aire de la madrugada era frío y estaba cargado con el olor a tierra mojada y a pino.

Ariadna se acomodó en el caballo, justo delante de él. Calum, con la familiaridad de quien conoce cada movimiento de su montura, la rodeó con firmeza con ambos brazos, aferrando las riendas con pulso seguro. El gran semental negro exhaló un vaho espeso antes de ponerse en marcha, adentrándose con paso firme en la densa niebla matutina que flotaba sobre el valle como un mar de nubes bajas. El silencio entre los dos era espeso, interrumpido solo por el rítmico ruido de los cascos del caballo contra el suelo blando. Ariadna mantenía la mirada fija al frente, pero su mente era un torbellino de culpa. Sintiendo el calor del pecho de Calum contra su espalda, apoyó la cabeza un momento antes de romper el hielo.

—Perdón —susurró, con la voz quebrada por el cansancio y el remordimiento.

Calum ladeó la cabeza arrimando la barbilla a su hombro para escucharla mejor sobre el rumor del viento.

—¿Perdón? —preguntó con extrañeza—. ¿Por qué me pides perdón?

—Te he arrastrado a esto... a un gran peligro —respondió ella, apretando las manos sobre el cuero de la silla—. Y ahora, fíjate en dónde estamos. He puesto en peligro tu vida, tu libertad... y a tu

familia. No te merecías esta carga.

Una leve vibración en el pecho del escocés delató una risa silenciosa.

—Bueno, si he de ser sincero... desde la primera vez que te vi en aquella cascada supe perfectamente que me traerías problemas.

Ariadna reaccionó de inmediato. Enderezó la espalda y arqueó una ceja, volviendo un poco el rostro para clavar sus ojos en él, fingiendo indignación.

—¿Problemas? ¿Ah, sí?

—¡Oh, sí, de los peores! —replicó Calum con una chispa de diversión en la mirada, aunque su tono se volvió cálido enseguida—. Supe en ese mismo instante que me enamoraría de ti irremediablemente, y que me llevarías directo a la perdición.

—¿A la perdición? —reprochó ella con una media sonrisa, aunque sus ojos aún reflejaban melancolía.

Calum soltó una carcajada limpia que pareció ahuyentar la niebla a su alrededor. Estrechó el agarre de sus brazos, apegándola más a él, buscando transmitirle toda la seguridad que sus palabras poseían.

—¡Sabes bien que no es cierto, testaruda! No tienes absolutamente nada por lo que pedirme perdón. Te amo, Ariadna. Me casé contigo por la ley de los hombres y ante los ojos de Dios por puro amor. Desde el primer día sabía que te buscaban, sabía que tu camino te conducía a ese lugar maldito, y nada de eso me importó entonces ni me importa ahora.

Hizo una breve pausa, permitiendo que el semental sorteara un tramo pedregoso antes de continuar:

—¡Volvería a casarme contigo mil veces más, en esta vida y en las que vengan! Estoy junto a ti en cada paso, en lo bueno y en lo malo, en la paz y en la tormenta. Dios nos protegerá, ya lo verás. No estás sola en esto; tu destino es el mío.

Ariadna sintió un nudo en la garganta, pero esta vez no era de tristeza, sino de una profunda emoción. Se giró lo suficiente para poder delinear con la mirada el perfil recio de su esposo, iluminado por los primeros destellos dorados del sol, que empezaban a cruzar las nubes.

—A veces me pregunto qué hice para merecer a un hombre como tú —murmuró ella, extendiendo una mano hacia atrás para acariciar la mejilla áspera de Calum, donde la barba de varios días empezaba a asomar—. Tienes el corazón demasiado noble para este mundo tan oscuro.

—Mi mundo era oscuro antes de que aparecieras tú —respondió él, ladeando el rostro para besar la palma de la mano de su esposa—. Si tengo que luchar contra el arzobispo, contra Hilton o contra el mismísimo infierno para mantenerte a mi lado, lo haré sin pestañear.

Ariadna sonrió, sintiendo cómo el miedo que le atenazaba el pecho se disolvía por completo, reemplazado por una fe inquebrantable.

—Entonces mantengamos el paso —dijo ella, volviéndose hacia el frente con renovada determinación—. Porque donde tú vayas, yo iré.

—Siempre —sentenció Calum, espoleando con suavidad al caballo, que aceleró el trote adentrándose en el nuevo día.

Capítulo 27

El viaje no fue muy largo, apenas dos horas y ya estaban en el Lago de las Sombras. El lugar hacía honor a su nombre: una vasta extensión de aguas oscuras, densas y quietas como un espejo de obsidiana, encajonada entre riscos de piedra gris que impedían el paso directo de la luz. La bruma flotaba sobre la superficie, otorgando al paisaje un aire espectral y silencioso.

Calum detuvo al caballo entre la maleza alta y escudriñó la orilla principal. Enseguida se percató de la presencia de sus enemigos. El arzobispo de York permanecía en el centro del campamento provisional, ataviado con sus ropajes oscuros y escoltado por un imponente caballero inglés de armadura brillante y varios soldados armados que vigilaban el perímetro.

—Tenemos que adentrarnos en este lugar por otro acceso —murmuró Calum cerca del oído de Ariadna—. Solo así podremos llegar a la Roca del Arrepentimiento sin que nos corten el paso.

—Pero nos verán —señaló ella con preocupación, observando el despliegue militar—. Tienen el lago vigilado. No parece haber ni una sola parte desprotegida.

—Ven, confía en mí.

El viento soplaba con un silbido lúgubre entre las grietas de la

montaña. Calum guio a Ariadna a pie hacia un rincón de la ladera que desafiaba a la vista; una hendidura casi invisible, sepultada bajo una densa cortina de hiedra salvaje que caía como un manto verde sobre el gris de las rocas desprendidas. Tras la maleza, se abría un sendero escarpado y estrecho, una lengua de piedra apenas transitable que bordeaba el contorno del lago por su lado más abrupto. La propia geografía del terreno los envolvía, protegiéndolos de las miradas vigilantes de los enemigos.

Avanzaron con extrema cautela. El silencio era tenso, roto solo por el crujido de la grava bajo sus botas y sus propias respiraciones contenidas. Rodearon la imponente masa de agua negra, cuya superficie permanecía tan inmóvil y oscura como un espejo de obsidiana, hasta alcanzar la orilla que miraba hacia el pequeño islote central. Allí, erigiéndose de forma majestuosa y tétrica en mitad de la nada, se alzaba la Roca del Arrepentimiento. Era una formación monolítica, oscura y veteada por siglos de erosión, una mole de piedra que parecía absorber la escasa luz del día, custodiando los secretos que estaban a punto de desenterrar.

Calum condujo al caballo hacia la espesura de unos matorrales, asegurando las riendas en un tronco para mantenerlo oculto. En esa zona, el nivel del lago descendía bastante, dejando al descubierto una hilera de piedras grandes y resbaladizas que servían de puente natural, aunque traicionero, hacia el islote. Calum miró el calzado de Ariadna y luego sus ojos se posaron en las aguas oscuras, imaginó el frío calando en los huesos de su esposa y, sin previo aviso ni pedir permiso, se agachó y la alzó con firmeza sobre su hombro.

—¿Qué haces, Calum? —susurró ella de inmediato, conteniendo un grito de sorpresa mientras se aferraba a su espalda.

—Atravesar el agua —respondió él con voz queda, acomodándola con naturalidad—. Así no te mojarás. El frío de este lago corta como

un cuchillo.

—Pero vas a perder el equilibrio, nos vamos a caer los dos — protestó Ariadna, sintiendo el bamboleo de sus pasos sobre la primera piedra húmeda.

—Tranquila. Estoy más que acostumbrado a llevar animales sobre mi hombro y a cruzar ríos mucho más bravos que este cuando transportaba el ganado de mi familia por los valles.

Ariadna, a pesar de la tensión del momento, arqueó una ceja y los labios en una mueca de incredulidad.

—¿Me estás comparando con tu ganado?

Calum no pudo evitar que una sonrisa iluminara su rostro severo ante el comentario. Detuvo el paso un segundo sobre una roca firme para mirarla de reojo.

—¡No, por supuesto que no! Tú eres mucho más valiosa que todo el ganado de las Highlands. Eres la mujer que amo, mi esposa. Y si era capaz de arriesgar el pellejo por mis animales, con más motivo y orgullo lo haré por ti.

Ariadna suavizó la mirada, conmovida, aunque mantuvo el tono desafiante para ocultar sus nervios.

—Cuando todo esto acabe y estemos a salvo, me tendrás que explicar muy bien esa analogía, Calum.

Él soltó una breve risita que ahogó de inmediato, retomando el avance con paso firme sobre las piedras húmedas.

—¡Lo haré! Pero ahora, anda, no hables más..., las rocas tienen oídos y el viento puede llevar nuestras voces hasta los enemigos.

El arzobispo caminaba de un lado a otro, con sus pesados ropajes arrastrándose por el barro, mientras Hilton permanecía de pie, con la

mano apoyada en el pomo de su espada, escudriñando la niebla que bajaba de las colinas. La paciencia de ambos se había agotado hacía horas.

—¡Esto es inaceptable! —siseó el arzobispo, con la voz temblando de rabia contenida—. La mujer tenía que estar aquí al amanecer, y ese maldito rebelde, ¿Aidan?, también.

—¡Vendrán! —respondió Hilton, aunque sus propios ojos delataban una creciente inquietud.

En ese instante, el crujido de unas ramas secas interrumpió la discusión. Uno de los soldados del destacamento de Hilton apareció corriendo, jadeando por el esfuerzo, y se detuvo ante ellos señalando hacia la parte más escarpada del lago.

—¡Señor! —exclamó el soldado, recuperando el aliento—. Hemos patrullado la ribera este. Hay un caballo oculto entre los matorrales, justo en la zona donde el lago es más estrecho.

Hilton y el arzobispo se miraron. La revelación cayó sobre ellos como un balde de agua fría. La sospecha se transformó en una certeza rabiosa: Ariadna los había engañado; los rodeó en lugar de presentarse frente a ellos.

—¡Maldita sea su estirpe! —rugió el arzobispo, con el rostro desencajado por la furia—. ¡Si su caballo está ahí, significa que ya ha cruzado al islote! ¡Nos ha tomado por idiotas!

—No llegará lejos —dijo Hilton, apretando los dientes y haciendo una seña a sus hombres—. ¡Muévanse! ¡Corran hacia la orilla!

—¿No lo entiendes, estúpido? —gritó el arzobispo, siguiéndole el paso con torpeza pero con una prisa desesperada—. ¡Hay que llegar hasta la roca antes de que se deshaga del colgante! Si destruye la reliquia o la arroja en el fuego del fondo de la grieta de la roca..., todo lo que hemos planeado se convertirá en cenizas. ¡Muévete, Hilton!

Al llegar a la orilla oculta, el guerrero desató una pequeña barca de madera que sus hombres habían preparado de manera estratégica con antelación. El arzobispo, Hilton y los soldados subieron a bordo a toda prisa. Los remos golpearon el agua negra con desesperación, rompiendo la quietud del lago.

En el islote, ajena a la persecución, Ariadna se aproximó con lentitud hacia la imponente mole de piedra. De cerca, la Roca del Arrepentimiento resultaba sobrecogedora. En su centro, una hendidura vertical se abría como una herida sangrante en la tierra: una grieta profunda que emanaba un calor antinatural y un brillo anaranjado. En el fondo del abismo interior se alcanzaba a ver el borboteo denso y abrasador de la lava. Con las manos temblorosas y la respiración entrecortada, Ariadna se llevó los dedos al cuello. El frío del metal contrastaba con el calor sofocante que ascendía del abismo. Tras un breve forcejeo logró desprenderse del colgante de media luna. La reliquia quedó suspendida en su palma, destellando con un fulgor hipnótico y anaranjado bajo el reflejo del fuego subterráneo que rugía en las entrañas de la roca. Ariadna dio un paso hacia el borde, pero el miedo la paralizó un instante. El abismo rugía con una fuerza ancestral, y el peso de siglos de maldición parecía concentrarse en esa pequeña pieza de joyería. Sintiendo que las fuerzas le fallaban, buscó el único anclaje real que tenía en ese lugar: a Calum. Él no se había apartado de su lado. Al notar su vacilación, él dio un paso al frente y la sostuvo con una de sus manos, envolviendo sus dedos con firmeza pero con una delicadeza infinita. El calor de su palma le devolvió el pulso a la realidad. Ariadna lo miró, con los ojos abiertos de par en par, buscando en las facciones de su esposo la fuerza que a ella le faltaba.

Calum la contempló y, con un sutil pero tierno apretón en sus dedos, esbozó una media sonrisa cargada de una complicidad

absoluta. No había duda en sus ojos. Él asintió con la cabeza, un gesto firme y pausado que comunicaba más que cualquier discurso: era el momento de soltar el pasado.

—Estoy contigo —susurró Calum, arrimando su rostro al de ella para que su voz se escuchara por encima del borboteo de la lava—. ¡Hazlo, déjalo ir! Libéranos de una vez por todas.

Ariadna asimiló sus palabras y el miedo en su pecho se transformó en pura determinación. Le devolvió la mirada con una sonrisa cómplice, asintiendo a su vez.

—Juntos —respondió ella en un hilo de voz.

—¡Siempre juntos! —reafirmó él, sin soltar su mano, dándole el último empuje anímico que necesitaba.

Ariadna respiró hondo, llenando sus pulmones del aire espeso del islote, y estiró el brazo con firmeza sobre la grieta incandescente. Abrió los dedos, dispuesta a dejar caer el colgante y terminar con la pesadilla para siempre.

—¡Detén tus manos, mujer insolente! —Una voz atronadora y cargada de veneno resonó en las paredes del islote.

Ariadna se sobresaltó, congelándose en el sitio. Del sendero inferior aparecieron el arzobispo y Hilton, con los ojos inyectados en sangre, flanqueados por soldados. Antes de que Calum pudiera desenvainar su espada, los guardias, aprovechando el factor sorpresa, se abalanzaron sobre él en un movimiento coordinado. Tras una breve pero feroz lucha en la que Calum logró golpear a uno, el peso de ambos hombres lo superó. Lo derribaron contra el suelo de piedra, amarrándole los brazos con fuerza a la espalda.

—¡Calum! —gritó Ariadna, pero Hilton la interceptó, colocándole una fría daga en el cuello, mientras otro de los guardias apoyaba el filo de una espada en su costado.

—¡Un solo movimiento, muchacha, y derramaré tu sangre sobre

este templo de piedra! —amenazó Hilton con una sonrisa cruel.

Ariadna se vio forzada a ceder. Con los ojos llenos de impotencia y lágrimas de rabia, extendió la mano abierta. El arzobispo se acercó con pasos ávidos, casi felinos, y le arrebató el colgante de media luna de un zarpazo.

Olvidándose del mundo, el clérigo se aproximó al borde de la roca. Sus ojos reflejaban la luz de la lava, pero había algo más en ellos: una locura ciega. Elevó la reliquia maldita hacia el cielo y comenzó a pronunciar unas frases en un idioma antiguo, sibilante y desconocido, que hacía erizar la piel. Su voz no parecía la suya; resonaba como si estuviera poseído por una fuerza oscura y ancestral.

Calum se retorció en el suelo, rugiendo de furia, intentando zafarse de las cuerdas que le cortaban la piel.

La hoja helada de la daga presionaba la piel del cuello de Ariadna, obligándola a inclinar la cabeza hacia atrás. Calum, inmovilizado contra el suelo de piedra por los soldados, sentía que la impotencia le quemaba el pecho más que el propio calor de la lava que rugía a pocos metros.

—¡Suéltala! ¡Maldito seas, Hilton, mírame a mí! —rugió Calum, con los ojos inyectados en sangre y las venas del cuello marcadas por el esfuerzo de romper sus ataduras—. ¡Tu problema no es ella! ¡Enfréntame como un hombre!

Hilton soltó una carcajada seca, un sonido carente de toda empatía, mientras afianzaba el agarre sobre el cabello de Ariadna para mantenerla inmóvil. Disfrutaba ver al fiero guerrero de las Highlands suplicar y rugir como un animal enjaulado.

—¡No estás en posición de exigir nada, maldito salvaje! —escupió el inglés, ladeando la cabeza con una sonrisa sádica—. ¿De verdad creías que podías ganar este juego? ¡Mírate! No puedes

hacer nada. ¿Sabes lo que sucederá ahora? Ella morirá aquí mismo, y tú te quedarás vivo lo suficiente para ver cómo tu precioso mundo se reduce a cenizas.

Ariadna, a pesar de sentir el filo de la daga rozando su garganta con cada respiración, clavó su mirada en Calum. Había miedo en sus ojos, pero también una dignidad que se negaba a doblegarse ante sus captores.

—¡No le ruegues, Calum! —consiguió exclamar ella, ignorando la advertencia del metal en su piel—. ¡No les des el placer de verte suplicar! El colgante ya no les pertenece, su poder está maldito y ellos también lo están.

—¡Silencio, bruja! —intervino el arzobispo, dando un paso al frente.

El clérigo ya no parecía un hombre de fe; sus ropajes estaban manchados de hollín y sus ojos brillaban con una codicia fanática mientras contemplaba la reliquia de la media luna en su mano. La cercanía de la Roca del Arrepentimiento parecía haber desatado su verdadera naturaleza.

—Tu linaje ha custodiado este secreto por demasiado tiempo, ocultándolo de la verdadera iglesia —continuó el arzobispo, señalando a Ariadna con un dedo tembloroso por la excitación—. Tu muerte no es un capricho, es el sacrificio necesario para sellar el pacto. Con tu sangre y esta reliquia, el poder de este lugar nos pertenecerá. Tu Dios te ha abandonado en este islote.

—¡Dios nunca ha estado de su lado! —replicó Calum, interrumpiéndolo con la voz ronca de furia, logrando arrodillarse a pesar del peso de los soldados—. ¡Mírese las manos! Apestan a traición y a ambición desmedida. ¡Si derraman una sola gota de su sangre, les juro por la memoria de mis ancestros que perseguiré sus almas hasta el mismo infierno! ¡No saldrán vivos de esta roca!

Hilton presionó la daga un milímetro más, haciendo surgir una finísima línea roja en el cuello de Ariadna.

—¡Tus amenazas vacías no nos asustan, escocés! Tu esposa va a pagar el precio de tu osadía, y no habrá milagro que la salve. El tiempo de jugar a los héroes se ha terminado.

Capítulo 28

Entre la maleza perenne y las sombras proyectadas por las rocas de la orilla opuesta del lago, dos siluetas permanecían agazapadas, camufladas por la densa niebla del islote, observando ocultos todo lo que ocurría; querían saltar sobre esos hombres, pero sabían que debían aguardar el momento más idóneo. Fergus y Ewan apenas respiraban; sus miradas, agudas como las de dos halcones, no perdían un solo detalle del drama que se desarrollaba al otro lado del agua. Su presencia allí no era fruto de la casualidad. Habían seguido el rastro de la pareja desde las mismas puertas del castillo. Sabían que el terreno hacia el que se dirigían Calum y Ariadna era una trampa mortal, un territorio abrupto donde la geografía jugaba en contra de cualquiera. Bajo ninguna circunstancia iban a permitir que su líder caminara directo hacia la boca del lobo sin una retaguardia.

La misión no solo respondía a los lazos inquebrantables de la amistad, detrás de sus pasos resonaban también las palabras firmes y cargadas de angustia de Donald, consciente de que su hijo y Ariadna se enfrentaban a una amenaza que escapaba a su control y que involucraba hilos de poder eclesiástico y ambición desmedida; les había encomendado una última orden antes de que partieran:

«¡Proteged a mi hijo y su esposa y traedlos vivos!», esas fueron sus palabras, mandato que ambos estaban dispuestos a cumplir. Por ello, en cuanto los muros del castillo se declararon fuera de peligro y los habitantes del clan estuvieron a salvo tras el asalto, Fergus y Ewan no perdieron un solo segundo. Montaron sus caballos y salieron al galope, cortando el viento de la madrugada. Conocían las huellas del semental de Calum a la perfección; sabían descifrar la profundidad de su pisada y el ritmo de su marcha sobre el barro y la hojarasca. Ese rastro, casi invisible para un ojo inexperto, los había guiado de manera infalible hasta la ribera escondida, donde la presencia de huellas de varios hombres y las voces distantes confirmaron sus peores sospechas.

Ewan deslizó los dedos con suavidad hacia el pomo de su espada, asegurándose de que el acero saliera limpio y sin ruido de la vaina. Ladeó la cabeza hacia su compañero, con la mandíbula tensa.

—Están rodeados —susurró Ewan, con la voz apenas más alta que el roce de las hojas—. Tienen a la muchacha contra la piedra y a Calum en el suelo. El tiempo se nos acaba.

Fergus, manteniendo la vista fija en los dos soldados que custodiaban a su amigo, asintió con una gravedad pétrea. Su mano libre se apoyó en el hombro de Ewan, midiendo el momento exacto para el asalto.

—Donald nos confió sus vidas, pero es nuestra propia sangre la que nos obliga a actuar —respondió Fergus en un murmullo helado—. No vamos a dejar solo a nuestro amigo. Prepárate. Entraremos por el flanco ciego en cuanto el arzobispo se distraiga con esa reliquia. Un solo golpe, certero y definitivo.

Los dos guerreros se agacharon un poco más, tensando los músculos de las piernas como felinos listos para saltar sobre su presa. No hacían falta palabras entre ellos; el plan se trazó con una

sola mirada.

—Ahora —susurró Fergus.

Como dos exhalaciones nacidas de la misma niebla, ambos guerreros salieron de su escondite con las espadas desenvainadas. El acero brilló en el aire con un zumbido letal, y el factor sorpresa les dio una ventaja inmediata y devastadora.

Con movimientos fluidos y brutales, Fergus y Ewan se abalanzaron sobre el enemigo. Al ver la súbita irrupción de los escoceses, Hilton soltó a Ariadna con brusquedad, empujándola hacia el último de sus soldados que quedaba libre para que la retuviera. Sin perder un segundo, retrocedió a paso rápido hasta ponerse al lado del arzobispo, interponiendo su cuerpo y su espada; su prioridad absoluta en ese instante de caos era proteger la vida del clérigo y la reliquia.

Mientras tanto, la ofensiva de los recién llegados no dio tregua. Coordinados como si compartieran una misma mente, Fergus y Ewan enfilaron sus armas hacia los guardias. Fergus, aprovechando la corta distancia, fintó hacia la izquierda y descargó un golpe seco y tremendo con el pomo de su pesada espada en la sien del primer soldado. El hombre cayó de rodillas antes de desplomarse inconsciente sobre la fría superficie de piedra. Casi al mismo tiempo, Ewan arremetió contra los otros guardias que intentaban reaccionar. Con un giro limpio y un tajo certero, los derribó de espaldas, neutralizando la amenaza en un abrir y cerrar de ojos. La violenta embestida rompió las líneas enemigas, obligando al soldado que retenía a Ariadna a soltarla para intentar defenderse. En cuestión de segundos, la pareja quedó liberada del yugo de sus captores.

—¡Calum, levántate! —gritó Ewan, cortando sus amarras de un solo tajo.

Calum se puso en pie de un salto, recuperando su espada del

suelo. Con sus amigos a su lado, arremetieron enfurecidos contra Hilton y el arzobispo. La zona del islote se convirtió en un caos de acero chocando contra acero. Calum arrinconó a Hilton, intercambiando estocadas salvajes llenas de odio acumulado. Pero de repente, un rugido ensordecedor que parecía provenir del centro de la tierra hizo que el suelo vibrara con violencia. La gravedad pareció alterarse. Debajo de la roca monolítica, el suelo comenzó a resquebrajarse con chasquidos similares a truenos. Una grieta enorme y zigzagueante se abrió de golpe, ensanchándose a una velocidad aterradora y dejando ver el torrente de lava incandescente que ascendía con furia.

Hilton, desestabilizado por el temblor, perdió el equilibrio hacia atrás. En un intento desesperado por salvarse, se aferró a las túnicas del arzobispo. Este, que seguía absorto en sus cánticos de locura, no pudo reaccionar a tiempo. Ambos hombres tropezaron en el borde del nuevo abismo.

Con un grito ahogado que fue devorado por el rugido del fuego, Hilton y el arzobispo cayeron al vacío, arrastrando consigo el colgante de media luna. El metal y los cuerpos desaparecieron en el acto, tragados por el manto de lava ardiente.

El silencio volvió a reinar de golpe, un silencio aterrador. Calum, Ariadna, Fergus y Ewan se quedaron petrificados en su sitio, con los ojos desorbitados ante la espantosa escena que acababan de presenciar. La reliquia y sus enemigos habían desaparecido para siempre.

Un nuevo temblor, esta vez más violento, los sacó del estupor. Varias rocas de la ladera comenzaron a desprenderse, cayendo al lago con grandes estruendos.

—¡Debemos irnos de aquí! —gritó Calum, cubriéndose la cabeza mientras el suelo amenazaba con romperse bajo sus pies—. ¡La

tierra está temblando, el islote se va a colapsar!

No había tiempo que perder; la pequeña isla se desmoronaba por segundos. Calum, con los reflejos propios de un guerrero que desafía a la muerte, no esperó a que el humo se disipara. En un movimiento rápido y protector, enlazó sus dedos con los de Ariadna, apretando su mano con una fuerza descomunal pero reconfortante.

—¡No me sueltes, Ariadna! ¡Corre! —le gritó por encima del estruendo, tirando de ella para iniciar una huida frenética.

A su zaga, Ewan y Fergus se colocaron en posición de retaguardia, con las espadas aún desenvainadas por si el terreno les deparaba otra sorpresa.

—¡Esto se cae! —bramó Fergus, esquivando por milímetros un bloque de piedra que se estrelló contra el suelo, levantando una lluvia de esquirlas.

El regreso fue una auténtica carrera por la supervivencia. Se lanzaron a cruzar la lengua de tierra sumergida, un camino que ahora era una trampa mortal. Avanzaron saltando a ciegas entre las piedras grandes que ya comenzaban a tambalearse y a hundirse en el agua. El lago ya no era lúgubre y frío; el calor subterráneo lo hacía hervir en varias zonas, levantando densas cortinas de vapor ardiente que dificultaban la visión y quemaban la garganta.

Ariadna resbaló en una roca húmeda, pero el agarre de Calum fue implacable. Él la sostuvo en vilo, impidiendo que cayera al agua hirviente.

—¡Estoy contigo, aguanta! —le infundió aliento Calum, cruzando el último tramo mientras esquivaban los fragmentos de roca que llovían desde lo alto de la ladera.

Con el corazón latiendo desbocado en la garganta y los pulmones ardiendo por el esfuerzo, lograron alcanzar el sendero escarpado de la ladera. Justo en el instante en que sus botas pisaron

tierra firme, un crujido colosal sacudió el valle: la Roca del Arrepentimiento terminó de fracturarse, derrumbándose sobre sí misma en un torbellino de fuego, ceniza y piedra, sepultando el colgante y sus secretos bajo el fondo del lago para siempre.

No se detuvieron a mirar. Siguieron corriendo colina arriba, adentrándose en la espesura del bosque, espoleados por el pánico y el instinto. Rompieron la maleza y avanzaron hasta que el suelo dejó de vibrar bajo sus pies y el aire recuperó su pureza, volviéndose limpio, frío y libre de la densa humareda de azufre que casi los asfixia.

Llegados a un claro seguro, rodeados por robles que se mantenían firmes, el grupo se detuvo de golpe. Se doblaron sobre sus rodillas, jadeando de forma aparatosa, con el sudor corriéndoles por la frente y las ropas cubiertas de ceniza, asimilando poco a poco en el silencio del bosque que, contra todo pronóstico, por fin estaban a salvo.

Calum se volvió hacia sus dos leales hermanos de armas. Los miró con los ojos empañados por la gratitud.

—¡Gracias, amigos! Si no llega a ser por vosotros... no lo habríamos contado.

Fergus y Ewan sonrieron, aliviados. Se acercaron y, en un gesto de hermandad inquebrantable, formaron un círculo estrecho, entrelazando sus brazos sobre los hombros de los demás, uniendo sus frentes por un segundo en señal de victoria y lealtad. Calum rompió el círculo y giró la vista hacia su esposa, que permanecía un poco apartada, tratando de asimilar el fin de la pesadilla. Él caminó hacia ella con pasos firmes, la tomó de la cintura con delicadeza y la atrajo hacia el grupo, integrándola por completo en su mundo.

La miró a los ojos, rodeó su rostro con sus grandes manos y la besó con una ternura profunda, un beso que sellaba el inicio de su

nueva vida. Al separarse apenas unos milímetros, le susurró al oído con voz suave pero firme:

—Ya pasó todo, amor mío. Ya estamos a salvo. Regresamos a casa.

Capítulo 29

Habían pasado ya varios meses desde que la pesadilla en la Roca del Arrepentimiento llegó a su fin. El miedo que antes flotaba en el aire se había disipado, reemplazado por la paz que tanto había ansiado el clan Fraser.

Esa mañana, Calum se despertó antes de que el sol lograra entibiar las Tierras Altas. Fiel a sus costumbres, bajó hasta el río y se sumergió en las aguas heladas, dejando que la corriente limpia espabilara su cuerpo. De regreso al castillo, mientras cruzaba las colinas cubiertas de rocío, sus ojos se posaron en una pequeña agrupación de flores silvestres. Sonrió para sí mismo. Se agachó y recogió un delicado ramo de brezo blanco. Subió con rapidez los escalones de piedra de la torre, pero sin hacer ruido, y empujó la pesada puerta de madera de sus aposentos. Ariadna aún dormía, envuelta en las sábanas de lino, con el cabello castaño desparramado sobre la almohada. Calum se acercó a la cama y dejó el ramo con delicadeza junto a su rostro. Luego, con la yema de los dedos, delineó la suavidad de su mejilla. Al mirarla, no pudo evitar que los recuerdos de la noche anterior lo asaltaran con una calidez abrasadora. Recordó la intimidad compartida a la luz de las velas moribundas; las manos de Ariadna enredadas en su espalda, el roce

de sus pieles desnudas y la urgencia de sus besos, que ya no nacían del miedo a perderse, sino de la certeza absoluta de pertenecerse. Habían hecho el amor con una entrega lenta y profunda, uniendo sus cuerpos en un santuario de promesas silenciosas y suspiros que aún parecían flotar en el aire de la habitación.

Incapaz de contenerse, Calum se inclinó y posó sus labios sobre los de ella en un beso tierno. Ariadna se removió entre las sábanas, abrió los ojos y parpadeó, asimilando la claridad matutina. Al percibir el aroma dulce del brezo blanco a su lado, una sonrisa radiante iluminó su rostro. Sin pensarlo, rodeó el cuello de su esposo con los brazos y lo atrajo hacia sí para besarlo con renovado entusiasmo.

—¿Te he dicho hoy cuánto te amo? —le susurró ella al oído, con la voz pastosa por el sueño.

—No —respondió Calum, ensanchando su sonrisa mientras mantenía sus rostros a escasos centímetros—. Hoy todavía no lo he escuchado.

Ariadna soltó una risita suave, una muestra de la complicidad que compartían.

—¡Te amo, te amo, te amo!

Él sonrió e, incorporándola con delicadeza en la cama, la rodeó con sus brazos fuertes, besándola una vez.

—¡Vístete, perezosa! Hoy tengo una sorpresa para ti; quiero que conozcas a alguien muy especial para mí.

Ariadna lo miró con curiosidad, arqueando una ceja.

—¿A estas horas? ¿Y se puede saber quién es?

—Si te lo dijera dejaría de ser una sorpresa —replicó él con un guiño—. Ponte algo abrigado, el viento sopla fresco en el valle.

Un rato después, Calum la esperaba en la quietud de los establos. Ya había preparado a su semental negro, cuyo pelaje brillaba tras el cepillado. Ayudó a Ariadna a subir a la grupa y,

montando tras ella, la rodeó con los brazos, tomando las riendas. El caballo emprendió un trote constante, alejándose del castillo y adentrándose en los senderos ocultos del clan, hasta que el rumor distante y majestuoso del agua anunció su destino.

Llegaron a las cascadas. El agua caía con fuerza desde lo alto, rompiéndose en una espuma blanca que reflejaba los destellos del sol matutino.

Calum detuvo al caballo y desmontó, ayudando a Ariadna a bajar. El lugar estaba igual que la primera vez.

—¿Recuerdas este sitio? —le preguntó él, tomándola de la mano mientras contemplaban la caída del agua.

—¿Cómo podría olvidarlo? —respondió Ariadna, con los ojos brillantes por la nostalgia—. Aquí fue donde nos conocimos. Tú apareciste de la nada, desconfiado y arrogante, mirándome como si fuera una intrusa.

—Y tú me miraste como si fuera un enemigo —añadió Calum con ternura, entrelazando sus dedos con los de ella—. En este mismo lugar cambié mi vida, aunque en ese momento fuera demasiado testarudo para admitirlo.

Sin soltar su mano, Calum la guio con paso firme hacia la base de la cascada. Tras rodear la caída de agua se adentraron por una abertura semioculta, una especie de cueva natural donde el sonido del agua se convertía en un eco profundo. Cruzaron el umbral de roca y comenzaron a subir por un sendero empinado que zigzagueaba hacia la zona más alta del acantilado.

Al coronar la cima, el paisaje dejó a Ariadna sin aliento. Era un claro elevado, alfombrado de verde y rodeado de rocas antiguas, un rincón que transmitía una paz casi divina, suspendido entre el cielo y la tierra.

—Aquí está a quien quiero que conozcas —anunció Calum con

voz serena.

De una pequeña cueva situada al fondo del claro, una figura anciana vestida con el desgastado hábito de los monjes se aproximó a ellos. El fraile caminaba con pasos pausados, marcando un ritmo tranquilo sobre la hierba húmeda mientras se apoyaba en un tosco bastón de madera de fresno. A pesar de los surcos que el tiempo había trazado en su rostro, sus ojos conservaban una viveza asombrosa, irradiando una sabiduría y una bondad inmensas. Se detuvo a pocos pasos de la pareja, contemplándolos con una sonrisa mansa que parecía albergar todos los secretos del valle.

—¡Sabía que vendrías, muchacho! —dijo el anciano, con una voz profunda.

Calum dio un paso al frente, enderezando la espalda con un profundo respeto que Ariadna rara vez le había visto mostrar ante otros hombres.

—Padre —dijo Calum, inclinando la cabeza—. He venido con mi esposa. Quiero que nos dé su bendición.

El monje desvió su mirada hacia Ariadna. La evaluó con detenimiento, no con desconfianza, sino con la curiosidad de quien reconoce un alma noble a primera vista. Ariadna, conmovida por la serenidad del lugar, dio un paso al lado de su esposo y sostuvo la mirada del anciano.

—¿¡Así que tú eres la mujer que logró apaciguar las tormentas en el corazón de este testarudo!? —expresó el fraile, y una chispa de afecto brilló en sus ojos—. Calum me ha hablado de ti en sus oraciones indirectas, mucho antes de que él supiera de tu existencia y tú de la suya.

Ariadna sonrió de medio lado, mirando de reojo a Calum, quien carraspeó algo incómodo pero conmovido.

—Es un honor conocerlo —respondió Ariadna con suavidad—.

Calum me prometió que me traería ante alguien muy especial, y veo que no exageraba.

—El honor es mío, hija —replicó el anciano, alzando su mano libre en un gesto de bienvenida—. Que hayan llegado hasta este santuario, dejando atrás la oscuridad que los perseguía, es la prueba de que sus hilos ya estaban tejidos por una mano divina. ¡Vengan, acérquense!

El anciano sacerdote se detuvo frente a ellos, contemplándolos con una sonrisa paternal. Elevó sus manos arrugadas y, pronunciando unas palabras solemnes en latín, trazó la señal de la cruz en el aire, otorgándoles la bendición sagrada. Luego, el fraile puso una mano sobre el hombro de Calum.

—Tus heridas del pasado ya han sanado, muchacho —le dijo el sacerdote con voz suave pero firme—. Has cargado con el peso de la culpa durante demasiado tiempo. Ahora te toca ser feliz. Cuida de ella, y permite que la paz more en tu hogar.

Calum asintió, conmovido, y tras agradecer las palabras del santo hombre, la pareja no tardó mucho en emprender el camino de regreso. La noche se les echaba encima.

El viaje de vuelta se prolongó y la noche los alcanzó en el camino. La oscuridad tiñó de un azul profundo y el firmamento se despejó por completo, revelando un manto de estrellas brillantes. Ariadna sentía el trote del caballo y el calor de Calum a su espalda, pero su mente estaba en otra parte. Llevaba semanas con una certeza creciendo en su interior; una sospecha que se había transformado en una hermosa realidad. Estaba embarazada, y el corazón le daba vuelcos en el pecho porque no encontraba el momento ni las palabras exactas para decírselo. Al llegar a lo alto de una colina que dominaba el valle, Ariadna apoyó la mano sobre el brazo de Calum.

—Espera... detén el caballo un momento, por favor —pidió en un susurro.

Calum tiró de las riendas, haciendo que el semental se parara en la cima. Ambos desmontaron y se pararon uno al lado del otro, contemplando la inmensidad del cielo nocturno. El aire era frío, pero la cercanía de sus cuerpos los mantenía templados.

—Es hermoso, ¿verdad? —comentó Calum, mirando las constelaciones.

Ariadna suspiró, buscando el valor en la inmensidad del firmamento. Se apegó al costado de su esposo y señaló hacia una zona del cielo donde el brillo de los astros era muy intenso.

—Mi padre solía contarme una historia cuando era niña y mirábamos el cielo —dijo ella, con la voz cargada de una dulce emoción—. Decía que cuando varias estrellas brillan juntas con tanta fuerza, significa que Dios está contemplando dos almas que Él mismo creó para encontrarse y ser felices en la Tierra.

Calum escuchó con atención, rodeándola con su brazo y besando la coronilla de su cabeza. Miró hacia la dirección que ella señalaba, entornando los ojos con un matiz divertido.

—Es bonito lo que decía tu padre... Pero si miro hacia donde señalas, no veo solo dos estrellas juntas.

—¿Ah, no? —preguntó Ariadna, sintiendo que el corazón le latía con tanta fuerza que temía que él pudiera escucharlo.

—No —respondió Calum, buscando su mirada—. Hay tres. Son tres estrellas las que brillan juntas en esa esquina.

Ariadna se giró por completo, quedando frente a él. Tomó las manos de Calum y las guio hacia abajo, posándolas con delicadeza sobre su propio vientre, aún plano, pero guardando el milagro de una nueva vida. Lo miró a los ojos, con las lágrimas de felicidad contenidas empañando su mirada.

—Sí, Calum..., son tres. Porque nosotros pronto seremos tres.

El tiempo pareció detenerse en la colina. Él se quedó petrificado por un segundo, asimilando el peso y la belleza de sus palabras. Miró sus manos sobre el vientre de su esposa y luego la observó a ella. La comprensión iluminó su rostro con una mezcla de asombro, devoción y una alegría pura que jamás había experimentado.

—¿Un hijo? —articuló en un susurro, con la voz quebrada por la emoción.

Ariadna asintió con una sonrisa radiante, dejando que una lágrima rodara por su mejilla.

—¡Un hijo, Calum! El fruto de nuestro amor.

El guerrero no esperó un segundo más. La incorporó en sus brazos, alzándola en el aire con un abrazo desbordante de felicidad, mientras una risa limpia y llena de vida escapaba de su pecho. La bajó despacio, manteniendo sus cuerpos unidos, y la besó con una pasión y una ternura que parecieron encender la noche. Sus labios sellaron una promesa silenciosa de amor, fidelidad y protección eterna. Después, clavó sus pupilas en las de Ariadna, sosteniéndole la mirada con una devoción tan profunda que el resto del universo pareció desvanecerse a su alrededor. Acunó el rostro de su esposa entre sus manos, rozando con sus pulgares las lágrimas de felicidad que brillaban en sus mejillas.

—Siempre te soñé —susurró él, con la voz quebrada por la intensidad de un sentimiento que ya no cabía en su pecho—. En mis noches más oscuras imaginaba que existía un alma como la tuya, pero creía que un milagro tan maravilloso jamás sería para mí. Que un guerrero como yo no merecía tanta luz.

Calum respiró hondo, uniendo su frente a la de ella, permitiendo que sus alientos se mezclaran en el aire frío de la noche.

—Pero Dios escuchó cada una de mis plegarias silenciosas —

continuó, y una sonrisa radiante, libre de toda carga, iluminó sus facciones—. Me siento el hombre más afortunado y bendecido de este mundo por tenerte a mi lado, por saber que caminas conmigo. ¡Te amo! ¡Te amo! ¡Te amo! —gritó al fin hacia los valles, dejando que su voz evocara con fuerza en la inmensidad de las Highlands, como un juramento eterno que desafiaba al mismísimo viento.

Ariadna entrelazó sus dedos en los cabellos de él, riendo entre dientes por la dichosa locura de su esposo, sintiendo que el pecho le estallaba de amor.

—¡Y yo a ti, mi testarudo escocés! —respondió ella en un susurro rebosante de ternura—, hoy, mañana y por el resto de nuestros días.

FIN

Agradecimientos

A mi familia, os quiero mucho.

A todos los que habéis estado conmigo estos meses tan duros:
gracias, os llevo en mi corazón.

A Lola Gude, gracias por toda tu ayuda y tu apoyo.

¡Gracias, gracias, gracias!

Porque cuando el mundo se desmorona, solo un amor inquebrantable tiene el poder de sanar las cicatrices del alma y enterrar, para siempre, las cenizas del pasado.



Tras la repentina y trágica muerte de su padre, **Ariadna se convierte en una fugitiva herida** que busca respuestas. No solo huye de los enemigos que le arrebataron su hogar, sino que custodia con su vida una misteriosa reliquia, un legado capaz de cambiar el destino de muchos y que su padre protegió hasta su último aliento.

Con el peso del dolor sobre sus hombros y el peligro acechando en cada rincón, Ariadna descubrirá que, a veces, es necesario desviarse por los senderos más oscuros para encontrar el verdadero destino.

Mientras tanto, en las indómitas tierras de Escocia, **Calum Fraser vive atormentado por los fantasmas de su pasado**, aferrado a un frío juramento. Decidido a rebelarse contra un matrimonio impuesto para sellar una alianza entre clanes, el destino del guerrero da un vuelco irreversible cuando tropieza en el camino con una misteriosa y desafiante joven. **Ella irrumpirá en su realidad de forma imprevista, agitando los cimientos de su blindado corazón y despertando una intriga a la que no podrá resistirse.**

Bajo el majestuoso cielo de las Highlands, sus pasos se entrelazarán en una huida desesperada. Un vínculo oculto y una historia familiar desconocida los encadenarán a una misma y peligrosa misión.

Perseguidos, Ariadna y Calum se verán obligados a elegir entre el peso de un juramento, los secretos de un pasado traicionero o el refugio de sus propios corazones.

Jimena Cook nació en Madrid. Cursó sus estudios en la Universidad Complutense licenciándose en Periodismo. Su interés por la lectura comenzó a muy temprana edad, empezando a escribir pequeñas historias y presentándose a concursos de relatos de los cuales llegó a ser finalista en dos de ellos. En la actualidad, compagina su vida familiar y laboral, con su gran pasión, la escritura.



Penguin
Random House
Grupo Editorial

Edición en formato digital: julio de 2026

© 2026, Jimena Cook

© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: María José Losada
Imágenes: Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-10341-18-0

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores
recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



Penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial

   Penguinlibros

Índice

El juramento del highlander

Nota de autora

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Agradecimientos](#)

[Si te ha gustado esta novela](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre Jimena Cook](#)

[Créditos](#)